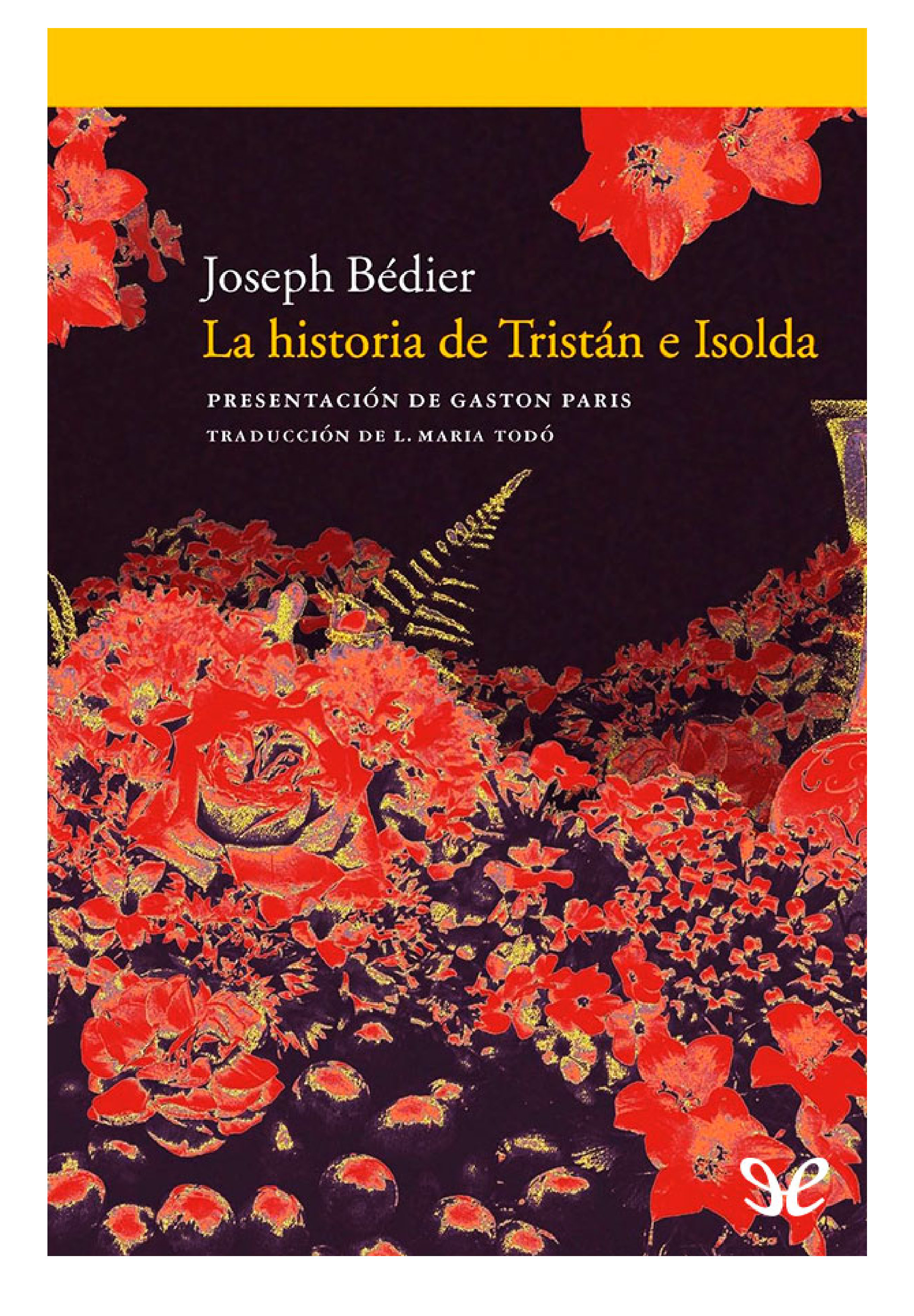

Joseph Bédier
La historia de Tristán e Isolda
PRESENTACIÓN DE GASTON PARIS
TRADUCCIÓN DE L. MARIA TODÓ

La historia del amor «involuntario, irresistible y eterno» de Tristán e Isolda, que se prolonga durante toda la vida e incluso después de la muerte, atrajo con fuerza, ya desde sus inicios, a quienes la escucharon. El destino trágico de aquellos dos amantes encadenados de por vida cautivó tan hondo, que de nada valieron las reconvenciones ni los reproches de los predicadores. La historia sobrevivió con fuerza, y su presencia se hace visible aún en nuestros días. De la multiplicidad de versiones originales francesas que se ocuparon de la historia, ninguna sin embargo ha llegado completa hasta nuestros días. El extraordinario romanista que fue Joseph Bédier reconstruyó con sabiduría y precisión, a partir de los fragmentos conservados, la historia de los dos desdichados amantes. Hoy nos llega con el aliento de su primer día, y nos deja un hondo y duradero recuerdo.



Joseph Bédier

La historia de Tristán e Isolda

ePub r1.0
Daruma 06.09.13

Título original: *Le roman de Tristan et Iseut*
Joseph Bédier, 1900
Traducción: Lluís Maria Todó
Presentación: Gaston Paris
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0



PRESENTACIÓN

Tengo el placer de presentar a los lectores el más reciente de los poemas que ha originado la admirable leyenda de Tristán e Isolda, ya que, en efecto, lo que presento es un poema, por más que esté escrito en una prosa bella y sencilla.

Joseph Bédier es el digno continuador de los antiguos troveros que intentaron trasvasar al cristal ligero del francés el embriagador bebedizo en el que antaño los amantes de Cornualles hallaron el amor y la muerte. Para repetir la maravillosa historia de su hechizo, sus alegrías, sus penas y su muerte, tal como arrobó las almas de los franceses del siglo XII después de salir de las profundidades del sueño céltico, el autor ha reconstruido, a base de imaginación empática y paciente erudición, esa misma alma, apenas desarrollada todavía, nueva ante aquellas emociones desconocidas, dejándose impregnar por ellas sin pensar en analizarlas, y adaptando, sin conseguirlo del todo, el cuento que la hechizaba a las condiciones de su existencia habitual.

Si hubiese llegado hasta nosotros una versión francesa completa de la leyenda, Joseph Bédier se habría limitado a hacer una fiel traducción de ella para dar a conocer dicha leyenda a los lectores contemporáneos. Un singular destino quiso que sólo nos haya llegado en forma de fragmentos dispersos, y ello obligó a Bédier a adoptar un papel más activo, para el cual ya no bastaba con ser un sabio; era preciso, además, ser un poeta.

De los relatos de Tristán cuya existencia conocemos, y que debían de ser todos de gran extensión, los de Chrétien de Troyes y de La Chèvre se han perdido totalmente; del de Béroul nos quedan unos tres mil versos; otros tantos del de Thomas; de otro, anónimo,

unos mil quinientos versos. Después están las traducciones extranjeras, entre las cuales tres nos transmiten de manera bastante completa el fondo, pero no la forma, de la obra de Thomas, una nos presenta un poema bastante parecido al de Béroul; asimismo contamos con alusiones a veces muy valiosas; pequeños poemas episódicos, y finalmente el indigesto romance en prosa en el que asoman, en medio de un fárrago sin cesar engrosado por los sucesivos redactores, algunos restos de viejos poemas perdidos.

¿Qué hacer con ese revoltijo, si lo que se quería era restaurar uno de los edificios en ruinas? Había dos opciones: ajustarse a Thomas o ajustarse a Béroul. La primera opción tenía la ventaja de culminar de forma segura en la restitución de un relato completo y homogéneo, gracias a las traducciones extranjeras; tenía el inconveniente de restituir sólo el más antiguo de los poemas de Tristán, aquel en el que el viejo elemento bárbaro quedó completamente asimilado al espíritu y a las obras de la sociedad caballeresca anglo-francesa.

Joseph Bédier optó por la segunda solución, mucho más difícil y por eso mismo más tentadora para su arte y su saber, y también más conveniente para el objetivo que se había propuesto: hacer revivir para los hombres de nuestros días la leyenda de Tristán en su forma más antigua, o al menos la más antigua que se puede conocer en Francia. Así pues, empezó por traducir tan fielmente como pudo el fragmento de Béroul que ha llegado hasta nosotros, y que ocupa aproximadamente el centro del relato. Así, después de haberse impregnado del espíritu del viejo narrador, de haber asimilado su ingenua manera de sentir, su sencillo modo de pensar, hasta el carácter confuso y a veces infantil de su exposición y la gracia algo torpe de su estilo, Bédier le puso a ese tronco una cabeza y unos miembros, pero no en una yuxtaposición mecánica, sino en una especie de regeneración orgánica, tal como la presentan esos animales que, una vez mutilados, se completan gracias a su fuerza íntima, siguiendo el plan de su forma perfecta.

Es cosa sabida que dichas regeneraciones resultan más logradas cuanto menos crecido y desarrollado está el organismo. Era éste el caso de Béroul. Él asimiló elementos de todas las procedencias, a veces muy heterogéneos, y de una diversidad que no le extrañaba ni

molestaba, sobre todo porque las más de las veces les hacía sufrir una especie de adaptación que bastaba para darles una homogeneidad superficial. El Béroul moderno, pues, pudo proceder de la misma manera, pero poniendo más criterio y más gusto. Del fragmento anónimo que prolonga el fragmento de Béroul, de la traducción alemana de un poema cercano al de Béroul, de Thomas y sus traductores, de las alusiones y los poemas episódicos, del romance en prosa, Bédier tomó el material para dar al fragmento conservado un comienzo, una continuación y un final, buscando siempre, entre las múltiples variedades del relato, la que mejor se adaptara al fondo y al tono del fragmento auténtico. Después —y éste es el esfuerzo más ingenioso y delicado de su arte— trató de dar a todos esos fragmentos dispersos la forma y el color que les habría dado Béroul. Yo no juraría que no haya escrito todo el poema en versos lo más parecidos posible a los de Béroul, para traducirlos después al francés moderno con el mismo cuidado que tuvo con los tres mil versos conservados. Si el viejo poeta regresara y preguntara qué ha sido de su obra, quedaría maravillado al ver con qué delicadeza, con qué inteligencia, con qué laboriosidad y con qué éxito fue sacada de un abismo del que sólo asomaba un resto, y cómo fue puesta a flote, incluso más completa sin duda, más brillante y más clara de como luciera antaño.

Lo que contiene el libro de Joseph Bédier es, pues, un poema francés de mediados del siglo XII, pero compuesto a finales del siglo XIX. Así es como convenía presentar a los lectores modernos la historia de Tristán e Isolda, ya que antaño sedujo a todas las imaginaciones adoptando el traje francés, ya que todas las formas que revistió desde entonces se remontan a aquella primera forma francesa, y ya que nosotros, inevitablemente, vemos a Tristán bajo una armadura de caballero y a Isolda ataviada con el largo vestido de las estatuas de nuestras catedrales.

Pero ese atuendo francés no es el traje primitivo: no pertenece a nuestros héroes, como no pertenece a los héroes griegos y romanos con el que la Edad Media los vestía en aquel mismo tiempo. Ello es perceptible en más de un rasgo que los adaptadores conservaron. Béroul, en especial, que presumía de haber borrado algunos vestigios de la barbarie primitiva, dejó subsistir muchos otros; e

incluso Thomas, observador más estricto de las reglas de la cortesía, no deja de abrirnos aquí y allí extrañas perspectivas sobre el carácter de sus héroes y del ambiente en el que se mueven. Combinando las indicaciones muchas veces fugaces de los autores franceses, se llega a entrever lo que pudo ser entre los celtas ese poema salvaje, todo él mecido por el mar y arropado por el bosque, cuyo héroe, más que hombre semidiós, era presentado como maestro o incluso inventor de todas las artes bárbaras, matador de ciervos y jabalíes, sabio descuartizador de las piezas cobradas, luchador y saltador incomparable, navegante audaz, hábil entre todos a la hora de hacer vibrar el arpa y la rota, perfecto imitador del canto de todos los pájaros y junto con todo ello, naturalmente, invencible en todos los combates, domador de monstruos, protector de sus fieles, despiadado con sus enemigos, con una vida casi sobrehumana, objeto constante de admiración, de abnegación y de envidia.

Sin duda este perfil se forjó en el mundo céltico, en una antigüedad muy remota: era inevitable que acabara completándose mediante el amor. No hace falta que yo repita aquí cuál es en la leyenda de Tristán e Isolda el carácter de la pasión que los encadena, y qué es lo que convierte a esta leyenda, en sus diversas formas, en la epopeya incomparable del amor. Sólo recordaré que la idea de simbolizar el amor involuntario, irresistible y eterno, mediante ese brebaje cuyo efecto —y en eso se distingue de los vulgares filtros— se prolonga durante toda la vida e incluso después de la muerte, que esta idea, que confiere a la historia de los amantes su carácter fatal y misterioso, tiene su origen indudable en las prácticas de la antigua magia céltica. No insistiré más en las costumbres y sentimientos bárbaros que acabo de apuntar, y que confieren a cada momento un efecto tan singular y poderoso dentro del tranquilo relato de los narradores franceses. Joseph Bédier, naturalmente, los recolectó con buen tino para completar la obra de Béroul con su industrioso mosaico. Los lectores los distinguirán fácilmente y verán qué lejos estaba la historia que nuestros poetas franceses del siglo XII contaban a sus contemporáneos del ambiente en el que la propagaban, y con qué vanos esfuerzos trataban de encuadrarla en él.

Lo que les atraía de la historia de Tristán e Isolda, lo que les empujaba a adaptarla a la forma consagrada de versos octosílabos a pesar de todas las dificultades, lo que explica el éxito de su empresa y lo que otorgó a esta historia, en cuanto fue conocida en el mundo galorrománico, una popularidad sin precedentes, es el espíritu que la anima de principio a fin, que circula en todos sus episodios como el «beber amoroso» en las venas de los protagonistas: la idea de la fatalidad del amor, algo que lo eleva por encima de todas las leyes. Esta idea, encarnada en dos seres excepcionales, responde al sentir secreto de muchos hombres y mujeres y en esta versión pudo cautivar los corazones de todos al venir purificada por el sufrimiento y consagrada por la muerte. En medio de la fragilidad ordinaria de los afectos humanos, de las repetidas decepciones que sufre la ilusión siempre cambiante, la pareja formada por Tristán e Isolda, atada por un vínculo misteriosamente indisoluble, golpeada por todas las tormentas y resistiendo a ellas, tratando en vano de desprenderse y finalmente llevada en un abrazo último y eterno, aparecía y sigue apareciendo como una de las formas de ese ideal que el hombre no se cansa de hacer flotar por encima de la realidad y cuyos aspectos múltiples y opuestos no son más que las diversas manifestaciones de su obstinada aspiración a la felicidad. Esta forma es una de las más seductoras y emocionantes, pero también es una de las más peligrosas: la historia de Tristán e Isolda vertió, sin la menor duda, en más de un alma, un veneno sutil, y todavía hoy, preparado por el mago moderno que le añadió el poder del hechizo musical, el brebaje de amor sigue turbando más de un corazón. No existe ideal cuyo encantamiento no entrañe algún peligro, y sin embargo no podemos privar a la vida del ideal sin condenarla a la monotonía o a la más triste desesperación. Cuando uno pasa por delante de la gruta de las sirenas, debe saber mantenerse firmemente atado al mástil, sin renunciar a oír la divina melodía que permite a los mortales entrever dichas sobrehumanas.

Por lo demás, si bien todo subsiste en la «versión renovada» que vamos a leer, el peligro que podía presentar para los contemporáneos de Béroul queda notablemente atenuado para nosotros. Las pasiones son más contagiosas para las almas cuando las vemos en almas semejantes: cuando se trata de almas lejanas y

muy distintas, si no en el fondo sí al menos en las condiciones externas de su actividad, las pasiones conservan toda su grandeza y belleza, pero pierden buena parte de su fuerza de sugestión. El Tristán y la Isolda de Béroul, resucitados por Joseph Bédier con su atuendo y sus costumbres de antaño, con su manera de vivir, sentir y hablar medio bárbara, medio medieval, serán para los lectores modernos como los personajes de una vidriera gótica con sus rostros enigmáticos. Pero detrás de esta imagen marcada por la huella social de la época, se ve resplandecer, como el sol detrás de la vidriera, la pasión siempre idéntica a sí misma, iluminándola y haciéndola resplandecer. Un tema de meditación eterno para el pensamiento y las turbulencias del corazón, representado por unas figuras más interesantes aún por su arcaísmo, en esto consiste el poema del renovador de Béroul. Con ello ya bastaría para hechizar a los lectores curiosos tanto de historia como de poesía. Pero lo que yo no he podido decir, lo que el lector descubrirá con arrobo en la lectura de esta obra antigua, es el encanto de los detalles, la misteriosa y mítica belleza de ciertos episodios, la feliz invención de otros más modernos, lo imprevisto de las situaciones y los sentimientos, todo lo que convierte a este poema en una mezcla única de antigüedad inmemorial y frescura siempre nueva, de melancolía céltica y gracia francesa, de naturalismo poderoso y fina psicología. No dudo de que va a encontrar entre nuestros contemporáneos el éxito que obtuvo entre nuestros antepasados del tiempo de las cruzadas. Pertenece realmente a esa «literatura universal» de la que hablaba Goethe; había desaparecido de ella por una mala fortuna inmerecida; debemos un agradecimiento infinito a Joseph Bédier por haberla recuperado para nosotros.

G. P.
1900

I

LAS MOCEDADES DE TRISTÁN

Du waerest zwâre baz genant:
Juvente bele et la riant!

GOTTFRIED DE ESTRASBURGO

Señores, ¿os gustaría oír una bella historia de amor y muerte? Es de Tristán y de la reina Isolda. Escuchad cómo con gran alegría y dolor se amaron y luego murieron en un mismo día, él por ella, ella por él.

En tiempos antiguos, el rey Marcos reinaba en Cornualles. Rivalén, rey de Leonís, al saber que los enemigos de Marcos le hacían la guerra, cruzó el mar para ir en su ayuda. Lo sirvió con la espada y con sus consejos, tal como habría hecho un vasallo, y con tal fidelidad que Marcos le dio en recompensa a la bella Blancaflor, su hermana, a quien el rey Rivalén amaba con intenso amor.

La tomó por esposa en la iglesia de Tintagel. Pero apenas la hubo desposado, le llegó la noticia de que su antiguo enemigo, el duque Morgan, había atacado Leonís y reducía a ruinas sus aldeas, campos y ciudades. Rivalén aparejó las naves a toda prisa y se llevó a Blancaflor, que estaba encinta, hacia su lejana tierra.

Desembarcó delante de su castillo de Kanoel y confió la reina al cuidado de su mariscal Rohalt, a quien, por su gran lealtad, todos llamaban Rohalt el Mantenedor de la Fe. Luego, habiendo reunido a sus barones, Rivalén partió a la guerra.

Blancaflor lo estuvo esperando largo tiempo, pero el rey no regresó jamás. Un día, la reina se enteró de que el duque Morgan lo

había matado a traición. No lloró; no hubo gritos ni lamentos, pero sus miembros se debilitaron hasta quedar inútiles; su alma concibió un fuerte deseo de separarse del cuerpo. Rohalt se esforzaba en consolarla:

—Mi reina —le decía—, nada se gana arrastrando luto tras luto; ¿acaso no debe morir todo aquel que ha nacido? ¡Que Dios acoja a los muertos y proteja a los vivos!

Pero ella no quiso escucharlo. Tres días esperó para ir a reunirse con su amado señor. Al cuarto día, dio a luz a un niño y, tomándolo en brazos, le dijo:

—Hijo mío, durante mucho tiempo he deseado tenerte; ahora estoy viendo a la más hermosa criatura que haya nacido de mujer. Triste te doy a luz y triste es la primera caricia que te hago. Por tu causa tengo una tristeza que me matará. Y como has venido al mundo con tristeza, te llamarás Tristán.

Cuando hubo dicho estas palabras, besó a su hijo y, acto seguido, expiró.

Rohalt el Mantenedor de la Fe recogió al huérfano. Los hombres del duque Morgan ya estaban rodeando el castillo de Kanoel. ¿Cómo habría podido Rohalt mantener la guerra por mucho tiempo? Con razón dice el refrán: «Desmesura no es proeza». Tuvo que rendirse a la merced del duque Morgan. Pero por miedo a que Morgan matara al hijo de Rivalén, el mariscal lo hizo pasar por hijo propio y lo educó entre los suyos.

Transcurridos siete años, cuando llegó el momento de separarlo de las mujeres, Rohalt confió a Tristán a un sabio maestro, el buen escudero Gorvenal. Este le enseñó en pocos años las artes que deben saber los caballeros. Le instruyó en el manejo de la espada, el escudo y el arco, le enseñó a lanzar discos de piedra, a cruzar de un salto los más anchos fosos, a odiar cualquier mentira y toda traición, a socorrer a los débiles, a mantener la fe dada. Le educó en los diversos modos de canto, en el arte de tocar el arpa y en el de la montería, y cuando el muchacho cabalgaba entre los jóvenes escuderos, parecía que su caballo y él no formaran más que un solo cuerpo, y no hubieran estado nunca separados. Al verlo tan noble y orgulloso, tan ancho de espaldas y fino de talle, fuerte, fiel y valeroso, todos felicitaban a Rohalt por tener aquel hijo. Pero

Rohalt, pensando en Rivalén y en Blancaflor, cuya belleza pervivía en el joven, amaba a Tristán como si fuera su hijo y en secreto lo veneraba como a su señor.

Pero toda su alegría le fue arrebatada el día en que unos mercaderes atrajeron a Tristán a su nave y se lo llevaron prisionero. Mientras los raptores navegaban hacia tierras desconocidas, Tristán se debatía como un joven lobo que ha caído en una trampa. Pero es verdad y lo saben todos los marineros: el mar lleva a disgusto las naves desleales y no es de ayuda en raptos y traiciones. Así, el mar se revolvió furioso, cubrió de tinieblas la nave y la llevó a la aventura durante ocho días y ocho noches. Por fin, los marineros divisaron a través de la niebla una costa erizada de acantilados y arrecifes en los que el mar parecía querer romper el navío. Los malhechores se arrepintieron, y conociendo que la ira del mar se debía al infausto rapto de aquel muchacho, juraron liberarlo y prepararon un bote para dejarlo en la orilla. En el acto, los vientos y las olas amainaron y, mientras la nave de los raptores desaparecía en la lejanía, las ondas tranquilas y alegres llevaron la barca de Tristán hasta la arena de una playa.

Tristán, con gran esfuerzo, escaló el acantilado y vio que, más allá de una llanura ondulada y desierta, se extendía un bosque interminable. Se estaba lamentando porque echaba de menos a Gorvenal, a su padre Rohalt y la tierra de Leonís, cuando el lejano griterío de una cacería alegró su corazón. En el límite del bosque apareció un hermoso ciervo. La jauría y los monteros bajaban en su persecución con gran algarabía de voces y trompas. Pero cuando los perros ya tenían agarrado al ciervo, clavados los dientes en el cuero de su cruz, el animal, a pocos pasos de Tristán, dobló los jarretes y exhaló un bramido. Un montero lo remató con una estaca. Mientras los monteros, alineados en círculo, avisaban de la captura llamando con el cuerno, Tristán vio con asombro que el maestro montero hacía un profundo corte en el cuello del ciervo, como si quisiera separarlo del cuerpo.

—¿Qué hacéis, señor? —exclamó Tristán—. ¿Acaso se debe descuartizar a un animal tan noble como si fuera un cerdo

degollado? ¿Es ésta la costumbre del país?

—Hermano —respondió el montero—, ¿de qué te sorprendes tanto? Sí, primero separo la cabeza del ciervo, después cortaré el cuerpo en cuatro partes y las llevaremos colgadas del arzón de nuestras sillas al rey Marcos, nuestro señor. Así lo hacemos nosotros, así lo hicieron siempre los hombres de Cornualles, desde los tiempos de los más antiguos monteros. Sin embargo, si conoces alguna costumbre mejor, enséñamela. Toma este cuchillo, hermano, y con placer aprenderemos.

Tristán se arrodilló y desolló el ciervo antes de descuartizarlo; luego despedazó la cabeza dejando intacto, como es debido, el hueso sacro; después cortó las extremidades, el morro, la lengua, las criadillas y la vena del corazón.

Los monteros y lacayos de jauría, inclinados sobre él, lo miraban embelesados.

—Amigo mío —dijo el maestro montero—, tus costumbres son muy buenas. ¿En qué tierras las aprendiste? Dinos tu nombre y tu país.

—Señor, me llaman Tristán, y aprendí estas costumbres en mi país, Leonís.

—Tristán —dijo el montero—, que Dios recompense al padre que tan noblemente te educó. Sin duda será un caballero rico y poderoso.

Pero Tristán, que sabía cuándo convenía hablar y cuándo callar, respondió con astucia:

—No, señor, mi padre es un mercader. En secreto abandoné su casa en una nave que partía para comerciar en países lejanos, pues quería saber cómo se comportan los hombres de otras tierras. Pero si me aceptáis entre vuestros monteros, señor, os seguiré gustoso y os enseñaré otros placeres de la montería.

—Buen Tristán, me asombra que exista una tierra en la que los hijos de los mercaderes saben lo que en otros lugares ignoran los hijos de caballeros. Pero si lo deseas, acompáñanos y sé bienvenido. Te llevaremos junto al rey Marcos, nuestro señor.

Tristán terminó de despedazar el ciervo. Dio a los perros el corazón, los despojos de la cabeza y las entrañas, y enseñó a los cazadores cómo debe prepararse la porción que corresponde a los

perros y la que sirve para cebos. Después clavó en sendas horcas los trozos bien divididos y los entregó a los distintos monteros: a uno la cabeza, a otro la grupa y los grandes filetes, a éste los hombros, a aquél las ancas y al otro el grueso de los lomos. Les enseñó cómo debían colocarse de dos en dos para cabalgar en buen orden, según la nobleza de las piezas de montería ensartadas en las horcas.

Entonces emprendieron el camino charlando, hasta que por fin distinguieron un hermoso castillo. Estaba rodeado de prados, jardines, fuentes, pesquerías y tierras de labor. En el puerto entraban numerosas naves. El castillo se erguía sobre el mar, fuerte y bello, bien preparado contra cualquier asalto y todas las máquinas de guerra; y su torre del homenaje, que antaño edificaron unos gigantes, estaba hecha con bloques de piedra grandes y bien tallados, dispuestos como un tablero de ajedrez en verde y azul.

Tristán preguntó el nombre de aquel castillo.

—Lo llaman Tintagel, buen amigo.

Tintagel —repitió Tristán—, ¡que Dios te bendiga a ti y a tus moradores!

Fue en este castillo donde tiempo atrás, con gran alegría, su padre Rivalén se había casado con Blancaflor. Pero esto, ¡ay!, Tristán no lo sabía.

Cuando llegaron al pie de la torre del homenaje, el sonido de los cuernos de los monteros atrajo hasta la puerta a los nobles y al mismo rey Marcos.

El montero mayor le contó al rey lo que había ocurrido, y éste admiró aquella cabalgata, el ciervo tan bien despedazado y el hermoso sentido que tienen las costumbres de montería. Pero admiró sobre todo al gallardo muchacho extranjero y sus ojos no podían apartarse de él. ¿De dónde procedía aquella ternura? El rey interrogaba su corazón y no podía comprenderlo. Señores, la causa de aquella ternura era su sangre que se emocionaba y hablaba dentro de él, así como el amor que antaño sintió por su hermana Blancaflor.

Una noche, después de levantar las mesas, un juglar gales maestro en su arte, avanzó entre los señores reunidos y cantó canciones acompañándose con el arpa. Tristán estaba sentado a los pies del rey y, mientras el juglar preludiaba una nueva melodía,

habló de este modo:

—Maestro, tu canción es hermosa entre todas; fue compuesta hace años por los bretones para celebrar los amores de Gaelent. La melodía es dulce, como dulces son sus palabras. Maestro, eres hábil con la voz, acompaña bien tu canción con el arpa.

El gales cantó y después respondió:

—Muchacho, ¿qué sabes tú del arte de los instrumentos? Si los mercaderes de Leonís enseñan así a sus hijos a tañer el arpa, la cítara y la zanfonía, levántate, toma esta arpa y demuestra tu destreza.

Tristán cogió el arpa y cantó tan bellamente que los señores se enternecieron al escucharlo. Marcos admiraba al arpista que había llegado del país de Leonís, adonde años atrás Rivalén había llevado a Blancaflor.

Cuando Tristán hubo terminado su canción, el rey permaneció en silencio largo rato.

—Hijo mío —dijo por fin—, Dios bendiga al maestro que te enseñó y te bendiga también a ti. Dios ama a los buenos cantores. Su voz y la voz del arpa penetran en el corazón de los hombres, evocan sus recuerdos más queridos y les hacen olvidar penas y maldades. Has venido a esta casa para nuestra alegría. ¡Quédate mucho tiempo a mi lado, amigo mío!

—De buena gana os serviré, señor —respondió Tristán—, como arpista, montero y vasallo vuestro.

Así lo hizo, y durante tres años creció en sus corazones un mutuo afecto. Durante el día, Tristán seguía al rey Marcos en las audiencias o en las cacerías, y de noche, como dormía en la alcoba real entre los privados y los fieles, si el rey estaba triste, Tristán tañía el arpa para aliviar su pena. Los nobles lo querían, y más que todos, tal como os enseñará la historia, el senescal Dinas de Lidán. Pero el rey lo amaba aún más que los nobles señores y que Dinas de Lidán. Sin embargo, a pesar de su afecto, Tristán no hallaba consuelo por haber perdido a su padre Rohalt, a su maestro Gorvenal y la tierra de Leonís.

Señores, el narrador que quiere agradar no debe hacer los relatos demasiado largos. La materia de esta historia es hermosa y diversa, ¿de qué serviría alargarla? Diré pues brevemente cómo,

después de haber errado mucho tiempo por mares y países, Rohalt el Mantenedor de la Fe desembarcó en Cornualles, encontró de nuevo a Tristán y, mostrando al rey el rubí que años atrás éste entregara a Blancaflor como regalo de bodas, le dijo:

—Rey Marcos, éste es Tristán de Leonís, vuestro sobrino, hijo de vuestra hermana Blancaflor y del rey Rivalén. El duque Morgan posee sus tierras contra la ley, es hora de que el país vuelva a manos de su legítimo heredero.

Diré en pocas palabras cómo Tristán, después de recibir de su tío las armas de caballero, cruzó el mar en las naves de Cornualles, se dio a conocer entre los antiguos vasallos de su padre, desafió al asesino de Rivalén, lo mató y recuperó sus tierras.

Después pensó que el rey Marcos no podría vivir feliz sin él, y como la nobleza de su corazón le indicaba siempre el partido más sabio, mandó llamar a sus condes y barones, y les habló así:

—Señores de Leonís, he reconquistado este país y he vengado al rey Rivalén con la ayuda de Dios y la vuestra. Así he restablecido el derecho de mi padre. Pero hay dos hombres, Rohalt y el rey Marcos de Cornualles, que ayudaron al huérfano y al joven errante, y también a ellos debo llamarles padre. ¿No debo, pues, restablecer igualmente su derecho? Un hombre de bien tiene dos cosas propias: su tierra y su cuerpo. Así pues, a Rohalt, aquí presente, cedo mi tierra: padre, vos la mantendréis y vuestro hijo la mantendrá después de vos. Al rey Marcos cedo mi cuerpo: abandonaré este país e iré a servir a mi señor Marcos en Cornualles. Este es mi pensamiento; pero vosotros sois mis leales, señores de Leonís, y me debéis consejo; así pues, si alguno de vosotros quiere indicarme otra resolución, que se levante y hable.

Pero todos los señores lo alabaron entre lágrimas, y Tristán, llevándose consigo sólo a Gorvenal, aparejó la nave para ir a la tierra del rey Marcos.

II

EL MORHOLT DE IRLANDA

Tristrem seyd: «Ywis,
Y wil defende it as knizt».

Sir Tristrem

Cuando llegó Tristán, Marcos y todos sus caballeros estaban en gran duelo, pues el rey de Irlanda había fletado una armada para atacar Cornualles si Marcos seguía negándose, como había hecho durante quince años, a pagar un tributo que antaño habían pagado sus antepasados. Pues según antiguos tratados de alianza, los irlandeses podían reclamar a Cornualles trescientas libras de cobre el primer año, trescientas libras de plata fina el segundo, y al tercero trescientas libras de oro. Pero cuando llegaba el cuarto año, se llevaban a trescientos muchachos y trescientas doncellas de quince años, elegidos por sorteo entre las familias de Cornualles. Aquel año, el rey había mandado a Tintagel, para que llevara su mensaje, a un caballero gigante llamado el Morholt, con cuya hermana se había casado, y que nadie había podido jamás vencer en batalla. Entonces, el rey Marcos con cartas selladas, convocó a su corte a todos los nobles de su tierra para que le dieran consejo.

Cumplido el plazo, cuando los caballeros estuvieron reunidos en la sala abovedada del palacio y Marcos se hubo sentado bajo el dosel, el Morholt habló de esta manera:

—Rey Marcos, escuchad por última vez el mandato del rey de Irlanda, mi señor. Debéis pagar urgentemente el tributo que le

debéis. Os habéis negado durante demasiado tiempo a ello, y ahora ordena que me entreguéis en el día de hoy a trescientos muchachos y trescientas doncellas de quince años de edad, echados a suertes entre las familias de Cornualles. Mi nave, que está anclada en el puerto de Tintagel, se los llevará para que sean siervos nuestros. Sin embargo (y sólo os exceptúo a vos, rey Marcos, tal como es debido), si alguno de vuestros nobles quiere intentar mediante batalla que el rey de Irlanda levante el tributo, aceptaré el desafío. ¿Quién de vosotros, señores de Cornualles, quiere luchar para anular el tributo?

Los nobles señores se miraban unos a otros con disimulo y luego bajaban la cabeza. El uno se decía: «Mira, desdichado, la estatura del Morholt de Irlanda, es más fuerte que cuatro hombres robustos. Mira su espada: ¿acaso no sabes que por sortilegio hizo rodar la cabeza de los más valerosos campeones, en todos los años que el rey de Irlanda lleva enviando a este gigante a lanzar sus desafíos por las tierras de sus vasallos? Infeliz de ti, ¿quieres buscar la muerte? ¿Por qué tentar a Dios?».

El otro pensaba: «Hijos míos queridos, ¿acaso os he criado para que hagáis las tareas de los siervos, y a vosotras, amadas hijas, para que hagáis las de las rameras? Pero mi muerte no podría salvaros».

Y todos permanecían callados.

El Morholt dijo otra vez:

—¿Quién de entre vosotros, señores de Cornualles, quiere aceptar mi reto? Le ofrezco batalla justa: dentro de tres días a partir de hoy, llegaré en barca a la isla de San Sansón, fuera de las aguas de Tintagel. Allí, vuestro caballero y yo combatiremos los dos solos, y el honor de haber intentado presentar batalla recaerá sobre toda su familia. —Los caballeros seguían callados y el Morholt parecía un gran halcón encerrado en una jaula con pajarillos: cuando entra él, todos se quedan mudos—. Pues bien, señores de Cornualles, puesto que este partido os parece el más noble, ¡echad a suertes a vuestros hijos y yo me los llevaré! Pero no creía yo que este país estuviera habitado sólo por siervos.

Entonces Tristán se arrodilló a los pies del rey y le dijo:

—Mi señor rey, si os place concederme este don, yo presentaré batalla.

El rey Marcos trató en vano de que desistiera. Tristán era un caballero joven y de poco le serviría su valor. Pero Tristán dio su palabra al Morholt, y el Morholt la aceptó.

Llegado el día, Tristán se colocó sobre una colcha de seda roja y se hizo armar para la noble aventura. Se revistió con una cota de malla y su yelmo de acero bruñido. Los caballeros lloraban de piedad y de vergüenza. «¡Ay, Tristán —se decían—, valeroso caballero, por qué no emprenderé yo en vez de ti esta batalla! ¡Mi muerte causaría menos dolor en esta tierra!».

Sonaron las campanas y todos, los nobles y la gente humilde, ancianos, niños y mujeres, llorando y rezando, escoltaron a Tristán hasta la costa. Aún tenían esperanzas, pues la esperanza en el corazón de los hombres necesita poco alimento.

Tristán subió solo a una barca y puso rumbo a la isla de San Sansón. Pero el Morholt había tendido en su mástil una vela de rica púrpura y fue el primero en llegar a la isla. Estaba ya amarrando la barca a la orilla cuando Tristán, arribado a su vez, empujó con un pie la suya hacia el mar.

—¿Por qué hacéis eso? —dijo el Morholt—. ¿Por qué no habéis atado la barca con una amarra, como hice yo?

—¿Para qué? —respondió Tristán—. Sólo uno de nosotros regresará vivo: ¿acaso no bastará con una barca?

Y ambos, animándose para el combate con palabras ultrajantes, se internaron en la isla.

Nadie vio la tremenda batalla; pero por tres veces pareció que la brisa del mar traía hasta la orilla un grito de furia. Entonces, en señal de duelo, las mujeres batían palmas a coro y los compañeros del Morholt, congregados más lejos delante de sus tiendas, se reían. Por fin, hacia el atardecer, se vio a lo lejos hincharse una vela púrpura. La barca del irlandés se separó de la isla y en la orilla resonó un clamor de angustia.

—¡El Morholt! ¡El Morholt!

Pero cuando la barca creció, de repente, en la cresta de una ola apareció un caballero que se erguía en la proa, blandiendo una espada en cada mano: era Tristán. En el acto, veinte barcas

zarparon a su encuentro y los más jóvenes se acercaron nadando. El valiente caballero saltó a la playa y, mientras las madres arrodilladas besaban sus piernas cubiertas con la armadura, gritó a los compañeros del Morholt:

—Señores de Irlanda, el Morholt ha luchado bien. Ved: mi espada está mellada, un pedazo de la hoja ha quedado clavado en su cráneo. Llevaos este trozo de acero: ¡es el tributo de Cornualles!

Entonces Tristán se dirigió a Tintagel. A su paso, los muchachos liberados gritaban y agitaban ramas verdes y en las ventanas se colgaron ricos tapices. Pero cuando el héroe llegó al castillo entre cantos de alegría y sones de campanas, trompas y cuernos tan ensordecedores que no se habría oído un trueno, se desplomó en brazos del rey Marcos. La sangre manaba de sus heridas.

Los compañeros del Morholt llegaron a Irlanda desconsolados. Otras veces, cuando el Morholt volvía al puerto de Weisefort, se alegraba de ver a sus hombres reunidos aclamándolo, y a la reina, su hermana, y a su sobrina, Isolda la Rubia, de cabellos de oro, cuya belleza brillaba ya como el alba. Ellas lo acogían con ternura y, si había recibido alguna herida, lo curaban, pues sabían hacer esos bálsamos y brebajes que reaniman a los heridos que ya se van pareciendo a los muertos. Pero ¿de qué le servirían ahora las recetas mágicas, las hierbas recogidas a la hora propicia, los filtros? El Morholt yacía muerto, cosido en una piel de ciervo, y el pedazo de espada enemiga aún estaba clavado en su cráneo. Isolda la Rubia se lo sacó para guardarlo en un cofrecillo de marfil, precioso como un relicario. Inclinadas sobre el gran cadáver, madre e hija repetían sin cesar el elogio del muerto y sin descanso lanzaban la misma imprecación contra el asesino, pronunciando por turnos entre las mujeres el canto fúnebre. Aquel día, Isolda la Rubia aprendió a odiar el nombre de Tristán de Leonís.

En Tintagel, Tristán se estaba consumiendo: una sangre venenosa manaba de sus heridas. Los médicos dedujeron que el Morholt había clavado en su carne una pica envenenada, y como los brebajes y la

triaca no lograban sanarlo, lo confiaron al cuidado de Dios. De sus heridas se desprendía un hedor tan odioso que huían de él hasta sus amigos más queridos, excepto el rey Marcos, Gorvenal y Dinas de Lidán. Sólo ellos podían permanecer a su lado, pues su amor sobrepasaba su asco. Por fin, Tristán pidió que lo trasladaran a una cabaña construida en la orilla del mar y, acostado frente a las olas, esperó la muerte. Pensaba: «Rey Marcos, ¿acaso me habéis abandonado, a mí que salvé el honor de vuestra tierra? No, ya sé, mi buen tío, que daríais la vida por mí, pero ¿qué puede hacer el afecto que me tenéis? Debo morir. Sin embargo, es dulce ver el sol, y mi corazón aún es valeroso. Quiero tentar el mar venturoso… Quiero que él me lleve lejos, a mí solo. ¿A qué tierra? No lo sé, pero quizá en otro país encuentre a alguien que me cure. Y tal vez, buen tío, algún día os volveré a servir como arpista, montero y vasallo».

Tanto suplicó Tristán que el rey Marcos accedió a su deseo. Lo llevó a una barca sin remos ni vela, y Tristán quiso que sólo depositaran su arpa junto a él. ¿Para qué quería las velas, si sus brazos ya no habrían podido izarlas? ¿Para qué los remos? ¿Para qué la espada? Como un marinero que durante una larga travesía lanza por la borda el cadáver de un antiguo compañero, así, con brazos temblorosos, Gorvenal empujó mar adentro la barca en la que yacía su querido hijo, y el mar se lo llevó.

Lo arrastró lentamente durante siete días y siete noches. A veces, Tristán tañía el arpa para mitigar su tristeza. Por fin, sin que él se diera cuenta, el mar lo acercó a una orilla. Aquella noche, unos pescadores que habían salido del puerto para lanzar sus redes al agua y que estaban remando oyeron una dulce melodía, hermosa y fuerte, que corría rozando las olas. Se quedaron inmóviles escuchando, con los remos suspendidos sobre el agua. Al primer albor divisaron la barca errante.

«Así —pensaban— era la música sobrenatural que envolvía la nave de San Borondón cuando singlaba hacia las islas Afortunadas sobre un mar blanco como la leche».

Los pescadores remaron hasta alcanzar la barca: iba a la deriva y no parecía llevar más cosa viva que la voz del arpa. Pero a medida que se acercaban, la melodía se iba debilitando hasta que cesó, y cuando abordaron la barca, las manos de Tristán habían caído

inertes sobre las cuerdas aún vibrantes. Lo recogieron y regresaron a puerto para entregar al herido a su piadosa señora, pensando que tal vez ella sabría sanarlo.

Pero por desgracia aquel puerto era Weisefort, donde yacía el Morholt, y su señora era Isolda la Rubia. Sólo ella, hábil en filtros, podía salvar a Tristán, pero sólo ella, entre todas las mujeres, deseaba su muerte. Cuando Tristán, reanimado por sus artes, volvió en sí, comprendió que las olas lo habían llevado a una tierra peligrosa. Pero por más que fuera valeroso en la defensa de su vida, supo ser astuto y usar hábiles palabras. Contó que era un juglar que había embarcado en una nave mercante con rumbo a España para aprender el arte de leer en las estrellas. Unos piratas habían asaltado la nave y él había resultado herido y había huido en aquella barca. Todos creyeron sus palabras: ninguno de los compañeros del Morholt reconoció al gallardo caballero de la isla de San Sansón, pues el veneno había deformado sus rasgos hasta afearlo. Pero al cabo de cuarenta días, cuando Isolda, la de los cabellos de oro, ya casi lo hubo curado, cuando en sus miembros empezaba ya a renacer la gracia de la juventud, comprendió que debía huir. Se escapó, pues, y después de muchos peligros un día compareció de nuevo ante el rey Marcos.

III

EN BUSCA DE LA BELLA DE CABELLOS DE ORO

En po d'ore vos ai paiée
O la parole do chevol
Dont jo ai puis eü grant dol.

Lai de la Locura de Tristán

En la corte del rey Marcos había cuatro caballeros, los más traidores de todos los hombres, que odiaban intensamente a Tristán por su valor y por el gran amor que le profesaba el rey. Os diré sus nombres: Andret, Ganelón, Gondoine y Denoalén; el duque Andret era, como Tristán, sobrino del rey Marcos. Al saber que el rey pensaba morir sin hijos para dejar su reino a Tristán, la envidia de los caballeros traidores se irritó, y azuzaban con mentiras a los hombres importantes de Cornualles contra Tristán.

—En su vida hay cosas extraordinarias —decían los traidores—; pero vosotros, caballeros, que sois hombres sensatos, sin duda sabréis explicarlas. Que triunfara sobre el Morholt es sin duda meritorio, pero ¿con qué embrujos pudo bogar él solo por el mar, cuando ya estaba casi muerto? ¿Quién de entre nosotros, caballeros, gobernaría una nave sin remos ni vela? Los magos pueden hacerlo, según dicen. Y por otra parte, ¿en qué país encantado pudo hallar remedio para sus heridas? Sin duda es un hechicero, sí, su barca estaba embrujada y también están embrujadas su espada y su arpa, que cada día vierte su veneno en el corazón del rey Marcos. ¡De qué

modo admirable ha sabido doblegar su ánimo con el poder y los hechizos de la brujería! ¡Tristán será rey, señores, y nuestras tierras estarán sometidas a un brujo!

Convencieron a la mayoría de los nobles, pues muchos hombres no saben que lo que está en poder de los magos también puede cumplirlo el corazón con la fuerza del amor y la valentía. Por ello, los nobles apremiaron al rey para que tomara por esposa a la hija de un rey y tuviera así descendencia. Si se negaba, dijeron, se retirarían a sus castillos y fortificaciones para hacerle la guerra. El rey se resistía y juraba en su corazón que mientras viviera su sobrino ninguna hija de rey entraría en su lecho. Pero por su parte Tristán, que soportaba con vergüenza la sospecha de amar a su tío en provecho propio, lo amenazó: el rey debía doblegarse a la voluntad de sus nobles, si no, él abandonaría la corte y se iría a servir al rey de Gavoya. Entonces Marcos fijó un plazo y se lo comunicó a los nobles: al cabo de cuarenta días manifestaría su voluntad.

El día acordado, el rey, solo en su habitación, esperaba la llegada de los caballeros y pensaba tristemente: «¿Dónde hallar una hija de rey tan lejana e inaccesible que yo pueda fingir, pero sólo fingir, que la quiero por esposa?».

En aquel instante, por la ventana que daba al mar entraron peleándose dos golondrinas que estaban construyendo su nido, y luego huyeron asustadas. Pero del pico les había caído un largo cabello de mujer, más fino que hilo de seda, y que brillaba como el sol.

Marcos lo recogió, mandó entrar a los caballeros y a Tristán, y les dijo:

—Para complaceros, señores, tomaré mujer, siempre que vayáis a buscar a la que yo he elegido.

—Desde luego que lo haremos, señor. ¿A quién habéis escogido?

—He escogido a aquella a quien pertenezca este cabello de oro, y sabed que no quiero a ninguna otra.

—¿Y de dónde viene ese cabello de oro, señor? ¿Quién os lo ha traído? ¿De qué país?

—Señores, viene de la Bella de Cabellos de Oro. Me lo han traído dos golondrinas, ellas saben de qué país.

Los caballeros comprendieron que habían sido burlados y engañados. Miraban a Tristán con despecho, pues sospechaban que era él quien había sugerido al rey aquel ardid. Pero Tristán, después de mirar el cabello dorado, se acordó de Isolda la Rubia. Sonrió y habló de este modo:

—Rey Marcos, obráis muy mal. ¿Acaso no veis que las sospechas de esos barones me avergüenzan? Pero de nada sirve la burla que habéis urdido: yo iré a buscar a la Bella de los Cabellos de Oro. Sabed que dicha búsqueda es peligrosa y que me resultará más difícil regresar de su país que de la isla en la que maté al Morholt. Pero quiero aventurar una vez más mí vida y mi cuerpo por vos, amado tío. A fin de que vuestros caballeros conozcan si os amo con amor leal, comprometo mi fe con este juramento: o moriré en la empresa o traeré a este castillo de Tintagel a la reina de rubios cabellos.

Aparejó una hermosa nave, que aprovisionó con trigo, vino, miel y los mejores víveres. Además de Gorvenal, mandó embarcar a cien caballeros elegidos entre los más valerosos, y los vistió con ropas de telas bastas, de forma que parecieran mercaderes. Pero bajo el puente de la nave ocultaban ricos vestidos de paño de oro, de seda y escarlata, como corresponde a los mensajeros de un rey poderoso.

Cuando la nave se hizo a la mar, el piloto preguntó:

—Señor, ¿hacia qué tierra navegamos?

—Amigo mío, pon rumbo hacia Irlanda, al puerto de Weisefort.

El piloto se estremeció. ¿Acaso no sabía Tristán que desde la muerte del Morholt el rey de Irlanda perseguía las naves de Cornualles? Los marineros que capturaba eran ahorcados. Sin embargo, el piloto obedeció y arribó a la tierra peligrosa.

En un primer momento, Tristán supo convencer a los habitantes de Weisefort de que sus compañeros eran mercaderes de Inglaterra que habían venido para traficar en paz. Pero como aquellos mercaderes tenían extraños modales, se pasaban el día jugando a nobles juegos de mesa y al ajedrez, y parecían conocer mejor el manejo de los dados que la medida del trigo, Tristán tuvo miedo de ser descubierto y no sabía cómo emprender su búsqueda.

Una mañana, al despuntar el día, oyó una voz tan espantosa que habríase dicho el grito de un demonio. Jamás había oído a una

bestia aullar de aquella manera tan horrible y tan extraordinaria. Llamó a una mujer que pasaba por el puerto y así le habló:

—Decidme, señora, ¿de dónde viene esa voz que acabo de oír? Os ruego que me digáis la verdad.

—Señor, os lo diré sin mentir. Viene de una bestia feroz, la más horrible que existe en el mundo. Cada día baja de su cueva y se aposta ante una de las puertas de la ciudad. Nadie puede entrar ni salir si no entrega una doncella al dragón, y, cuando éste la tiene entre sus garras, la devora en menos tiempo del que se necesita para rezar un padrenuestro.

—Señora —respondió Tristán—, no os burléis de mí. Pero decidme si sería posible que un hombre nacido de mujer matara a la bestia en batalla.

—No lo sé, mi señor. Lo cierto es que veinte caballeros probados intentaron ya esa aventura, pues el rey de Irlanda, mediante la voz de su heraldo, proclamó que daría a su hija Isolda la Rubia a quien matara al monstruo. Pero el monstruo los mató a todos.

Tristán se alejó de la mujer y regresó a su nave. Se armó en secreto y habría sido bello ver salir de aquella nave de mercaderes un corcel de guerra tan hermoso, montado por un caballero tan gallardo. Pero el puerto estaba desierto, pues apenas acababa de despuntar el alba, y nadie vio al valeroso caballero cabalgando hasta la puerta que la mujer le había indicado. De repente aparecieron en el camino cinco hombres que espoleando a sus caballos, sueltos los frenos, huían hacia la ciudad. Tristán agarró a uno de ellos cuando pasaba, y le tiró tan fuerte del pelo rojo, que lo derribó sobre la grupa del caballo y lo obligó a detenerse.

—Dios os salve, señor —le dijo Tristán—, ¿por qué camino viene el dragón?

Y cuando el caballero le hubo mostrado la ruta, Tristán lo soltó.

El monstruo se estaba acercando. Tenía cabeza de víbora, los ojos rojos como carbones ardientes, dos cuernos en la frente, orejas largas y peludas, garras de león, cola de serpiente y el escamoso cuerpo de un grifo.

Tristán lanzó su corcel contra él con tal fuerza que el caballo se erizó de pánico, pero a pesar de todo saltó contra el dragón. La lanza de Tristán chocó con las escamas y saltó hecha trizas.

Entonces el caballero desenvainó la espada, la levantó, y asestó un golpe contra la cabeza del dragón, pero sin siquiera herirle en el cuero. Mas el monstruo había acusado el ataque: lanzó sus garras contra el escudo, las hundió en él, e hizo saltar las ataduras. Tristán, con el pecho descubierto, lo requirió una y otra vez con la espada y lo golpeó en el flanco con tanta violencia que el aire retumbó. Pero fue en vano, no podía herirlo. Entonces el dragón vomitó por la boca un doble chorro de llamas venenosas. La cota de Tristán se volvió negra como carbón apagado, su caballo se derrumbó, muerto. Sin embargo, Tristán se levantó al instante y hundió su buena espada en la garganta del monstruo. La penetró toda entera y le rompió el corazón en dos partes. El dragón lanzó por última vez su horrible grito y murió.

Tristán le cortó la lengua y se la metió en el jubón. Después, aún aturdido por el humo acre, se acercó para beber de un estanque que vio brillar a poca distancia. Pero el veneno destilado por la lengua del dragón se calentó al entrar en su cuerpo y el héroe cayó desmayado entre las altas hierbas que rodeaban la marisma.

Conviene saber que el fugitivo de rojas trenzas era Aguinguerrán el Rojo, senescal del rey de Irlanda, que codiciaba a Isolda la Rubia. Era cobarde, pero tan grande es la fuerza del amor, que cada mañana se emboscaba armado para atacar al monstruo. Sin embargo, en cuanto oía su grito, el caballero salía huyendo. Aquel día, seguido por sus cuatro compañeros, se atrevió a regresar. Encontró al dragón abatido, al caballo muerto, el escudo roto, y pensó que el vencedor acababa de morir en algún lugar. Entonces cortó la cabeza del monstruo, se la llevó al rey y reclamó la bella recompensa prometida.

El rey no creyó mucho en la proeza de Aguinguerrán el Rojo, pero quiso tratarlo con justicia y mandó a sus vasallos que acudieran a la corte al cabo de tres días: ante el consejo de los barones, Aguinguerrán el Rojo aportaría la prueba de su victoria.

Cuando Isolda la Rubia se enteró de que iba a ser entregada a aquel cobarde, primero se rió un buen rato, después se lamentó. Pero al día siguiente, sospechando la impostura, tomó consigo a su

lacayo, el rubio y fiel Perinís, y a Brangel, su joven criada y compañera, y los tres cabalgaron en secreto hacia la guarida del monstruo, hasta que Isolda vio en el camino unas huellas de forma singular: sin duda, el caballo que había pasado por allí no había sido herrado en aquel país. Después encontró al monstruo sin cabeza y al caballo muerto, que no estaba enjaezado según la costumbre irlandesa. Pensó que al dragón lo había matado algún extranjero, pero ¿seguía aquel hombre con vida?

Isolda, Perinís y Brangel lo estuvieron buscando durante mucho tiempo, hasta que por fin Brangel vio entre las hierbas de la marisma el brillante yelmo del caballero, que todavía respiraba. Perinís lo subió a su caballo y lo llevó en secreto a las estancias de las mujeres. Allí, Isolda contó la aventura a su madre y le confió al extranjero. Cuando la reina quiso quitarle la armadura, la venenosa lengua del dragón cayó del jubón. Entonces la reina de Irlanda despertó al herido mediante la virtud de unas hierbas y le dijo:

—Forastero, yo sé que en verdad fuisteis vos quien mató al monstruo. Pero nuestro senescal, un traidor, un cobarde, le ha cortado la cabeza y ahora reclama a mi hija Isolda la Rubia como recompensa. ¿Podréis probar su engaño dentro de dos días, en una batalla?

—Reina —dijo Tristán—, el plazo es corto. Pero sin duda vos podéis curarme en dos días. Yo conquisté a Isolda matando al dragón, tal vez pueda conquistarla de nuevo venciendo al senescal.

Entonces la reina lo albergó con generosidad y preparó para él eficaces remedios. Al día siguiente, Isolda la Rubia le preparó un baño y ungió suavemente su cuerpo con un bálsamo que había elaborado su madre. Detuvo la mirada sobre el rostro del herido, vio que era hermoso y se puso a pensar: «¡Ciertamente, si su valentía iguala su belleza, mi campeón librará dura batalla!».

Mientras, Tristán, reanimado por el calor del agua y la fuerza de las plantas aromáticas, miraba a Isolda, y pensando que había conquistado a la reina de cabellos de oro, sonrió. Isolda se dio cuenta de ello y pensó: «¿Por qué está sonriendo el forastero? ¿Habré hecho algo inconveniente? ¿Habré olvidado alguno de los servicios que una doncella debe procurar a su invitado? Tal vez se ha reído porque me olvidé de bruñir sus armas, deslustradas por el

veneno».

Entonces Isolda fue hasta el lugar donde estaba la armadura de Tristán, y pensó: «Este yelmo es de buen acero, nunca le fallará en caso de necesidad. Y esta cota es fuerte, ligera, digna de ser llevada por un valiente».

Tomó la espada por la empuñadura y pensó: «Ciertamente es ésta una bella espada, la que conviene a un caballero valeroso».

Sacó la hoja ensangrentada de la rica vaina para limpiarla, y entonces vio que la espada tenía una amplia mella. Se fijó en la forma de la brecha: ¿no sería la hoja que se rompió en la cabeza del Morholt?

Isolda vacilaba, volvió a mirar, quería salir de dudas. Corrió a la habitación donde guardaba el trozo de acero que sacó del cráneo del Morholt, juntó el trozo con la brecha: apenas se notaba la señal de la rotura.

Entonces se lanzó sobre Tristán y, volteando la gran espada sobre la cabeza del herido, exclamó:

—¡Tú eres Tristán de Leonís, tú mataste al Morholt, mi amado tío! ¡Muere pues tú también!

Tristán hizo un gesto para detener el brazo de Isolda, pero fue en vano. Su cuerpo estaba tullido pero su espíritu seguía siendo ágil, de modo que habló con astucia:

—Sea como vos queréis: moriré. Pero para ahorraros largos remordimientos, escuchadme. Hija de rey, debéis saber que vos no tenéis sólo el poder, sino también el derecho de matarme. Sí, tenéis derecho sobre mi vida, porque por dos veces me la habéis conservado y devuelto. Una primera vez, no hace mucho tiempo: era yo el juglar herido al que salvasteis al expulsar de mi cuerpo la ponzoña con la que me había envenenado la lanza del Morholt. No os ruboricéis, muchacha, por haber curado aquellas heridas, ¿acaso no las había recibido en combate leal? ¿Acaso maté al Morholt a traición? ¿No me había desafiado él? ¿No tenía derecho a defender mi cuerpo? Por segunda vez me salvasteis al ir a buscarme a la marisma. ¡Ah, por vos luché, doncella, contra el dragón! Pero dejemos eso: yo sólo quería demostraros que, por haberme librado por dos veces del peligro de muerte, tenéis derecho sobre mi vida. Matadme, pues, si pensáis que con ello vais a ganar loor y gloria.

Sin duda, cuando estéis entre los brazos del valeroso senescal, os será dulce recordar a vuestro huésped herido, el que arriesgó su vida por conquistaros y os conquistó, y a quien vos matasteis sin defensa en este baño.

Isolda exclamó:

—Estoy oyendo palabras extraordinarias. ¿Por qué quiso conquistarme el vencedor del Morholt? Ya veo, sin duda: tal como el Morholt trató de llevar en su nave a las doncellas de Cornualles, vos, en represalia, quisisteis hacer alarde y llevaros como sierva a aquella a quien el Morholt amaba entre todas las demás muchachas.

—No, princesa —repuso Tristán—. Lo que ocurrió es que un día dos golondrinas volaron hasta Tintagel para llevar hasta allí uno de vuestros cabellos de oro. Yo creí que venían a anunciar paz y amor. Por eso vine a buscaros más allá de los mares. Por eso me enfrenté al monstruo y a su veneno. Mirad este cabello cosido entre los hilos de oro de mi ropa. El color de los hilos de oro se ha deslucido, pero el oro del cabello no se ha empañado.

Isolda tiró la gran espada y tomó entre sus manos la ropa de Tristán. Vio en ella el cabello y permaneció en silencio largo rato. Después besó a su huésped en los labios en señal de paz y lo revistió con ricas telas.

El día de la reunión de los caballeros, Tristán mandó en secreto a Perinís, el criado de Isolda, a su nave, para decir a sus compañeros que se congregaran en la corte ataviados como corresponde a los mensajeros de un rey poderoso, pues esperaba llegar aquel mismo día al término de su aventura. Gorvenal y los cien caballeros, que, creyendo que habían perdido a Tristán, llevaban tristes cuatro días, se alegraron por la noticia.

Entraron de uno en uno, se sentaron formando en una hilera en la sala en la que ya se estaban reuniendo los nobles de Irlanda, y la pedrería relucía en sus ricas vestiduras de escarlata, seda y púrpura. Los irlandeses se decían entre ellos:

—¿Quiénes serán esos magníficos caballeros? ¿Alguien los conoce? ¡Fijaos en esos mantos suntuosos, adornados con piel de marta y galones de oro y plata! ¡Ved cómo relucen en el pomo de

sus espadas y en las hebillas de sus pellizas los rubíes, los berilos, las esmeraldas y otras piedras preciosas que nosotros ni siquiera sabemos nombrar! ¿Quién vio jamás tanto esplendor? ¿De dónde vienen tales caballeros? ¿Quién es su señor?

Pero los cien caballeros permanecían en silencio y no se levantaban de sus asientos para nadie que entrara.

Cuando el rey de Irlanda estuvo sentado bajo el dosel, el senescal Aguinguerrán el Rojo se ofreció para demostrar con testigos y para sostener en batalla que él había matado al monstruo y que por tanto Isolda debía serle entregada. Entonces Isolda se inclinó ante su padre y dijo:

—Majestad, aquí hay un hombre que pretende acusar a vuestro senescal de engaño y traición. Este hombre, que desea probar que él libró a nuestra tierra de la maldición y que vuestra hija no debe ser entregada a un cobarde, ¿podrá obtener vuestro perdón por sus antiguos errores, por grandes que sean, y tener vuestra merced y buena voluntad?

El rey pensó en ello y no tuvo prisa en responder. Pero los caballeros gritaron todos a la vez:

—¡Concededlo, señor, concededlo!

El rey respondió:

—Lo concedo.

Entonces Isolda se arrodilló a sus pies y dijo:

—Padre, dadme primero el beso de merced y paz, en señal de que se lo daréis igualmente a ese hombre.

Cuando Isolda hubo recibido el beso, fue a buscar a Tristán y lo llevó de la mano hasta la asamblea. Cuando los cien caballeros lo vieron, se levantaron al mismo tiempo, lo saludaron con los brazos cruzados sobre el pecho y se colocaron a su lado. Así, los irlandeses vieron que aquel caballero era su señor, pero entonces muchos de ellos lo reconocieron y se alzó un gran clamor.

—¡Es Tristán de Leonís, el hombre que mató al Morholt!

Relucieron las espadas desnudas y las voces furiosas repetían:

—¡Que muera!

Pero Isolda exclamó:

—Rey, besad en la boca a ese hombre, tal como habéis prometido.

El rey lo besó en la boca y el clamor cesó.

Entonces Tristán mostró la lengua del dragón y ofreció batalla al senescal, quien no se atrevió a aceptarla y reconoció su fechoría. Luego Tristán habló de esta manera:

—Sí, señores, yo maté al Morholt, pero he cruzado el mar para ofreceros enmienda. Para remediar el daño causado, puse mi cuerpo en peligro de muerte y os libré del monstruo, y de este modo he conquistado a Isolda la Rubia, la bella. Y puesto que la conquisté, me la llevaré en mi nave. Pero a fin de que por las tierras de Irlanda y Cornualles no se extienda nunca más el odio, sino el amor, sabed que el rey Marcos, mi amado señor, se casará con ella. Ved aquí a cien caballeros de alto linaje que jurarán por las reliquias de los santos que el rey Marcos os manda paz y amor, que su deseo es honrar a Isolda como a su amada esposa, y que todos los hombres de Cornualles la servirán como a su reina y señora.

Con gran alegría trajeron los relicarios con las reliquias de los santos y los cien caballeros juraron que Tristán había dicho la verdad.

El rey tomó a Isolda de la mano y preguntó a Tristán si la conduciría lealmente hasta su señor Marcos. Tristán lo juró ante sus cien caballeros y ante los nobles de Irlanda.

Isolda la Rubia temblaba de vergüenza y de angustia. ¡Así era como Tristán, después de haberla conquistado, la rechazaba! El hermoso cuento del cabello de oro era sólo una mentira, y ahora iba a entregarla a otro… Pero el rey puso la mano derecha de Isolda en la mano derecha de Tristán, y Tristán la retuvo como señal de que la tomaba en nombre del rey de Irlanda.

Así, por el amor del rey Marcos, por astucia y por fuerza, Tristán cumplió la búsqueda de la reina de cabellos de oro.

IV

EL FILTRO

Nein, ezn ivas nith mit wine,
doch ez im glich waere,
ez was diu wernde swaere,
diu endelôse herzenôt
von der si beide lâgen tôt.

GOTTFRIED DE ESTRASBURGO

Cuando se acercó el tiempo de entregar a Isolda a los caballeros de Cornualles, su madre recogió hierbas, flores y raíces, las mezcló con vino y preparó un poderoso brebaje. Cuando lo hubo elaborado gracias a su ciencia y su magia, lo vertió en un frasco y le dijo en secreto a Brangel:

—Hija mía, tú seguirás a Isolda hasta el país del rey Marcos, y sé que la amas con lealtad. Toma pues este frasco de vino y recuerda mis palabras. Ocúltalo de manera que ningún ojo lo vea ni ningún labio lo pruebe. Pero cuando llegue la noche de bodas y el momento en que se deja solos a los esposos, vierte este vino de hierbas en una copa y ofrécesela para que beban juntos de ella el rey Marcos y la reina Isolda. Ten cuidado, hija mía, de que sólo ellos puedan probar este brebaje, pues tiene una virtud: que aquellos que lo beban juntos se amarán con todos los sentidos y con todo su pensamiento, para siempre, en la vida y en la muerte.

Brangel prometió a la reina que cumpliría su voluntad.

La nave, hendiendo las profundas olas, se llevaba a Isolda. Pero cuanto más se alejaba de Irlanda, más tristemente se lamentaba la doncella. Sentada bajo el pabellón en el que estaba encerrada con su criada Brangel, lloraba al recordar su país. ¿Adonde la llevaban aquellos extranjeros? ¿Hacia quién? ¿Con qué destino? Cuando Tristán se acercaba a ella y quería consolarla con dulces palabras, ella se irritaba, lo rechazaba, y el odio inundaba su corazón. Había venido él, el raptor, el asesino del Morholt. Con astucia la había separado de su madre y de su país, y ni siquiera se la había quedado para él. ¡Se la llevaba como una prisionera a través de las olas, hacia una tierra enemiga!

—¡Pobre de mí! —exclamaba—. ¡Maldito sea el mar que se me lleva! ¡Antes querría morir en la tierra en que nací que vivir en tierra extraña!

Un día los vientos cayeron, las velas colgaban deshinchadas a lo largo del mástil. Tristán mandó desembarcar en una isla y, cansados del mar, los cien caballeros de Cornualles y los marineros bajaron a la orilla. Sólo Isolda permaneció en la nave con una joven sirvienta. Tristán se acercó a la reina para tratar de tranquilizar su corazón. El sol era ardiente y pidieron de beber. La joven criada buscó alguna bebida, hasta que descubrió el frasco que la madre de Isolda había confiado a Brangel.

—¡He encontrado vino! —exclamó.

Pero no era vino: era la pasión, la áspera alegría y la angustia sin fin, era la muerte. La muchacha llenó una copa y la presentó a su señora. Ésta bebió largos tragos y luego la ofreció a Tristán, quien la vació.

En aquel momento entró Brangel y los vio mirarse en silencio, como extraviados, como hechizados. Tomó la copa, corrió a la popa y la lanzó al mar, gimiendo:

—¡Desdichada de mí! ¡Maldito sea el día en que nací y maldito el día en que subí a esta nave! ¡Isolda, amiga, y vos, Tristán, lo que acabáis de beber es vuestra muerte!

La nave singlaba de nuevo hacia Tintagel. A Tristán le parecía que una zarza vivaz, de agudas espinas y flores olorosas, echaba raíces

en la sangre de su corazón y enlazaba con sólidas ataduras el hermoso cuerpo de Isolda con su propio cuerpo y su pensamiento y su deseo todo. Iba pensando: «Andret, Denoalén, Ganelón y Gondoine, vosotros me acusabais de codiciar la tierra del rey Marcos. ¡Pues no, todavía soy más vil, pues no es su tierra lo que codicio! Buen tío, vos que me amasteis cuando era un huérfano, antes incluso de reconocer en mí la sangre de vuestra hermana Blancaflor, que me llorasteis con ternura mientras vuestros brazos me llevaban hasta la barca sin remos ni vela, buen tío, ¿por qué no alejasteis el primer día a aquel muchacho errante que vino para traicionaros? ¡Ay de mí! ¿Qué he pensado? Isolda es vuestra esposa y yo vuestro vasallo. Isolda es vuestra esposa y yo vuestro hijo. Isolda es vuestra esposa y no puede amarme».

Pero Isolda lo amaba. Quería odiarlo, pues ¿no la había desdeñado vilmente? Quería odiarlo y no podía, irritada en su corazón por aquella ternura más dolorosa que el odio.

Brangel los observaba con angustia, más cruelmente atormentada aún que ellos, pues sólo ella sabía el mal que había causado. Pasó dos días espiándolos, vio cómo rechazaban todo alimento, toda bebida y todo consuelo, los vio buscarse como dos ciegos que avanzan a tientas el uno hacia el otro, desdichados cuando languidecían separados, más desdichados todavía cuando estaban juntos y temblaban ante el horror de la primera declaración.

Al tercer día, cuando Tristán se acercó al pabellón que se alzaba en la cubierta de la nave, Isolda lo vio y le dijo humildemente:

—Entrad, señor.

—Mi reina —respondió Tristán—, ¿por qué me llamáis señor? ¿Acaso no soy, por el contrario, vuestro vasallo, para acatar vuestras órdenes y amaros como mi reina y mi dama?

Isolda respondió:

—¡No, y vos sabéis que sois mi señor y mi dueño! ¡Bien sabéis que vuestra fuerza me domina y que yo soy vuestra sierva! ¡Ay! ¿Por qué no agravé entonces las heridas del juglar herido? ¿Por qué no dejé morir a quien mató al monstruo entre la hierba de las marismas? ¿Por qué no clavé en él, cuando yacía en el baño, la espada que ya blandía? ¡Es que no sabía entonces lo que ahora sé!

—Isolda, ¿qué sabéis ahora? ¿Qué es lo que os atormenta?

—¡Ay!, todo lo que sé me atormenta, y todo lo que veo. ¡Este cielo me atormenta y este mar y mi cuerpo y mi vida!

Posó el brazo en el hombro de Tristán. Las lágrimas apagaron el resplandor de sus ojos y sus labios empezaron a temblar. Tristán repitió:

—Amiga, ¿qué es lo que os atormenta?

Ella respondió:

—El amor de vos.

Entonces posó sus labios sobre los de él.

Pero mientras probaban por primera vez los goces del amor, Brangel, que los estaba espiando, lanzó un grito y se precipitó a sus pies con los brazos extendidos y la cara empapada en llanto.

—¡Desdichados! —les dijo—. ¡Deteneos y volved atrás, si es que todavía estáis a tiempo! Pero no, éste es un camino sin retorno, la fuerza del amor ya os domina y nunca más volveréis a tener alegría sin dolor. Os posee el vino de hierbas, el brebaje de amor que me confió vuestra madre la reina. Sólo debía beberlo con vos el rey Marcos, pero el Enemigo se ha burlado de nosotros tres y ya habéis vaciado la copa. ¡Amigo Tristán, Isolda, amiga, como castigo por lo mal que os he guardado, os entrego mi cuerpo, mi vida, pues por mi crimen, en la copa maldita, habéis bebido el amor y la muerte!

Los amantes se abrazaron; en sus hermosos cuerpos se estremecían el deseo y la vida. Tristán dijo:

—¡Venga, pues, la muerte!

Y cuando cayó la noche, en la nave que singlaba veloz hacia la tierra del rey Marcos, unidos para siempre se abandonaron al amor.

V

BRANGEL ENTREGADA A LOS SIERVOS

Sobre totz avrai gran valor,
S'aitals camisa m'es dada,
Cum Iseus det a l'amador,
Que mai non era portada.

RAMBAUT, conde de Orange

El rey Marcos recibió a Isolda la Rubia en la orilla. Tristán la tomó de la mano y la condujo ante el rey, quien la recibió tomándola a su vez de la mano. La llevó con gran honor al castillo de Tintagel y cuando Isolda apareció en la sala ante los caballeros, su belleza despidió tal claridad que las paredes se iluminaron como si les diera el sol naciente. Entonces el rey Marcos alabó a las golondrinas que, con su bella cortesía, le habían traído el cabello de oro, alabó a Tristán y a los cien caballeros, que habían ido en la nave aventurera a pedir la alegría de sus ojos y de su corazón. Pero, ¡ay, noble rey!, la nave también os trae triste duelo y duros tormentos.

Pasados dieciocho días, el rey convocó a los nobles y tomó por esposa a Isolda la Rubia. Pero cuando llegó la noche, Brangel, a fin de ocultar el deshonor de la reina y para salvarla de la muerte, ocupó el lugar de Isolda en el lecho nupcial. Como castigo de la mala guarda que había hecho en el mar y por amor de su amiga, le sacrificó fielmente la pureza de su cuerpo. La oscuridad de la noche ocultó al rey su vergüenza y la astucia de ella.

Pretenden algunos narradores que Brangel no había echado al

mar el frasco de vino de hierbas, que los amantes no lo habían apurado del todo, y que por la mañana, cuando su señora hubo entrado en el lecho del rey Marcos, Brangel vertió en una copa lo que quedaba del filtro y la presentó a los esposos; que Marcos bebió lentamente e Isolda tiró su parte con disimulo. Pero los narradores corrompieron la historia y la falsearon. Imaginaron esta mentira porque no habían comprendido el maravilloso amor que Marcos tuvo siempre por la reina. Tal como vais a oír muy pronto, Marcos, a pesar de la angustia, el tormento y las terribles represalias, jamás pudo alejar de su corazón a Tristán ni a Isolda. Pero él no bebió jamás del vino de hierbas. Ni pócima ni sortilegio le inspiraron el amor, sino tan sólo la tierna nobleza de su corazón.

Isolda era reina y parecía llena de alegría. Isolda era reina y vivía llena de tristeza. Isolda tenía la ternura del rey Marcos, los nobles la honraban y la gente humilde la amaba. Isolda pasaba los días en sus aposentos ricamente pintados y repletos de flores. Isolda tenía bellas joyas, telas de púrpura y alfombras traídas de Tesalia, tenía los cantos de los arpistas y tapices en los que figuraban leopardos, aguiluchos, papagayos y todos los animales del mar y de los bosques. Isolda tenía intensos y bellos amores, y a Tristán a su lado día y noche, a su antojo pues, tal como manda la costumbre entre los grandes señores, dormía en la alcoba real, entre los privados y los fieles.

Y, sin embargo, Isolda temblaba. ¿Por qué? ¿Acaso no mantenía en secreto sus amores? ¿Quién sospecharía de Tristán? ¿Quién sospecharía de un hijo? ¿Quién podía verla? ¿Quién la espiaba? ¿Quién era testigo de sus amores? Sí, tenía un testigo que la espiaba: Brangel. Brangel la acechaba. Sólo Brangel conocía su vida. Brangel la tenía a su merced. ¡Dios santo, si algún día, cansada de preparar cada día como una criada la cama en la que se acostaría antes que su señora, los denunciara ante el rey! ¡Si Tristán muriera a causa de su traición! De este modo el miedo estaba volviendo loca a la reina. Pero no, el tormento no procedía de la fiel Brangel, sino de su propio corazón. Escuchad, señores, la gran traición que meditó: pero Dios, tal como oiréis, se apiadó de ella. Sed también

vosotros compasivos con Isolda.

Aquel día, Tristán y el rey estaban cazando en un paraje lejano y Tristán no tuvo conocimiento de la fechoría. Isolda mandó acudir a dos siervos y les prometió la libertad y sesenta besantes de plata si juraban cumplir su voluntad. Ellos lo juraron.

—Os entregaré a una muchacha —les dijo—. La llevaréis al bosque, lejos o cerca, pero a un lugar donde nadie jamás descubra lo sucedido. Allí la mataréis y me traeréis su lengua. Recordad las palabras que diga ella, para repetírmelas después. Andad ahora, que a la vuelta seréis hombres libres y ricos.

Luego mandó llamar a Brangel.

—Amiga —le dijo—, ya ves cómo mi cuerpo languidece y sufre. ¿No irías al bosque a buscar las hierbas que convienen a mi mal? Te acompañarán dos siervos, ellos saben dónde crecen esas plantas tan eficaces. Síguelos, y ten por seguro que si te mando al bosque es por mi reposo y mi vida.

Los siervos acompañaron a Brangel. Cuando ésta llegó al bosque, quiso detenerse, pues las plantas salutíferas crecían en abundancia a su alrededor, pero ellos la llevaron más lejos.

—Ven, muchacha —le dijeron—, no es éste el lugar más conveniente.

Uno de los siervos caminaba delante de ella, su compañero la seguía. Terminó el sendero y comenzaron las espinas, los cardos y las zarzas enmarañadas. Entonces, el hombre que iba delante sacó la espada y se volvió. Brangel fue hasta el otro siervo para pedirle ayuda. Este también sostenía la espada desenvainada y dijo:

—Muchacha, debemos matarte.

Brangel cayó sobre la hierba y con los brazos trataba de apartar la punta de las espadas. Pedía gracia con una voz tan tierna y lastimera que los siervos le dijeron:

—Muchacha, si la reina Isolda, tu señora y la nuestra, quiere que mueras, será porque has cometido alguna falta muy grave.

Ella respondió:

—Yo no lo sé, amigos. Sólo recuerdo una falta. Cuando partimos de Irlanda, nos llevamos cada una, como el más preciado ropaje, una camisa blanca como la nieve, una camisa para nuestra noche de bodas. Sucedió que, en el mar, Isolda desgarró su camisa nupcial y

yo le presté la mía. Amigos, ésta es la única falta que he cometido. Pero puesto que la reina quiere que yo muera, decidle que le mando mi saludo y mi amor, que le agradezco todo el bien y el honor que me ha hecho desde que, siendo yo muy niña, fui raptada por los piratas y vendida a su madre como criada. Que Dios, en su bondad, guarde su honor, su cuerpo y su vida. Hermanos, ahora ya podéis herirme.

Pero los siervos tuvieron piedad de ella. Deliberaron por un momento y, juzgando que tal falta no merecía la muerte, la ataron a un árbol.

Después mataron a un cachorro de perro. Uno de los vasallos le cortó la lengua, la envolvió con el faldón de su ropa y fueron a presentarse ante la reina Isolda.

—¿Ha hablado? —preguntó ésta con ansia.

—Sí, mi reina, ha hablado. Dijo que estabais irritada contra ella por una única falta: que habíais desgarrado una camisa blanca como la nieve que traíais de Irlanda y que ella os prestó la suya la noche de bodas. Tal fue, según dijo, su único crimen. Os dio las gracias por todos los favores que recibió de vos desde que era niña, y rogó a Dios que protegiera vuestro honor y vuestra vida. Os manda su saludo y su amor. Mi reina, aquí os traemos su lengua.

Isolda exclamó:

—¡Asesinos! ¡Devolvedme a Brangel, mi sirvienta querida! ¿No sabíais, pues, que era mi única amiga? ¡Devolvédmela, asesinos!

—Mi reina, con razón se dice que la mujer cambia en pocas horas, ríe y llora, odia y ama al mismo tiempo. Nosotros matamos a Brangel porque vos nos los habíais ordenado.

—¿Cómo podría haber ordenado yo tal cosa? ¿Por qué delito? Brangel era mi dulce compañera, la más fiel, la más hermosa. Y vosotros lo sabíais, asesinos. Yo la había mandado a buscar hierbas medicinales y os la encomendé para que la protegierais por el camino. Diré que vosotros la habéis matado y os quemarán sobre carbones.

—Sabed, mi reina, que Brangel está viva y que os la devolveremos sana y salva.

Pero ella no les creía, estaba enloquecida y maldecía ora a los asesinos, ora a sí misma. Retuvo a uno de los siervos mientras el

otro iba a toda prisa hasta el árbol donde Brangel estaba atada.

—Muchacha, Dios se ha apiadado de ti y tu señora te llama.

Cuando compareció ante Isolda, Brangel se arrodilló y le pidió que perdonara sus faltas. Pero la reina también había caído de rodillas y se abrazaron con ternura durante largo rato.

VI

EL GRAN PINO

Isot ma drue, Isot m'amie,
En vos ma mort, en vos ma vie.

GOTTFRIED DE ESTRASBURGO

Los enamorados no debían temer a la leal Brangel, sino a ellos mismos. Pero ¿cómo iban a estar vigilantes sus corazones embriagados? El amoríos apremiaba, tal como la sed precipita hacia el río al ciervo que se siente morir, o como el gavilán que, tras un largo ayuno, se lanza súbitamente sobre la presa. El amor, ¡ay!, mal puede ocultarse. Bien es verdad que, gracias a la prudencia de Brangel, nadie sorprendió a la reina entre los brazos de su amigo, pero ¿acaso no veían todos, a cualquier hora y en cualquier lugar, cómo el deseo los agitaba, los oprimía, desbordaba todos sus sentidos, tal como el vino se derrama de la cuba?

Los cuatro traidores de la corte que odiaban a Tristán por su valor andaban rondando a la reina, y ya conocían la verdad de sus amores. Ardían de codicia, de odio y de alegría. Pensaban llevar la noticia al rey, para ver cómo el cariño se mudaba en furor, cómo Tristán era desterrado o entregado a la muerte, y presenciar así el tormento de la reina. Sin embargo, temían la cólera de Tristán. Pero, al fin, el odio pudo más que el miedo, y un día los cuatro llamaron al rey para parlamentar. Andret le dijo:

—Buen rey, sin duda vuestro corazón se irritará y nosotros sufriremos al veros apenado, pero debemos revelaros lo que hemos sorprendido. Pusisteis a Tristán en vuestro corazón y ahora Tristán

quiere deshonraros. En vano os habíamos advertido. Por el amor de un solo hombre olvidáis a vuestros parientes y a todos vuestros barones, a todos nos abandonáis. Debéis saber, pues, que Tristán ama a la reina. Es verdad probada y ya se habla mucho de ello.

El noble rey vaciló y repuso:

—¡Cobarde! ¡Qué villanía habéis pensado! Es verdad que puse a Tristán en mi corazón. El día que el Morholt os retó en batalla, todos vosotros bajasteis la cabeza, temblorosos y como mudos. Pero Tristán se enfrentó a él por el honor de esta tierra y su alma pudo haber escapado por cada una de sus heridas. Por eso vosotros lo odiáis y por eso yo lo quiero más a él que a vos, Andret, más que a todos vosotros, más que a nadie. Pero ¿qué pretendéis haber descubierto? ¿Qué habéis visto? ¿Qué habéis oído?

—En verdad, nada, señor, nada que vuestros ojos no puedan ver, nada que vuestros oídos no puedan oír. Mirad, escuchad, buen rey, quizá todavía estéis a tiempo.

Y después de retirarse, dejaron que el rey bebiera con tranquilidad de aquel veneno.

El rey Marcos no pudo alejar el maleficio. También, y contra su voluntad, espió a su sobrino y espió a la reina. Pero Brangel se percató de ello, los avisó y de nada sirvió que el rey tratara de poner a prueba a Isolda mediante argucias. Pronto se indignó de haber emprendido aquel vil combate, pero, reconociendo que jamás podría ahuyentar la sospecha, mandó llamar a Tristán y le dijo:

—Tristán, aléjate de este castillo, y cuando lo hayas abandonado, no tengas la osadía de franquear sus fosos y empalizadas nunca más. Unos miserables te acusan de gran traición. No me preguntes, pues no podría repetir sus palabras sin que cayera la vergüenza sobre mí mismo y sobre ti. No busques palabras que aplaquen mi ira, sé que serían vanas. Sin embargo, no creo a esos villanos. Si los creyera, ya te habría entregado a una muerte vergonzosa, pero sus discursos maléficos han turbado mi corazón y sólo tu partida podrá calmarlo. Vete, sin duda volveré a llamarte muy pronto. ¡Vete, hijo mío querido!

Cuando los caballeros traidores hubieron oído la noticia, se

dijeron entre sí: «El hechicero ya se ha ido, ha sido desterrado como un ladrón. ¿Qué ocurrirá ahora? Sin duda cruzará el mar para buscar aventuras y ofrecer su servicio desleal a algún rey extranjero».

Tristán sólo tuvo fuerzas para partir, pero cuando hubo cruzado las empalizadas y los fosos del castillo, supo que no podría alejarse más. Se detuvo ante la aldea de Tintagel, se hospedó junto con Gorvenal en la casa de un burgués y languideció torturado por la fiebre, más herido que cuando la pica del Morholt envenenó su cuerpo. Entonces, cuando yacía en la cabaña construida a la orilla del mar y todos huían del hedor de sus heridas, por lo menos tres hombres lo confortaron: Gorvenal, Dinas de Lidán y el rey Marcos. Ahora Gorvenal y Dinas seguían junto a su lecho, pero el rey Marcos no acudía, y Tristán se lamentaba:

—Es cierto, buen tío, ahora mi cuerpo despide el hedor de un veneno más repugnante y vuestro amor ya no puede vencer tanto espanto.

Pero en el ardor de la fiebre, el deseo lo arrastraba sin cesar como un caballo desbocado hacia las torres que mantenían encerrada a la reina: caballo y caballero chocaban contra los muros de piedra, pero caballo y caballero se levantaban de nuevo y emprendían de nuevo el mismo asalto.

Detrás de las torres bien cerradas, Isolda la Rubia también estaba languideciente, aún más desdichada que Tristán, pues entre los extraños que la espiaban tenía que fingir alegría y sonreír durante todo el día. Por la noche, acostada junto al rey Marcos, tenía que permanecer inmóvil y dominar la agitación de sus miembros y los sobresaltos de la fiebre.

Una noche, quiso huir hacia Tristán, se levantó y corrió hacia la puerta, pero, en el oscuro umbral, los nobles traidores habían tendido grandes hoces: las hojas afiladas y maléficas se clavaron en sus delicadas rodillas. Estuvo a punto de caerse, y de sus rodillas manó la sangre como de dos rojas fuentes.

Si nadie los ayudaba, los amantes pronto morirían. Y ¿quién sino Brangel podría socorrerlos? Con peligro de su vida, la muchacha se deslizó hasta la casa donde languidecía Tristán. Gorvenal le abrió la puerta con alegría, y Brangel, para salvar a los amantes, le enseñó

un ardid a Tristán.

No, señores, jamás habréis oído hablar de una argucia de amor más hermosa.

Detrás del castillo de Tintagel se extendía un jardín grande y cercado por fuertes empalizadas. Crecían en él hermosos y abundantes árboles cargados de frutos, pájaros y olorosos racimos. En el lugar más alejado del castillo, cerca de la empalizada, se erguía un pino alto y recto, cuyo robusto tronco sostenía abundantes ramas. Al pie del pino manaba una fuente y el agua se expandía primero en una superficie ancha, clara y tranquila, rodeada por una escalinata de mármol, después corría por el jardín entre dos estrechas orillas, penetraba hasta el interior del castillo y cruzaba la habitación de las mujeres. Cada noche, Tristán, por consejo de Brangel, tallaba con habilidad pedazos de corteza y pequeñas ramas. Franqueaba las más afiladas estacas, llegaba bajo el pino y arrojaba los pedazos a la fuente. Ligeros como la espuma, éstos flotaban y seguían la corriente, y en la habitación de las mujeres Isolda acechaba su llegada. Inmediatamente, las noches en que Brangel había logrado alejar al rey Marcos y a los caballeros traidores, Isolda corría hacia su amigo.

Corría ágil y, sin embargo, temerosa, acechando a cada paso si había espías emboscados detrás de los árboles. Pero en cuanto Tristán la veía, corría hacia ella con los brazos abiertos. Entonces los protegía la noche y la sombra amiga del gran pino.

—Tristán —decía la reina—, ¿acaso las gentes del mar no aseguran que el castillo de Tintagel está encantado y que por sortilegio, dos veces al año, en invierno y en verano, se pierde y desaparece a la vista? Pues ahora ha desaparecido. ¿No es éste el jardín maravilloso del que hablan las canciones de los arpistas? Un muro de aire lo encierra por todas partes, tiene árboles floridos y el suelo perfumado. En él, el héroe vive sin envejecer en brazos de su amiga y no hay fuerza que pueda romper la muralla de aire.

En las murallas de Tintagel ya sonaban las trompas de los centinelas anunciando el amanecer.

—No —dijo Tristán—, el muro de aire ya está roto y no es éste

el vergel maravilloso. Pero algún día, amiga mía, iremos juntos al País Venturoso del que nadie regresa. Allí se yergue un castillo de mármol blanco; en cada una de las mil ventanas brilla un cirio encendido, en cada una, un juglar toca y canta una melodía sin fin. En él no brilla el sol, pero nadie añora la luz, pues es la feliz tierra de los vivos.

Pero en la cima de las torres de Tintagel el alba ya alumbraba los grandes bloques de piedras verdes y azules.

Isolda había recuperado la alegría. Las sospechas de Marcos se habían desvanecido y los nobles traidores, por el contrario, comprendieron que Tristán había vuelto a ver a la reina. Pero Brangel hacía tan buena guarda que espiaban en vano. Por fin, Andret, que Dios confunda, dijo a sus compañeros:

—Señores, pidamos consejo a Froncín, el enano jorobado. El conoce las siete artes, la magia y toda suerte de hechizos. Cuando nace un niño, sabe observar tan bien los siete planetas y el curso de las estrellas, que puede contar por adelantado todos los acontecimientos de su vida. Por el poder de Bugibus y de Noiron, descubre las cosas más secretas. El, si quiere, nos enseñará las tretas de Isolda la Rubia.

Por odio a la belleza y al arrojo, aquel hombrecillo malvado trazó caracteres de magia, echó cartas y otras suertes, consideró el curso de Orión y de Lucifer, y dijo:

—Alegraos, señores, pues esta noche podréis sorprenderlos.

Lo llevaron ante el rey.

—Señor —dijo el hechicero—, mandad a vuestros monteros que preparen los sabuesos y ensillen los caballos. Anunciad que pasaréis siete días y siete noches en el bosque para cazar, y podréis colgarme de la horca si esta misma noche no oís las palabras que Tristán le dice a la reina.

El rey así lo hizo, contra su corazón. Cuando llegó la noche, dejó a sus monteros en el bosque, subió al enano a la grupa de su caballo y regresó a Tintagel. Penetró en el jardín por una puerta que conocía y el enano lo condujo hasta el gran pino.

—Buen rey —le dijo—, tenéis que subiros a las ramas de este

árbol. Llevad el arco y las flechas, tal vez os servirán. Y guardad silencio, no tendréis que esperar mucho rato.

—¡Vete, perro del Maligno! —respondió Marcos.

Y el enano se fue, llevándose el caballo.

Había dicho la verdad: el rey no tuvo que esperar largo rato. Aquella noche la luna brillaba, clara y hermosa. El rey, escondido entre el ramaje, vio cómo su sobrino saltaba por encima de las agudas estacas. Tristán llegó bajo el árbol y arrojó al agua las cortezas y las ramas. Pero como estaba inclinado sobre la fuente, al arrojarlas vio la imagen del rey reflejada en el agua. ¡Ah, si pudiera detener las cortezas que se alejan! Pero no, corrían con rapidez por el jardín. Allá a lo lejos, en las estancias de las mujeres, Isolda acechaba su llegada: ya las ve, corre hacia su amigo. ¡Que Dios proteja a los amantes!

Isolda estaba llegando. Tristán la miraba, inmóvil, y oyó en el árbol el crujido de la flecha cuando se arma en el arco.

Isolda estaba llegando, ágil y, sin embargo, prudente, según su costumbre. «¿Qué ocurre? —pensó—. ¿Por qué esta noche Tristán no acude a mi encuentro? ¿Habrá visto a algún enemigo?».

Se detuvo, escudriñó con la mirada la negra espesura. De repente, a la luz de la luna, también ella vio la sombra del rey en la fuente. Demostró tener la prudencia propia de las mujeres, porque no levantó los ojos hacia las ramas del árbol y dijo en voz baja:

—¡Dios mío, concededme la merced de ser yo la primera en hablar!

Avanzó un poco más. Escuchad ahora cómo se acercó y avisó a su amigo.

—Señor Tristán —le dijo—, ¿cómo habéis osado citarme aquí y a semejante hora? Varias veces me lo habíais ya pedido, y para suplicarme algo, según decíais. ¿Cuál es vuestro ruego? ¿Qué esperáis de mí? Por fin he venido. No he podido olvidar que, puesto que soy reina, es algo que debo hacer. Aquí me tenéis. ¿Qué queréis?

—Reina, quiero suplicaros gracia para que aplaquéis la ira del rey.

Isolda temblaba y lloraba. Pero Tristán daba gracias a Dios por haberle mostrado el peligro a su amiga.

—Sí, mi reina, os he llamado varias veces, pero ha sido inútil. Desde que el rey me desterró, no os habéis dignado responder a mi llamada. Pero apiadaos de este miserable. El rey me odia, ignoro por qué, tal vez vos lo sabéis, y ¿quién podría aplacar su cólera sino sólo vos, generosa reina, cortés Isolda, en quien su corazón confía?

—¿De veras ignoráis, mi señor Tristán, que el rey sospecha de nosotros dos? ¡Y de qué traición! ¿Será necesario que sea yo quien os lo diga? Mi señor cree que os amo con un amor culpable. Pero Dios lo sabe, y si miento, que deshonre mi cuerpo: jamás di mi amor a ningún hombre excepto a aquel que me tomó virgen entre sus brazos. ¿Y queréis, Tristán, que yo implore al rey vuestro perdón? ¡Si supiera tan sólo que he venido hasta este pino, mañana haría esparcir mis cenizas al viento!

Tristán gimió:

—Dice el refrán: «Nadie es villano si no comete villanía». ¿En qué corazón pudo nacer semejante sospecha?

—Mi señor Tristán, ¿qué queréis decir? No, el rey mi señor jamás habría imaginado tal villanía. Pero los traidores de esta tierra le han hecho creer esta mentira, pues es cosa fácil engañar a los corazones leales. «Tristán e Isolda se aman», le han dicho, y los nobles traidores han convertido eso en un crimen. Sí, vos me amabais, Tristán, ¿por qué negarlo? ¿Acaso no soy la esposa de vuestro tío y por dos veces os salvé de la muerte? Y sí, yo correspondía a vuestro amor, pues ¿no soy de la estirpe del rey, y acaso no he oído decir muchas veces a mi madre que una mujer no ama a su señor si no ama también a la familia de su señor? Yo os amaba por amor al rey, Tristán. Incluso ahora, si él os concediera su gracia, yo me alegraría de ello. Pero mi cuerpo tiembla, tengo mucho miedo. Y ahora me marcho, ya he permanecido demasiado tiempo aquí.

Entre las ramas, el rey sintió compasión y sonrió con dulzura. Isolda se alejaba ya cuando Tristán la llamó:

—¡Reina, en nombre del Salvador, acudid en mi ayuda, por caridad! Los cobardes querían alejar del rey a todos los que lo aman. Ahora lo han conseguido y se burlan de él. Sea, pues: me iré lejos de este país, mísero, tal como vine hace tiempo. Pero por lo menos obtened del rey, como agradecimiento por mi servicio en el

pasado y para que pueda cabalgar sin deshonra lejos de aquí, que me dé lo suficiente para mis gastos y que así pueda desempeñar mi caballo y mis armas.

—No, Tristán, no deberíais haberme pedido tal cosa. Yo estoy sola en esta tierra, sola en este palacio, donde nadie me ama. No tengo amigos, estoy a la merced del rey. ¿No os dais cuenta de que si le digo una sola palabra en vuestro favor me arriesgo a sufrir muerte deshonrosa? ¡Que Dios os proteja, amigo! ¡El rey os odia sin razón! Pero a cualquier tierra que vayáis, Dios nuestro señor os será un amigo verdadero.

Isolda se alejó y huyó hasta llegar a su habitación, donde Brangel, temblorosa, la recibió entre sus brazos. La reina le contó la aventura, y Brangel exclamó:

—Isolda, mi señora, ¡Dios ha obrado un gran milagro por vos! Él es un padre compasivo y no desea el mal de aquellos que sabe inocentes.

Bajo el gran pino, Tristán, apoyado contra la escalinata de mármol, se lamentaba:

—¡Que Dios se apiade de mí y repare la gran injusticia que sufro por parte de mi amado señor!

Cuando Tristán hubo franqueado la empalizada del jardín, el rey dijo, sonriente:

—¡Buen sobrino, bendita sea esta hora! El largo viaje que preparaba esta mañana ha llegado a su fin.

A lo lejos, en un claro del bosque, el enano Froncín estaba interrogando el curso de las estrellas. Leyó en ellas que el rey Marcos lo amenazaba de muerte, y, negro de miedo y vergüenza, hinchado de rabia, huyó rápidamente hacia la tierra de Gales.

VII

EL ENANO FRONCÍN

Vê dem selbin getwerge,
Daz er den edelin man vorrit!

EILHART DE OBERG

El rey Marcos había hecho las paces con Tristán y le había dado permiso para regresar al castillo. Ahora, como antes, Tristán dormía en la habitación del rey, entre sus privados y sus leales. Podía entrar y salir a su antojo, el rey no sentía ninguna inquietud. Pero ¿quién puede mantener en secreto sus amores por mucho tiempo? ¡Ay, el amor no puede ocultarse!

El rey Marcos había perdonado a los nobles traidores, y como el senescal Dinas de Lidán se había encontrado un día al enano jorobado, errante y miserable en un bosque lejano, lo llevó a la presencia del rey, quien se apiadó de él y le perdonó su perversidad.

Pero la bondad del rey no hizo sino excitar el odio de los barones. Así, habiendo sorprendido de nuevo a Tristán con la reina, se aliaron mediante este juramento: si el rey no desterraba a su sobrino del país, ellos se retirarían a sus tierras y castillos para hacerle la guerra.

Llamaron al rey para parlamentar:

—Señor —le dijeron—, amadnos u odiadnos, a vuestra elección. Pero queremos que desterréis a Tristán. El ama a la reina, eso cualquiera puede verlo, y nosotros no pensamos seguir tolerándolo.

El rey los escuchó, suspiró, bajó la frente hacia el suelo y se quedó callado.

—No, rey, no seguiremos soportándolo, porque sabemos que esta noticia, que antes os resultaba extraña, ahora ya no os sorprende, y vos consentís el crimen. ¿Qué vais a hacer? Deliberad y tomad consejo. En cuanto a nosotros, si no alejáis a vuestro sobrino para siempre, nos retiraremos a nuestras fortalezas y nos llevaremos de la corte también a nuestros vecinos, pues no podemos tolerar que sigan aquí. Ésta es la elección que os ofrecemos, ahora escoged.

—Señores —dijo el rey—, una vez ya creí las malas palabras que me decíais de Tristán, y luego tuve que arrepentirme. Pero sois mis leales y no puedo perder el servicio de mis hombres. Aconsejadme, pues, os lo pido, tal como es vuestro deber. Bien sabéis que evito todo orgullo y toda desmesura.

—Señor, mandad llamar al enano Froncín. Desconfiáis de él por la aventura del jardín, y, sin embargo, ¿no había leído en las estrellas que la reina iría bajo el pino aquella noche? El sabe muchas cosas, pedidle consejo.

Acudió pues el perverso jorobado y Denoalén lo abrazó. Escuchad ahora la traición que cometió:

—Señor, ordenad a vuestro sobrino que mañana al amanecer galope hacia Carduel para llevar al rey Arturo un mensaje escrito en pergamino y bien sellado con cera. Mi rey, Tristán duerme cerca de vuestra cama. Salid de vuestra habitación a la hora del primer sueño y os juro por Dios y la ley de Roma que, si Tristán ama a Isolda con amor culpable, querrá ir a hablar con ella antes de partir. Pero si viene sin que yo lo sepa ni vos lo veáis, entonces matadme. En todo lo demás, dejad que yo lleve las cosas a mi manera y guardaros de hablar a Tristán de este mensaje antes de que sea la hora de acostarse.

—Bien —dijo el rey—, que así se haga.

Entonces el enano cometió una innoble fechoría. Entró en una tahona y por cuatro denarios se llevó un saco de flor de harina, que escondió debajo de su ropa. ¡Ah!, ¿quién habría podido pensar en semejante villanía? Llegada la noche, cuando el rey hubo cenado y sus hombres estuvieron dormidos en la gran sala contigua a su habitación, Tristán, como de costumbre, fue a ayudar al rey a acostarse.

—Buen sobrino —le dijo—, cumple mi voluntad: cabalgaréis hasta Carduel, a la corte del rey Arturo, y le diréis que despliegue este mensaje. Salúdalo de mi parte y permanece un solo día con él.

—Mañana llevaré el mensaje, mi rey.

—Sí, mañana antes del amanecer.

Tristán estaba muy inquieto. Desde su cama hasta la cama de Marcos había una longitud equivalente a la de una lanza. Le asaltó un deseo furioso de hablar con la reina y se prometió que hacia el amanecer, si Marcos estaba dormido, se acercaría a ella. ¡Dios, qué loco pensamiento!

El enano, según su costumbre, dormía en la habitación del rey. Cuando creyó que todos estaban durmiendo, se levantó y esparció la harina entre la cama de Tristán y la de la reina. Así, si uno de los amantes iba a reunirse con el otro, la harina conservaría la huella de sus pasos. Pero mientras el enano la esparcía, Tristán, que permanecía despierto, lo vio. «¿Qué es eso? —pensó—. El enano no suele ser muy amable conmigo, pero esta vez quedará burlado. ¡Muy necio sería quien dejara marcadas las huellas de sus pasos!».

A la medianoche, el rey se levantó y salió, seguido por el enano jorobado. La habitación estaba a oscuras, no había velas encendidas ni lámpara alguna. Tristán se puso de pie en su cama. Dios, ¿por qué se le ocurrió tal cosa? Juntó los pies, calculó la distancia, saltó y cayó en la cama del rey. Pero por mala fortuna, el día antes, en el bosque, el colmillo de un gran jabalí le había herido la pierna y quiso la mala suerte que la herida no estuviera vendada. Con el esfuerzo de aquel salto, la herida se abrió y sangró, pero Tristán no vio la sangre que manaba y manchó las sábanas. Afuera, el enano supo por la luna, gracias a sus artes de magia negra, que los amantes se habían reunido. Tembló de alegría y le dijo al rey:

—Id, y si ahora no los sorprendéis juntos, podéis ahorcarme.

El rey, el enano y los cuatro nobles traidores fueron, pues, hacia la habitación. Pero Tristán los había oído: se levantó, saltó, y llegó hasta su cama. Mas, ¡ay!, al pasar, la sangre brotó nuevamente de su herida y cayó sobre la harina.

Llegaron el rey, los barones y el enano, que traía un candil. Tristán e Isolda fingían dormir. Habían permanecido solos en la habitación con Perinís, que yacía a los pies de Tristán y no se

movía. Pero el rey vio sobre la cama las sábanas manchadas de rojo y la harina empapada de sangre fresca.

Entonces los cuatro barones, que odiaban a Tristán por su valor, lo sujetaron en la cama y amenazaron a la reina. Se burlaron de ella, la escarnecieron, y prometieron a ambos severa justicia. Entonces vieron la herida de Tristán, que estaba sangrando.

—Tristán —le dijo el rey—, de nada servirá que lo niegues ahora. Mañana deberás morir.

Tristán exclamó:

—¡Otorgadme vuestra gracia, señor! ¡En nombre de Dios, que sufrió la pasión, señor, tened piedad de nosotros!

—¡Señor, tomad venganza! —respondieron los caballeros traidores.

—Buen tío, no os lo imploro por mí, pues a mí poco me importa morir. Si no fuera por el temor a irritaros, esos cobardes pagarían cara la afrenta que han hecho. Sin vuestra protección, no habrían osado tocar mi cuerpo con sus manos. Pero por respeto y amor hacia vos, me pongo en vuestras manos. Haced de mí lo que os plazca. ¡Aquí me tenéis, señor, pero tened piedad de la reina! —Y Tristán se arrodilló y se humilló a los pies del rey Marcos—. Piedad para la reina —dijo—, pues si hay algún hombre en vuestra casa con valor suficiente para mantener la mentira de que la he amado con amor culpable, me hallará dispuesto a enfrentarme con él en torneo. ¡Buen rey, concededle la gracia en nombre de Dios nuestro señor!

Pero los nobles ya los habían atado con cuerdas a él y a la reina. ¡Ah, si Tristán hubiera sabido que no le sería permitido demostrar su inocencia en combate singular, antes lo habrían descuartizado vivo que permitir que lo ataran vilmente!

Pero Tristán confiaba en Dios y sabía que en el campo de batalla nadie osaría blandir un arma contra él. Y lo cierto es que tenía razón al confiar en Dios. Cuando juraba que jamás había amado a la reina con amor culpable, los nobles traidores se reían de lo que creían una insolente impostura. Pero yo apelo a vosotros, señores, que sabéis la verdad sobre el filtro que bebieron en el mar y comprenderéis lo que digo: ¿acaso mentía Tristán? No es el hecho lo que prueba el crimen, sino el juicio. Los hombres ven el hecho,

pero Dios ve los corazones, y Él es el verdadero juez. El instituyó que cualquier hombre acusado podría defender su derecho mediante batalla, y Él combate a favor del inocente. Por eso Tristán reclamaba justicia y batalla, y se guardó de faltar en nada al rey Marcos. Pero si hubiera podido prever lo que sucedería, habría matado a aquellos caballeros traidores. ¡Ah, Dios! ¿Por qué no los mató?

VIII

EL SALTO DE LA CAPILLA

Qui voit son cors et sa façon
Trop par avroit le cuer felon
Qui nen avroit d'Iseut pitié.

BÉROUL

Por la ciudad, en la negra noche, corría la noticia: «¡Han capturado a Tristán y a la reina, y el rey quiere matarlos!». Burgueses y gente del pueblo llano, todo el mundo lloraba. Decían los burgueses:

—¡Ay, con razón debemos llorar! Tristán, barón valeroso, ¿vais a morir por tan negra traición? Y vos, reina gentil, reina honrada, ¿en qué tierra nacerá jamás hija de rey más hermosa y más amada? ¿Es ésta, pues, enano jorobado, la obra de tus maquinaciones? ¡Que no vea jamás el rostro de Dios aquel que, si te encuentra, no clava su espada en tu cuerpo! Tristán, amigo querido, cuando el Morholt, que vino para arrebatarnos a nuestros hijos, tomó tierra en esta costa, ninguno de los nobles caballeros se atrevió a armarse contra él, todos permanecieron callados como mudos. Pero vos, Tristán, vos combatisteis por todos nosotros, la gente de Cornualles, y matasteis al Morholt, y él os hirió con una pica que a punto estuvo de haceros morir por todos nosotros. Y ahora, cuando recordamos tales hazañas, ¿debemos consentir vuestra muerte?

Las quejas y los gritos subían de la ciudad, todos acudieron al palacio. Pero era tal la cólera del rey, que no existía caballero tan fuerte y orgulloso que se atreviera a decir una palabra para

doblegar su voluntad.

Se acercaba el día, la noche se alejaba. Antes del amanecer, Marcos fue cabalgando hasta las afueras de la ciudad, al lugar donde solían celebrarse audiencias y juicios. Ordenó que se cavara un foso en la tierra y que se apilaran en él sarmientos nudosos y cortantes matorrales blancos y negros, arrancados de raíz.

Al alba, mandó publicar un pregón por todo el reino para convocar inmediatamente a los hombres de Cornualles. Todos se reunieron con gran alboroto, no había nadie que no llorara, exceptuando al enano de Tintagel. Entonces el rey habló así:

—Señores, he mandado levantar esta pira de espinos para Tristán y para la reina, pues me han ofendido.

Pero todos gritaban:

—¡Queremos un juicio, rey! ¡Primero un juicio y una audiencia! Matarlos sin juicio es una vergüenza y un crimen. ¡Rey, dadles una tregua y concededles la gracia!

Marcos respondió, encolerizado:

—¡No, no habrá tregua, ni gracia, ni audiencia, ni juicio! ¡Por el Señor que creó el mundo, si alguien vuelve a pedir tal cosa, será el primero en arder en esta pira!

Marcos ordenó a sus criados que encendieran el fuego y que fueran al castillo a buscar primero a Tristán.

Las zarzas estaban ardiendo, todo el mundo callaba, el rey esperaba.

Los criados fueron hasta la habitación donde los amantes estaban estrechamente vigilados. Se llevaron a Tristán con las manos atadas con cuerdas. ¡Por Dios que fue gran villanía tratarlo de esta manera! Tristán lloraba por la afrenta, pero ¿de qué le servían las lágrimas? Se lo llevaron con gran ignominia y la reina, casi loca de angustia, exclamó:

—¡Para mí, morir por salvaros sería mi mayor alegría!

Los guardias de Tristán bajaron hasta el exterior de la ciudad, donde estaba la pira. Pero detrás de ellos se precipitó un caballero,

los alcanzó y saltó del corcel, que siguió galopando: era Dinas, el buen senescal. Al oír la aventura, había venido desde su castillo de Lidán con tal celeridad que la espuma, el sudor y la sangre brotaban de los flancos de su caballo.

—Hijo mío, vengo a toda prisa a la audiencia del rey Marcos —dijo—. Tal vez Dios me concederá la merced de poder celebrar un consejo que os pueda ayudar a los dos. Al menos, ya me ha permitido servirte con un acto de cortesía: amigos —dijo a los guardias—, quiero que lo llevéis sin ataduras. —Y Dinas cortó las viles cuerdas—. Si tratara de huir, ¿acaso no tenéis espadas?

Besó a Tristán en los labios, montó en su silla y el caballo se lo llevó.

Ahora escuchad cómo el señor Dios está lleno de piedad.

Él no quiere la muerte de los pecadores, Él recibió con agrado las lágrimas y el clamor de los pobres que le suplicaban piedad hacia los amantes martirizados. Cerca del camino por donde pasaba Tristán, en la cima de una roca y de cara al cierzo, se alzaba una capilla sobre el mar.

La pared del presbiterio se apoyaba en un acantilado alto y pedregoso, con agudas escarpaduras. En el ábside, sobre el precipicio, había una vidriera, hábil obra de un santo. Tristán dijo a los hombres que lo llevaban:

—Señores, ved esta capilla. Permitidme que entre en ella. Se acerca mi muerte, y quiero rogar a Dios que se apiade de mí, yo que tanto lo he ofendido. Señores, la capilla no tiene más salida que ésta. Todos vosotros lleváis espada. Bien sabéis que sólo puedo pasar por esta puerta y que, después de que haya rogado a Dios, no me quedará más remedio que entregarme a vosotros de nuevo.

Uno de los guardias dijo:

—Bien se lo podemos permitir.

Y lo dejaron entrar. Tristán corrió por la capilla, cruzó el coro, llegó a la vidriera del ábside, se agarró a la ventana, la abrió y se lanzó… ¡Antes morir así que quemado en la hoguera, delante de toda la asamblea!

Pero sabed, señores, que Dios le concedió su gracia: el viento se

metió en su ropa, lo levantó y lo depositó en una roca al pie del acantilado. Las gentes de Cornualles siguen llamando a esta roca «El salto de Tristán».

Mientras tanto, los guardias seguían esperando ante la iglesia. Pero era en vano, pues ahora Dios había tomado a Tristán bajo su protección. Estaba huyendo, la arena móvil se derrumbaba bajo sus pasos. Se cayó, se volvió, y a lo lejos vio la pira. La llama crepitaba, el humo ascendía. Tristán huyó.

Gorvenal se había escapado de la ciudad con la espada al cinto y las riendas flojas. Si el rey lo hubiera capturado, lo habría mandado quemar en lugar de su señor Tristán. Se reunió con él en la landa, y Tristán exclamó:

—Maestro, Dios me ha concedido su merced. ¿Para qué, infeliz de mí? Si no tengo a Isolda, nada me vale. ¡Ojalá me hubiese matado en la caída! Yo he escapado, y a Isolda la van a matar. La quemarán por mí, y yo moriré también por ella.

Gorvenal le dijo:

—Buen señor, consuélate, no hagas caso de tu cólera. Mira esas espesas zarzas, dentro del profundo foso. Escondámonos en él. Por este camino pasa mucha gente, les preguntaremos si van a quemar a Isolda, y si nos dicen que sí, hijo mío, te juro por Dios que no dormiré bajo techo hasta el día en que la hayamos vengado.

—Buen maestro, no llevo mi espada.

—Tómala, yo te la he traído.

—Bien, ahora ya no le tengo miedo a nada, tan sólo a Dios.

—Hijo, tengo bajo mi ropa otra cosa que te alegrará: esta cota fuerte y ligera, que podrá servirte.

—Dádmela, maestro. Por el Dios en quien creo, ahora mismo voy a liberar a mi amiga.

—No, hijo, no te precipites —respondió Gorvenal—, sin duda Dios te reserva alguna venganza más segura. Piensa que no está en tu poder acercarte a la pira. Está rodeada de burgueses que temen al rey, y aunque desean tu libertad, te atacarían sin vacilar. Dice el refrán que locura no es proeza. Espera pues.

Pero cuando Tristán se precipitó desde el acantilado, un pobre

hombre de humilde condición lo vio levantarse y huir. Corrió hasta Tintagel y se introdujo en la habitación de Isolda.

—No lloréis, mi reina —le dijo—. ¡Vuestro amigo ha escapado!

—¡Dios sea alabado! —respondió ella—. Ahora ya no me importa si me atan o me desatan, si me matan o me perdonan.

Pero los nobles traidores habían apretado tanto las cuerdas en sus muñecas, que de sus heridas manaba la sangre. A pesar de ello, Isolda dijo, sonriendo:

—Si llorara por este sufrimiento, cuando Dios, en su bondad, acaba de librar a mi amigo de sus enemigos, entonces ciertamente poca cosa valdría yo.

Cuando llegó al rey la noticia de que Tristán se había escapado por la vidriera de la capilla, aquél empalideció de cólera y ordenó a sus hombres que le trajeran a Isolda.

La trajeron, apareció en el umbral de la sala, y ofreció sus delicadas manos ensangrentadas. En la calle se oyó un rumor:

—¡Dios, tened piedad de ella! ¡Reina noble, reina honrada, qué luto ha caído sobre esta tierra por culpa de aquellos que os entregaron! ¡Que la maldición caiga sobre ellos!

La reina fue arrastrada hasta la hoguera de zarzas, que ya estaba encendida. Entonces Dinas, señor de Lidán, cayó a los pies del rey:

—Señor, escuchadme. Os he servido durante mucho tiempo sin villanía, con toda lealtad, sin obtener provecho alguno, pues no hay un solo hombre pobre, ni un huérfano, ni una anciana, que me haya dado un solo denario por vuestra senescalía, que he ocupado durante toda mi vida. Como recompensa, concededme la merced de perdonar a la reina. Queréis quemarla sin juicio, y eso es una mala acción, pues ella no reconoce el crimen del que la acusáis. Pensad en lo que os digo: si quemáis su cuerpo, no habrá ya seguridad en vuestras tierras. Tristán ha escapado. Él conoce bien las llanuras, los bosques, los vados, los pasos, es un hombre valeroso. Vos sois su tío, y tengo por cierto que a vos no os atacará. Pero a todos los barones y vasallos vuestros que pueda sorprender, los matará.

Y los cuatro traidores empalidecieron al oír aquello. Ya veían a Tristán emboscado, espiándolos.

—Mi rey —prosiguió el senescal—, si es cierto que os he servido con lealtad toda mi vida, entregadme a Isolda. Yo responderé de

ella como su guardián y garante.

Pero el rey tomó a Dinas de la mano y juró por el nombre de los santos que haría justicia inmediatamente.

Entonces Dinas se levantó.

—Rey —dijo—, me vuelvo a Lidán y renuncio a vuestro servicio.

Isolda le sonrió tristemente. Dinas montó en su corcel y se alejó, triste y apesadumbrado, con la frente baja.

Isolda estaba de pie ante las llamas. A su alrededor, la multitud gritaba, maldecía al rey, maldecía a los traidores. Las lágrimas corrían por el rostro de la reina. Iba vestida con un estrecho brial gris bordado con una fina redecilla de oro. Sus cabellos, que le llegaban hasta los pies, estaban trenzados con hilo de oro. Quien la viera tan hermosa y no se apiadara de ella, tendría el alma de bronce. ¡Dios, qué fuertemente atados tiene los brazos!

Cien leprosos deformes, con la carne consumida y blancuzca, habían acudido con sus muletas, haciendo sonar las carracas, y se apretujaban ante la hoguera. Bajo los párpados hinchados, sus ojos inyectados en sangre gozaban del espectáculo.

Iván, el más repugnante de los leprosos, gritó al rey con voz chillona:

—Señor, queréis lanzar a vuestra esposa a la pira y eso es cosa justa, aunque demasiado breve. Esta gran fogata pronto la habrá quemado y el fuerte viento no tardará en esparcir sus cenizas. Y cuando las llamas se hayan apagado, su pena habrá terminado. ¿Queréis que os enseñe un castigo peor, de modo que la reina viva, pero con gran deshonor y deseando siempre la muerte? ¿Lo queréis, rey?

El rey respondió:

—Sí, quiero que tenga una vida con deshonra, que sea peor que la muerte… Quien me enseñe tal suplicio tendrá mi agradecimiento.

—Señor —dijo el leproso—, os diré brevemente mi pensamiento. Mirad, aquí tengo a cien compañeros. ¡Dadnos a Isolda, y que sea común para todos nosotros! La enfermedad atiza nuestro deseo. Entregad a Isolda a los leprosos, jamás dama alguna habrá tenido fin peor. Mirad nuestros andrajos pegados a las heridas purulentas.

Isolda, que a vuestro lado se complacía con ricas capas forradas de piel de marta, en salas cubiertas de mármol, ella que gozaba de buenos vinos, de honores y de alegrías, cuando vea la corte de los leprosos, cuando tenga que entrar en nuestras chozas y acostarse con todos nosotros, entonces Isolda la Bella, la Rubia, reconocerá su pecado y añorará esta gran hoguera de zarzas.

El rey lo oyó, se levantó y permaneció inmóvil durante largo rato. Por fin, corrió hacia la reina y la tomó de la mano. Ella gritó:

—¡Por piedad, señor, quemadme antes que eso, quemadme!

El rey la entregó. Iván la tomó y los cien leprosos se apretujaron a su alrededor. Al oírlos chillar y gritar, todos los corazones se apiadaban. Pero Iván estaba contento. Isolda se iba, llevada por Iván. La horrible comitiva salió de la ciudad.

Tomaron aquel camino en el que Tristán estaba emboscado. Gorvenal lanzó un grito:

—Hijo, ¿qué vas a hacer? ¡Ahí viene tu amiga!

Tristán espoleó su caballo hasta llevarlo fuera de la espesura.

—Iván, ya has hecho bastante compañía a Isolda —dijo—. Ahora déjamela a mí, si quieres seguir vivo.

Pero Iván se desabrochó la capa.

—¡Ánimo, compañeros! ¡Coged los bastones! ¡Cogedlas muletas! ¡Ha llegado el momento de mostrar nuestro valor!

Entonces fue algo hermoso ver cómo los leprosos se quitaban las capas, se erguían sobre sus pies deformes, resoplaban, gritaban, blandían las muletas. Uno amenazaba, el otro gruñía. Pero a Tristán le repugnaba atacarlos. Los que narraron el cuento pretenden que Gorvenal mató a Iván, es decir, que cometió gran villanía. Pero no, Gorvenal era demasiado valeroso para matar a un personaje de tal ralea. Lo que hizo fue arrancar una gran rama de un roble y asestar un golpe a Iván en el cráneo. Manó, negra, la sangre y el hombre cayó sobre sus pies deformes.

Tristán tomó a la reina y cortó las cuerdas que le ataban los brazos, ella ya no sentía ningún dolor. Abandonaron la llanura y se internaron en el bosque de Morois. Allí, en la espesura, Tristán se sentía tan seguro como tras la muralla de una fortaleza.

Cuando el sol declinó, se detuvieron al pie de un monte. El miedo había fatigado a la reina. Recostó la cabeza sobre el cuerpo

de Tristán y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Gorvenal sustrajo a un guardabosque su arco y dos flechas bien emplumadas y afiladas, y se las dio a Tristán, que era buen arquero. Éste sorprendió a un corzo y lo mató. Gorvenal reunió un montón de ramas secas, golpeó el eslabón, hizo saltar la chispa y encendió un gran fuego para asar la pieza. Tristán cortó unas ramas, construyó una choza y la cubrió con hojas. Isolda la alfombró con hierba espesa.

Entonces, en el corazón del salvaje bosque, empezó para los fugitivos una vida dura, y sin embargo amada.

IX

EL BOSQUE DE MOROIS

Nous avons perdu le monde, et le monde, nous;
que vous en samble, Tristan, ami? —Amie, quand
je vous ai avec moi, que me fault-il dont?
Se tous le mondes estoit orendroit avec nous,
je ne verroie fors vous seule.

Romance en prosa de Tristán

En el corazón del bosque, con gran afán, como bestias acosadas, Tristán, Isolda y Gorvenal iban errantes y rara vez se atrevían a regresar al lugar donde habían dormido la noche anterior. Comían sólo la carne de los animales salvajes y echaban de menos el sabor de la sal. Sus rostros enflaquecidos se volvían pálidos, sus vestidos se caían a jirones, destrozados por las zarzas. Pero se amaban y no sufrían.

Un día, mientras recorrían aquellos bosques inmensos, que nunca habían sido pisados, llegaron por casualidad a la ermita del fraile Ogrín.

El anciano, apoyándose en unas muletas y dando menudos pasos bajo el sol, paseaba, por un bosque de arces, cerca de la capilla.

—Mi señor Tristán —exclamó—, sabed el gran juramento que han hecho los hombres de Cornualles. El rey ha mandado hacer un pregón por todas las parroquias. Quien logre capturaros recibirá cien monedas de oro como recompensa y todos los nobles han jurado entregaros al rey, vivo o muerto. ¡Arrepentíos, Tristán! Dios

perdona al pecador que desea arrepentirse.

—¿Arrepentirme, mi señor Ogrín? ¿De qué crimen? Vos, que os atrevéis a juzgarnos, ¿conocéis el filtro que bebimos en alta mar? Sí, ese licor nos embriaga, y preferiría mendigar toda mi vida por los caminos y vivir de hierbas y raíces con Isolda, antes que estar sin ella y ser el rey de algún reino poderoso.

—Señor Tristán, que Dios os ayude, pues habéis perdido este mundo y el otro. Aquel que traiciona a su señor debe ser descuartizado por cuatro caballos, quemado en una hoguera y en el lugar donde caen sus cenizas no vuelve a crecer la hierba y es inútil toda labor, pues los árboles y las hortalizas se marchitan. Tristán, ¡devolved la reina a quien la desposó según la ley de Roma!

—Ya no le pertenece a él, pues la entregó a los leprosos, y yo la conquisté a ellos. Ahora es mía, no puedo separarme de ella, ni ella de mí.

Ogrín se había sentado. Isolda lloraba a sus pies, con la cabeza sobre las rodillas de aquel hombre que sufría por Dios. El ermitaño le repetía las santas palabras del Libro, pero ella, sin dejar de llorar, meneaba la cabeza y no quería creerlo.

—¡Ay! ¿Qué consuelo puede darse a los muertos? —dijo Ogrín —. Arrepentíos, Tristán, pues el que vive en pecado sin arrepentirse es ya un hombre muerto.

—No. Yo estoy vivo y no me arrepiento. Regresaremos al bosque, que nos protege y nos guarda. Ven, Isolda, amiga.

Isolda se levantó y se tomaron de la mano. Entraron en la maleza y los arbustos. Los árboles cerraron sobre ellos su ramaje. Desaparecieron en la espesura.

Escuchad ahora, señores, una bella aventura. Tristán había criado un perro, un hermoso sabueso, vivaz, rápido en la carrera. Ni conde ni rey tenían compañero semejante para la caza con arco. Lo llamaba *Husdén* y ahora estaba encerrado en el torreón del castillo, atado por el cuello a una estaca. Desde el día que había dejado de ver a su dueño, rechazaba la comida, rascaba la tierra con las patas, tenía los ojos llorosos, aullaba. Algunos se apiadaron de él.

—*Husdén* —decían—, ningún animal supo amar a su amo mejor

que tú. Con razón dijo Salomón: «Mi verdadero amigo es mi lebrel».

Y el rey Marcos, recordando los días pasados, pensaba dentro de su corazón: «Este perro demuestra muy buen sentido al llorar así a su dueño, pues ¿acaso existe en todo Cornualles alguien que pueda compararse con Tristán?».

Tres nobles fueron a ver al rey:

—Señor, mandad que desaten a *Husdén*, pronto sabremos si su pena se debe a que echa de menos a su dueño. Si no es así, apenas desatado, lo veremos perseguir a personas y bestias con la boca abierta y la lengua al viento.

Lo desataron. *Husdén* saltó a través de la puerta y corrió a la habitación donde antaño solía encontrar a Tristán. Gruñía, gemía, buscaba, hasta que por fin encontró el rastro de su señor. Recorrió paso a paso la ruta que tomara Tristán camino de la hoguera. Todos lo siguieron. Ladraba con fuerza y saltó hacia el acantilado. Llegó a la capilla, saltó sobre el altar. De repente, se lanzó por la vidriera, cayó al pie de la roca, recuperó el rastro en la arena. Se detuvo un instante en el bosque florido, donde se había escondido Tristán. Después prosiguió hacia la espesura. Todos los que lo veían sentían piedad por él.

—Buen rey —dijeron entonces los caballeros—, dejemos de seguirlo. Podría llevarnos hasta algún lugar del que fuera difícil regresar.

Lo dejaron y se volvieron. En el bosque, el perro ladraba con fuerza y la floresta retumbaba. De lejos, Tristán, la reina y Gorvenal lo oyeron.

—¡Es *Husdén*!

Se asustaron: sin duda el rey los perseguía y mandaba acosarlos con sabuesos, de modo que se internaron en la espesura. En el lindero, Tristán se irguió con el arco tenso. Pero cuando *Husdén* vio y reconoció a su dueño, brincó hacia él, meneando la cabeza y la cola, dobló el espinazo, se enroscó. ¿Quién vio jamás alegría semejante? Luego corrió hacia Isolda la Rubia y hacia Gorvenal, e incluso al caballo le hizo fiestas. Tristán sintió una gran compasión por él.

—¡Ay, para nuestra desgracia nos has encontrado! ¿Qué puede hacer un hombre acosado con un perro así, que no sabe estarse

callado? El rey nos persigue por llanuras y bosques, por todas sus tierras. *Husdén* nos delatará con sus ladridos. ¡Qué desgracia! ¡Por amor y por nobleza natural ha venido a buscar la muerte! Pero bien debemos protegernos. ¿Qué debo hacer? Aconsejadme.

Isolda acarició a *Husdén* con la mano y dijo:

—¡Tristán, no lo mates! He oído hablar de un guardabosque gales que acostumbró a su perro a seguir sin ladrar el rastro de los ciervos heridos. Amigo Tristán, ¡qué alegría sería si, mediante esfuerzo, lográramos adiestrar así a *Husdén*!

Tristán lo estuvo pensando durante un momento, mientras el perro lamía las manos de Isolda. Al fin, tuvo piedad de él y dijo:

—Quiero probarlo. Me resulta demasiado duro matarlo.

Pronto Tristán emprendió la caza, levantó un gamo, lo hirió de un flechazo. El perro quería lanzarse sobre el rastro del corzo y ladraba tan fuerte que resonaba en el bosque entero. Tristán lo mandó callar golpeándolo. *Husdén* levantó la cabeza hacia su dueño, no comprendía, no se atrevía a ladrar, abandonó el rastro. Tristán lo puso debajo de él, después se golpeó la bota con una vara de castaño, tal como hacen los monteros cuando quieren azuzar a los perros. A esta señal, *Husdén* quiso volver a ladrar, pero Tristán lo corrigió. Enseñándole así, al cabo de apenas un mes, lo adiestró a cazar a la muda: cuando la flecha había herido a un cervatillo o a un corzo, *Husdén* seguía el rastro sobre la nieve, el hielo o la hierba. Si alcanzaba al animal en el bosque, sabía marcar el lugar poniendo ramas. Si lo cogía en la landa, amontonaba hierbas sobre el cuerpo abatido y regresaba sin ladrar a buscar a su dueño.

Se iba el verano, estaba llegando el invierno. Los amantes vivían agazapados en la oquedad de una roca, y, en el suelo endurecido por los fríos, el hielo erizaba su lecho de hojas secas. Pero por el poder del amor, ni el uno ni la otra sentían su miseria.

Cuando volvió el tiempo claro, levantaron bajo los grandes árboles su cabaña de ramas reverdecidas. Tristán conocía desde niño el arte de imitar el canto de los pájaros del bosque: imitaba a la oropéndola, al paro, al ruiseñor y a todas las criaturas aladas. A veces, en las ramas de la cabaña, numerosos pájaros acudían a su

llamada y con el cuello hinchado cantaban sus canciones a la luz.

Los amantes ya no huían por el bosque, errando sin cesar, pues ningún caballero se atrevía a seguirlos, sabiendo que Tristán los habría colgado por el cuello a la rama de un árbol. Sin embargo, un día, uno de los cuatro traidores, Ganelón, que Dios maldiga, llevado por el ardor de la caza, osó aventurarse por los alrededores de Morois. Aquella mañana, Gorvenal, en el lindero del bosque, en el fondo de un barranco, había desensillado su caballo y lo dejaba pacer la hierba nueva. A lo lejos, en la cabaña de hojas, sobre el lecho florido, Tristán tenía estrechamente abrazada a la reina y ambos dormían.

De repente, Gorvenal oyó el fragor de una jauría: los perros estaban persiguiendo velozmente a un ciervo, que se lanzó al barranco. A lo lejos, en la landa, apareció un montero. Gorvenal lo reconoció: era Ganelón, el hombre al que su señor odiaba más que a cualquier otro. Se acercaba solo, sin escudero, dando con las espuelas en los flancos ensangrentados de su corcel y azotándole el cuello con la fusta. Gorvenal lo acechó, emboscado detrás de un árbol. Muy de prisa venía Ganelón, más tiempo tardaría en regresar.

Ganelón pasó. Gorvenal saltó desde su escondrijo, agarró el freno y, recordando en aquel momento todo el mal que había hecho aquel hombre, lo abatió, lo descuartizó por completo y se alejó llevándose la cabeza cortada.

A lo lejos, en la cabaña de hojas, sobre el lecho florido, Tristán y la reina dormían estrechamente abrazados. Gorvenal fue hasta ellos sin ruido, con la cabeza del muerto en la mano.

Cuando los monteros encontraron bajo el árbol el cuerpo sin cabeza, huyeron despavoridos, temiendo a la muerte, como si Tristán ya los estuviera persiguiendo. Desde aquel día, nadie se acercó más al bosque.

Para alegrar el corazón de su señor cuando se despertara, Gorvenal colgó de los cabellos la cabeza de Ganelón a un palo de la choza: el espeso ramaje le formó una guirnalda.

Tristán se despertó y vio, medio escondida tras las hojas, la cabeza, que lo estaba mirando. Reconoció a Ganelón, y se levantó,

asustado, pero su maestro le gritó:

—Tranquilízate, está muerto. Lo he matado yo con esta espada. Hijo mío, era tu enemigo.

Y Tristán se alegró: aquel a quien más odiaba, Ganelón, había muerto.

Desde aquel día, nadie osó penetrar en el bosque salvaje: el miedo protegía su entrada; allí los amantes eran los dueños. Fue entonces cuando Tristán fabricó el Arco-que-no-falla, que siempre daba en el blanco, fuera hombre o animal.

Fue en un día de verano, en tiempo de siega, poco antes de la fiesta de Pentecostés, y los pájaros, con el rocío, cantaban al cercano amanecer. Tristán salió de la choza, se ciñó la espada, dispuso el Arco-que-no-falla y salió solo a cazar por el bosque. Antes del anochecer le sucedería una gran desgracia. Nunca jamás dos amantes se amaron tanto y lo expiaron con mayor dureza.

Cuando Tristán regresó de la caza, agobiado por el intenso calor, tomó a la reina entre sus brazos.

—Amigo, ¿dónde has estado?

—Tras un ciervo que me ha fatigado mucho. Mira el sudor que empapa todos mis miembros; quisiera acostarme y dormir.

Isolda fue la primera en acostarse bajo la cabaña de verdes ramas, alfombrada de hierba fresca. Tristán se echó a su lado y puso la espada desnuda entre los dos. Por suerte, se habían dejado la ropa puesta. La reina llevaba en el dedo el anillo de oro con valiosas esmeraldas que Marcos le regaló el día de su boda. Sus dedos habían adelgazado tanto que apenas sostenían el anillo. Dormían así: un brazo de Tristán pasaba por debajo del cuello de su amiga y el otro descansaba sobre su hermoso cuerpo, estrechamente abrazados, pero sus labios no se tocaban. No soplaba la más leve brisa, ni una sola hoja temblaba. A través de las hojas, un rayo de sol descendía sobre el rostro de Isolda, que brillaba como el hielo.

Pero un guardabosque encontró en la espesura un lugar donde la hierba estaba hollada. El día antes, los amantes habían dormido allí. Sin embargo, el guardabosque no reconoció la huella de sus cuerpos, siguió el rastro y llegó a su cobijo. Los vio durmiendo, los reconoció y huyó, temiendo el terrible despertar de Tristán. Huyó hasta Tintagel, a dos leguas de allí, subió la escalinata de la sala y

halló al rey, que hablaba a sus vasallos reunidos.

—Amigo, ¿qué vienes a buscar aquí, sin aliento? Pareces un mozo de jauría que hubiese estado largo tiempo corriendo tras los perros. ¿Quieres demandar algún perjuicio? ¿Alguien te echó de mi bosque?

El guardabosque llamó aparte al rey y le dijo en voz baja:

—He visto a la reina y a Tristán. Estaban durmiendo y he tenido miedo.

—¿En qué lugar?

—En una choza, en el bosque de Morois. Estaban durmiendo abrazados. Id de prisa si queréis tomar venganza.

—Ve a esperarme a la entrada del bosque, al pie de la Cruz Roja. No hables con nadie de lo que has visto. Te daré tanto oro y plata como quieras tomar.

El guardabosque se fue y se sentó al pie de la Cruz Roja. ¡Maldito sea el espía! Pero morirá con deshonor, tal como esta historia os referirá más adelante.

El rey mandó ensillar su caballo, ciñó la espada y, sin compañía alguna, salió de la ciudad. Mientras cabalgaba solo, le vino a la memoria la noche en que sorprendió a su sobrino. ¡Qué ternura había mostrado hacia Tristán Isolda la Bella, la del claro semblante! Pensó que si los sorprendía, castigaría tan grandes pecados, y se vengaría de los que lo habían deshonrado.

En la Cruz Roja se encontró con el guardabosque y le dijo:

—Ve tú delante. Guíame derecho y con presteza.

Los envolvía la negra sombra de los grandes árboles. El rey seguía al espía. Confiaba en su espada, que antaño asestó buenos golpes. Pensó: «¡Ay, si Tristán se despierta, uno de los dos (sólo Dios sabe quién) perecerá allí mismo!».

Por fin, el guardabosque dijo en voz baja:

—Mi rey, nos estamos acercando.

Le sostuvo el estribo y ató las riendas del caballo a las ramas de un manzano verde. Siguieron avanzando y, de repente, en un calvero soleado, divisaron la choza florida.

El rey desabrochó su manto con broches de oro fino, se lo quitó y apareció su hermoso cuerpo. Sacó la espada de la vaina y repitió en su corazón que preferiría morir si no los mataba. El

guardabosque lo seguía, pero el rey le hizo una señal para que se alejara.

Penetró solo en la cabaña, con la espada desnuda, la blandió… ¡Ah, qué luto si llegaba a asestar el golpe! Pero entonces vio que sus bocas no se tocaban y que una espada desnuda separaba sus cuerpos.

«Dios mío —pensó—, ¿qué estoy viendo? ¿Deberé matarlos? En todo el tiempo que llevan viviendo en este bosque, si se amaran con amor culpable, ¿acaso habrían puesto la espada entre ambos? ¿No es cosa sabida que un filo desnudo entre dos cuerpos es garantía y guardián de castidad? Si se amaran con amor loco, ¿descansarían así, tan puramente? No, no voy a matarlos. Sería gran pecado atacarlos, y si despertara al que duerme y uno de nosotros resultara muerto, se hablaría de ello durante largo tiempo, y para nuestra vergüenza. Pero haré de modo que cuando despierten sepan que los he hallado dormidos, que no he deseado su muerte y que Dios se ha apiadado de ellos».

El sol, atravesando la choza, quemaba el blanco semblante de Isolda. El rey tomó sus guantes forrados de armiño: «Ella fue —pensó—, quien me los trajo de Irlanda no hace mucho». Los colocó entre el follaje para tapar el agujero por donde entraba el rayo de sol. Después sacó con suavidad el anillo de esmeraldas que había regalado a la reina. Tiempo atrás, tuvo que forzarlo un poco para ponérselo en el dedo. Ahora, sus dedos estaban tan delgados que el anillo salió sin esfuerzo. En su lugar, el rey puso el anillo que Isolda le había regalado. Después sacó la espada que separaba a los amantes, aquella misma —la reconoció— que se había mellado en el cráneo del Morholt, puso la suya en su lugar, salió del cobertizo, saltó a la silla y le dijo al guardabosque:

—¡Ahora huye y salva tu cuerpo si puedes!

Isolda tuvo una visión durante el sueño: estaba bajo una rica tienda, en medio de un gran bosque. Dos leones se lanzaban sobre ella y se peleaban para obtenerla… La reina dio un grito y se despertó: los guantes forrados de armiño cayeron sobre su pecho. Al oír el grito, Tristán se puso de pie, quiso coger su espada y por el puño de oro reconoció que era la del rey. La reina vio en su dedo el anillo de Marcos, y exclamó:

—¡Qué desgracia, Tristán! ¡El rey nos ha sorprendido!

Y viajando a grandes jornadas, acompañados por Gorvenal, huyeron hacia la tierra de Gales, hasta los confines del bosque de Morois. ¡Cuántas torturas les estaba causando el amor!

X

EL ERMITAÑO OGRÍN

Aspre vie meinent et dure:
Tant s'entraiment de bone amor
L'uns por l'autre ne sent dolor.

BÉROUL

Un día que Tristán había estado largo tiempo siguiendo las huellas de un ciervo herido, cayó la noche y en el bosque oscuro el joven amante se puso a pensar.

«No, no fue por temor por lo que el rey nos salvó la vida. Había tomado mi espada, yo estaba a su merced, podría haberme herido, ¿para qué necesitaba refuerzos? Y si quería cogerme vivo, ¿por qué, después de haberme desarmado, me dejó su propia espada? ¡Ah, te reconozco, padre mío! Quisiste perdonarnos pero no por miedo, sino por ternura y por piedad. ¿Perdonarnos? ¿Quién podría cometer tal fechoría sin envilecerse? No, no ha perdonado, sino que ha comprendido. En la hoguera, en el salto de la capilla, en la emboscada contra los leprosos, el rey reconoció que Dios nos había puesto bajo su custodia. Entonces se ha acordado del niño que antaño tocaba el arpa a sus pies y de mi tierra de Leonís, que abandoné por él, y de la pica del Morholt, y de la sangre que derramé por su honor. Se ha acordado de que no reconocí jamás mi falta, sino que en vano reclamé juicio, derecho y batalla, y la nobleza de su corazón lo ha inclinado a comprender las cosas que los hombres de su entorno no comprenden. Él no sabe ni podrá saber jamás la verdad de nuestro amor, pero duda, espera, siente

que no mentí, desea que mediante juicio yo demuestre mi rectitud. ¡Ay, mi buen rey! ¡Vencer en la lid con la ayuda de Dios, ganar vuestra paz, y vestir de nuevo para vos el yelmo y la cota! ¿Qué estoy pensando? Sin duda querría llevarse a Isolda. ¿Se la entregaría yo? ¡Ojalá me hubiese degollado mientras dormía! Antes, perseguido por él, podía odiarlo y olvidarlo, pues había entregado a Isolda a los leprosos, la reina no era suya, sino mía. Ahora, con su compasión, ha despertado de nuevo mi afecto y ha reconquistado a la reina. ¿La reina? Reina lo era a su lado, mientras que en este bosque vive como una sierva. ¿Qué hice con su juventud? En vez de sus aposentos tapizados de seda, le doy este bosque salvaje, una choza en vez de sus hermosos cortinajes, y ella sufre esta mala vida sólo por mí. A mi señor Dios, rey del mundo, le pido perdón y le suplico que me dé fuerzas para devolver a Isolda al rey Marcos. ¿No es acaso su esposa, casada con él según la ley de Roma ante todos los hombres honrados de la Tierra?».

Tristán se apoyó en el arco y se lamentó amargamente durante toda la noche.

En la espesura de zarzas que les servía de cobijo, Isolda la Rubia estaba esperando el regreso de Tristán. A la luz de un rayo de luna, vio brillar en su dedo el anillo que Marcos le había puesto. Pensó: «Aquel que con admirable cortesía me dio este anillo de oro no es el hombre irritado que me entregó a los leprosos, no, sino que es el señor compasivo que desde el día que abordé en su tierra me acogió y protegió. ¡Cómo amaba a Tristán! Pero vine yo y ¿qué hice? ¿No debería Tristán vivir en el palacio del rey, con cien pajes a su alrededor, que serían su mesnada y lo servirían antes de ser armados caballeros? ¿No debería cabalgar por cortes y baronías para buscar soldados y aventuras? Pero por mí Tristán olvida toda caballería, y vive desterrado de la corte, exiliado en este bosque, llevando una vida salvaje…».

Entonces oyó sobre las hojas y las ramas secas los pasos de Tristán, que se acercaba. Fue a su encuentro como solía hacer, para tomar sus armas. Le tomó de las manos el Arco-que-no-falla y las flechas, y desató las correas de su espada.

—Amiga —dijo Tristán—, ésta es la espada del rey Marcos. Debería habernos degollado, pero nos salvó la vida.

Isolda tomó la espada, besó el puño de oro, y Tristán vio que estaba llorando.

—Amiga —le dijo—, ¡ojalá pudiera llegar a un acuerdo con el rey Marcos! Si me permitiera sostener en batalla que jamás, ni de hecho ni de palabra, te amé con amor culpable, entonces cualquier caballero de su reino, desde Lidán hasta Durham, que osara contradecirme me encontraría armado en la liza. Luego, si el rey consintiera tenerme con su hueste, yo le serviría con gran honor, como a mi señor y padre mío. Y si prefiriera alejarme y quedarse contigo, me iría a Frisia o a Bretaña con Gorvenal como único compañero. Pero dondequiera que fuese, reina, yo siempre sería tuyo. Isolda, yo no pensaría en esta separación si no fuera por la dura miseria que soportas por mí desde hace tanto tiempo en esta tierra salvaje.

—Tristán, acuérdate del ermitaño Ogrín, que vivía en el bosque. ¡Regresemos con él, amigo Tristán, y ojalá podamos pedir perdón al poderoso Rey celestial!

Despertaron a Gorvenal. Isolda montó a caballo y Tristán lo condujo por el freno, y toda la noche, atravesando por última vez los bosques amados, anduvieron sin decirse una palabra.

A la mañana siguiente descansaron y luego volvieron a caminar, hasta que llegaron a la ermita. En el umbral de la capilla, Ogrín estaba leyendo un libro. Los vio y los llamó afablemente desde lejos.

—¡Amigos! ¡Amor os acosa de miseria en miseria! ¿Cuánto durará vuestra locura? ¡Sed valientes! ¡Arrepentíos por fin!

Tristán le dijo:

—Escuchad, mi señor Ogrín. Ayudadnos a ofrecer un acuerdo al rey. Yo le devolvería a la reina. Después me iría lejos, a Bretaña, o a Frisia. Algún día, si el rey quisiera tenerme a su lado, volvería y le serviría como es mi deber.

Isolda, inclinada a los pies del ermitaño, dijo, apenada:

—No quiero vivir más así. No digo que me arrepienta de haber amado ni de amar a Tristán, todavía y para siempre. Pero al menos, de ahora en adelante, nuestros cuerpos permanecerán separados.

El ermitaño lloró y adoró a Dios.

—Dios, buen rey todopoderoso, os doy las gracias por haberme permitido vivir lo suficiente para acudir en ayuda de Tristán e Isolda.

Los aconsejó prudentemente, después tomó tinta y pergamino y escribió una carta en la que Tristán ofrecía un acuerdo al rey. Cuando hubo escrito todas las palabras que Tristán le dijo, éste las selló con su anillo.

—¿Quién llevará la carta? —preguntó el ermitaño.

—Yo mismo la llevaré —dijo Tristán.

—No, mi señor Tristán —dijo Ogrín—, no debéis intentar tan peligrosa empresa. Yo iré por vos, conozco bien a los habitantes del castillo.

—Dejad que vaya, mi señor Ogrín. La reina permanecerá en vuestra ermita. Al anochecer, iré con mi escudero, que cuidará de mi caballo.

Cuando la oscuridad descendió sobre el bosque, Tristán se puso en camino con Gorvenal. A las puertas de Tintagel se separaron. Los vigías, en lo alto de las murallas, tocaban las trompas. Cruzó el foso y atravesó la ciudad, con peligro de su vida. Franqueó como antaño las empalizadas del jardín, vio la fuente de mármol y el gran pino, y se acercó a la ventana detrás de la cual dormía el rey. Lo llamó suavemente. Marcos se despertó.

—¿Quién eres tú, que así llamas a estas horas de la noche?

—Señor, soy Tristán, os traigo un mensaje. Lo dejo en la reja de esta ventana. Dejad vuestra respuesta en la rama de la Cruz Roja.

—¡Por el amor de Dios, sobrino, espérame!

El rey se precipitó hacia la puerta y por tres veces llamó en la noche.

—¡Tristán! ¡Tristán! ¡Tristán, hijo mío!

Pero Tristán ya había huido. Se reunió con su escudero y saltó con ligereza a la silla del caballo.

—¡Loco! Date prisa, huyamos por este camino —le dijo Gorvenal.

Llegaron por fin a la ermita, donde les esperaban el ermitaño rezando, e Isolda llorando.

XI

EL VADO PELIGROSO

Oyez, vous tous qui passez par la voie,
Venez ça, chascun de vous voie
S'il est douleur fors que la moie:
C'est Tristan que la mort mestroie.

El lai Mortal

Marcos mandó despertar a su capellán y le mostró la carta. El clérigo rompió la cera y saludó primero al rey en nombre de Tristán. Después, descifrando con habilidad las palabras escritas, le transmitió lo que Tristán había mandado decir. Marcos escuchó sin decir ni una palabra y su corazón se alegraba, pues seguía amando a la reina.

Convocó por su nombre a sus nobles más ilustres y cuando estuvieron todos reunidos, éstos guardaron silencio y el rey habló:

—Señores, he recibido esta carta. Yo soy rey de todos vosotros y vosotros sois mis vasallos. Escuchad las cosas que me han sido transmitidas, después aconsejadme, os lo requiero, puesto que me debéis consejo.

El capellán se levantó, desplegó la carta con las dos manos y, poniéndose de pie ante el rey, dijo:

—Señores, Tristán manda primero su saludo y su amor al rey y a toda su corte. «Rey —añade—, cuando maté al dragón y conquisté a la hija del rey de Irlanda, la princesa me fue entregada a mí. Yo era dueño de quedarme con ella, pero no quise hacerlo. La traje a

vuestro país y os la entregué. Sin embargo, cuando apenas la habíais tomado por esposa, unos miserables os hicieron creer sus mentiras. En vuestra cólera, buen tío, quisisteis hacernos quemar sin juicio. Pero Dios tuvo compasión de nosotros. Elevamos nuestras súplicas, Él salvó a la reina y fue cosa justa. También yo, al saltar desde una alta roca, pude escapar por el poder de Dios. ¿Qué hice después para que se me acusara? La reina fue entregada a los leprosos y yo la salvé. ¿Podía fallar en aquella necesidad a la princesa que estuvo a punto de morir, inocente, por mi causa? Huí con ella por los bosques. ¿Podía salir de los bosques y bajar a la llanura para entregárosla? ¿Acaso no habíais ordenado que se nos apresara, muertos o vivos? Pero ahora, como entonces, estoy dispuesto, señor, a defender en batalla ante cualquiera que la reina jamás me tuvo amor que os pueda ofender, ni yo a ella. Ordenad el combate: no rechazo a ningún adversario y si no puedo probar mi derecho, mandad que me quemen ante vuestros hombres. Pero si venzo y tenéis a bien tomar de nuevo con vos a Isolda la del claro semblante, ningún caballero os servirá mejor que yo. Si, por el contrario, no os complace mi servicio, cruzaré el mar, iré a ofrecerme al rey de Gavoya o al rey de Frisia, y jamás volveréis a tener noticias mías. Señor, tomad consejo y, si no consentís llegar a acuerdo alguno, llevaré a Isolda a Irlanda, de donde la tomé, para que sea reina de su país».

Cuando los nobles de Cornualles oyeron que Tristán les ofrecía batalla, todos dijeron al rey:

—Señor, aceptad a la reina. Son insensatos quienes la calumniaron. En cuanto a Tristán, que se vaya, tal como ofrece, a guerrear a Gavoya o con el rey de Frisia. Ordenadle que os traiga a Isolda en una fecha fijada, y que sea muy pronto. El rey preguntó por tres veces:

—¿Nadie se levanta para acusar a Tristán? —Todos callaban. Entonces le dijo al capellán—: Escribid inmediatamente una carta. Ya habéis oído lo que debéis escribir en ella. Daos prisa, mucho ha sufrido ya Isolda en sus pocos años. Que la carta sea colgada en la rama de la Cruz Roja antes del anochecer. ¡No perdáis tiempo! —Y añadió—: Decidles también que les mando a ambos mi saludo y mi amor.

Hacia medianoche, Tristán cruzó la Blanca Landa, encontró la carta y se la llevó sellada al ermitaño Ogrín. El ermitaño leyó las letras: Marcos, por consejo de todos sus caballeros, consentía en aceptar a Isolda, pero no a conservar a Tristán como soldado. Tristán debería cruzar el mar cuando, al cabo de tres días, en el Vado Peligroso, hubiera entregado a la reina a Marcos.

—¡Dios mío, qué dolor perderte, amiga! —dijo Tristán—; pero es preciso, pues debo ahorrarte el sufrimiento que estabas soportando por mi causa. Cuando llegue el momento de separarnos, te daré un regalo como prenda de mi amor. Desde el país desconocido al que voy, te mandaré un mensajero. El me repetirá tu deseo, amiga, y en cuanto me llames, yo acudiré desde la lejana tierra.

Isolda suspiró y dijo:

—Tristán, déjame a *Husdén*, tu perro. Nunca sabueso de precio habrá sido guardado con más honor. Cuando lo vea, me acordaré de ti y estaré menos triste. Amigo, tengo un anillo de jaspe verde, tómalo por amor a mí, llévalo en el dedo. Si alguna vez un mensajero pretende venir de tu parte, no lo creeré, haga lo que haga y diga lo que diga, hasta que me haya mostrado este anillo. Pero en cuanto lo haya visto, ningún poder, ninguna prohibición real me impedirá hacer lo que tú me hayas pedido, sea sensatez o locura.

—Amiga, te doy a *Husdén*.

—Amigo, toma este anillo en recompensa.

Y se besaron en los labios.

Pero Ogrín, dejando a los amantes en la ermita, había andado con su muleta hasta el Monte. Allí compró pieles de marta, de zorro y de armiño, paños de seda, de púrpura y de escarlata, una camisa de lino más blanca que la flor del lirio, y también un caballo enjaezado de oro que sabía amblar suavemente. La gente se reía al verlo gastar su dinero largamente reunido en aquellas compras extrañas y magníficas. Pero el anciano cargó sobre el caballo las ricas telas y regresó junto a Isolda.

—Reina —le dijo—, vuestros ropajes se caen a jirones. Aceptad estos regalos para que estéis más hermosa el día que vayáis al Vado

Peligroso. Me da miedo que no sean de vuestro gusto, yo no soy muy experto en la elección de vestidos.

El rey mandó pregonar por Cornualles la noticia de que al cabo de tres días, en el Vado Peligroso, se reconciliaría con la reina. Damas y caballeros acudieron en tropel a aquella asamblea. Todos deseaban volver a ver a la reina Isolda, todos la amaban, excepto los tres caballeros traidores que aún sobrevivían.

Pero, de estos tres, uno morirá por la espada, el otro sucumbirá traspasado por una flecha y el otro ahogado. En cuanto al guardabosque, lo matará a bastonazos en el bosque Perinís el Rubio, el criado de Isolda. Así Dios, que odia toda desmesura, vengará a los amantes.

El día fijado para la asamblea, en el Vado Peligroso, el prado brillaba a lo lejos, adornado con las ricas tiendas de los caballeros. En el bosque, Tristán cabalgaba con Isolda y por temor a una emboscada se había puesto la cota de malla debajo de su ropa harapienta. De repente, los dos aparecieron en el lindero del bosque y a lo lejos, entre los nobles, vieron al rey Marcos.

—Amiga —dijo Tristán—, he aquí al rey, nuestro señor, a sus caballeros y soldados. Dentro de un momento ya no podremos hablarnos más. Te lo suplico por Dios poderoso y omnipotente: si alguna vez te mando un mensaje, haz lo que en él te pida.

—Amigo Tristán, en cuanto haya visto el anillo de jaspe verde, no habrá torre, ni muro, ni fuerte castillo que me impidan cumplir la voluntad de mi amigo.

—Dios te lo pague, Isolda.

Los dos caballos avanzaban uno junto al otro: Tristán atrajo a Iseo hacia él y la estrechó entre sus brazos.

—Amigo —dijo Iseo—, escucha ahora mi último ruego: vas a abandonar este país; espera al menos algunos días; espera hasta saber cómo me trata el rey, si lo hace con cólera o con bondad. Estoy sola, ¿quién me defenderá de los traidores? ¡Tengo miedo! El guardabosque Orri te alojará secretamente. Por la noche, deslízate hasta el granero en ruinas: mandaré allí a Perinís para que te diga si alguien me está maltratando.

—Amiga, eso nadie se atreverá a hacerlo. Me esconderé en la casa de Orri, y si alguien se atreve a causarte el menor ultraje, ¡que se guarde de mí como del Enemigo!

Las dos tropas se habían acercado para intercambiar sus saludos. A un tiro de arco de los suyos, el rey cabalgaba con gallardía, y junto a él, Dinas de Lidán.

Cuando los caballeros se hubieron reunido con Tristán, éste, sujetando por las riendas el caballo de Isolda, saludó al rey y le dijo:

—Rey, te devuelvo a Isolda la Rubia. Ante tus hombres te requiero para que me permitas defenderme en tu corte. Yo nunca he sido juzgado. Deja que me justifique en un combate. Si resulto vencido, quémame con azufre; si salgo vencedor, mantenme a tu lado. Pero si no me quieres a tu lado, me iré a algún país lejano.

Nadie aceptó el desafío de Tristán. Entonces, Marcos cogió el caballo de Isolda por las riendas y, confiándola a Dinas, se apartó para tomar consejo.

Dinas, contento, colmó a la reina de honores y cortesías. Le quitó la suntuosa capa escarlata y su cuerpo apareció gracioso bajo la túnica fina y la gran camisa de seda. Y la reina sonrió al pensar en el viejo ermitaño, que no había reparado en gastos. Rico es su vestido; sus miembros, delicados; sus ojos, claros; sus cabellos, rubios como los rayos del sol.

Cuando los traidores la vieron tan hermosa y agasajada como antes, irritados, cabalgaron hasta el rey. En aquel momento, un barón, Andrés de Nicole, estaba intentando convencerlo:

—Señor —decía— permite que Tristán se quede contigo, pues gracias a él serás un rey más temido.

Y poco a poco iba ablandando el corazón de Marcos. Pero los caballeros traidores fueron a su encuentro y dijeron:

—Rey, escucha el consejo que te damos con toda lealtad. Se ha hablado mal de la reina; sin razón, te lo concedemos, pero si Tristán y ella regresan juntos a la corte, volverán las habladurías. Ordena que Tristán se aleje por un tiempo; algún día, sin duda, lo llamarás de nuevo.

Esto fue lo que hizo Marcos. Hizo que sus barones ordenaran a Tristán alejarse sin dilación. Entonces Tristán se acercó a la reina y le dijo adiós. Se miraron. La reina sintió vergüenza a causa de los

presentes y se ruborizó.

Pero el rey quedó conmovido de compasión y habló a su sobrino por primera vez:

—¿A dónde irás con esos andrajos? Toma de mi tesoro todo cuanto quieras, oro, plata y las mejores pieles.

—Mi rey —dijo Tristán—, no tomaré ni un denario, ni un doblón. Iré como pueda a servir con gran alegría al rey de Frisia.

Tiró de la rienda y bajó hasta el mar. Isolda lo siguió con la mirada y, mientras pudo divisarlo en la lejanía, no apartó la vista.

Al enterarse de la noticia del acuerdo, grandes y chicos, hombres, mujeres y niños acudieron en tropel a las afueras de la ciudad para recibir a Isolda. Y manifestando gran duelo por el exilio de Tristán, celebraban el haber recuperado a su reina. El rey, los condes y los príncipes formaron su cortejo por las calles alfombradas y adornadas con cortinajes de seda. Las puertas del palacio se abrieron para todos, ricos y pobres pudieron sentarse a comer, y para celebrar aquel día, Marcos concedió la libertad a cien siervos y dio la espada y la cota a cien donceles, a los que armó caballeros.

Mientras tanto, llegada la noche, Tristán, tal como se lo había prometido a la reina, entró en casa del guardabosque Orri, quien lo alojó secretamente en la bodega que estaba en ruinas. ¡Que se guarden los traidores!

XII

EL JUICIO DEL HIERRO CANDENTE

Dieus i a fait vertuz.

BÉROUL

Muy pronto Denoalén, Andret y Gondoine se sintieron seguros. Pensaron que sin duda Tristán estaba más allá del mar, en algún país demasiado lejano para poder alcanzarlos. Así, durante una jornada de cacería, cuando el rey escuchaba los ladridos de su jauría reteniendo su caballo en mitad de unas rozas, los tres cabalgaron hasta él.

—Rey, escuchad nuestras palabras. Condenasteis a la reina sin juicio, y eso no estuvo bien. Ahora la absolvéis sin juicio, y eso tampoco está bien. Ella jamás se ha justificado y los caballeros de este país os lo reprochan a vos y a ella. Aconsejadle que reclame ella misma un juicio de Dios. ¿Qué le cuesta, si es inocente, jurar sobre las reliquias de los santos que jamás ha cometido falta? Si es inocente, ¿qué le cuesta coger un hierro enrojecido al fuego? Así lo quiere la costumbre y por esta prueba tan fácil quedarán disipadas para siempre las antiguas sospechas.

Marcos respondió, irritado:

—¡Que Dios os confunda, señores de Cornualles, pues buscáis incesantemente mi deshonra! Por vosotros he desterrado a mi sobrino, ¿qué más exigís? ¿Que devuelva a la reina a Irlanda? ¿Cuáles son esos nuevos agravios? ¿Acaso Tristán no se ofreció ya a defenderla contra los viejos agravios? Para justificarla os presentó batalla y todos pudisteis oírlo. ¿Por qué no tomasteis contra él

escudos y lanzas? Señores, me habéis requerido más allá del derecho. Tened cuidado, no vaya a llamar al hombre que por consejo vuestro desterré.

Entonces los cobardes se echaron a temblar. Creyeron ver a Tristán de regreso, sangrándolos hasta su última gota.

—Señor, nosotros os dábamos fiel consejo, por vuestro honor, tal como corresponde a unos vasallos vuestros. Pero de ahora en adelante vamos a callarnos. ¡Olvidad vuestra cólera! ¡Devolvednos vuestra paz!

Pero Marcos se alzó sobre su silla y dijo:

—¡Fuera de mi tierra, miserables! Jamás tendréis mi paz. Por vosotros desterré a Tristán, ahora os corresponde a vosotros marcharos de mi tierra.

—¡Señor, buen rey, nuestros castillos son fuertes, están cercados de picas, sobre rocas difíciles de escalar!

Y tiraron de las riendas sin saludarlo.

Sin esperar a monteros ni sabuesos, Marcos llevó su caballo hasta Tintagel, subió la escalinata de la sala y la reina oyó cómo sus pasos apresurados resonaban entre las losas.

Isolda se levantó, fue a su encuentro, le tomó la espada tal como solía y se inclinó a sus pies. Marcos la retuvo por las manos y ya la levantaba cuando Isolda, alzando los ojos hacia él, vio sus nobles rasgos alterados por la cólera. Así se le había mostrado tiempo atrás, fuera de sí, ante la hoguera. «¡Ah! —pensó—, ¡mi amigo ha sido descubierto, el rey lo ha capturado!».

El corazón se le enfrió en el pecho y, sin decir una palabra, cayó a los pies del rey. El la tomó en sus brazos y la besó con dulzura. Poco a poco, la reina se fue reanimando.

—Amiga, amiga, ¿qué os atormenta?

—Señor, tengo miedo. ¡Os he visto tan encolerizado!

—Sí, he vuelto muy irritado de la cacería.

—¡Ay, señor!, si vuestros monteros os han enojado, ¿es digno de vos tomaros tan a pecho los contratiempos de la caza?

Marcos sonrió al oír tales palabras.

—No, amiga mía, no me han irritado mis monteros, sino tres

malvados que hace tiempo que nos odian. Vos los conocéis: son Andret, Denoalén y Gondoine. Los he expulsado de mis tierras.

—Señor, ¿qué mal han osado decir de mí?

—¿Qué importa eso? Los he desterrado.

—Mi señor, todo el mundo tiene derecho a decir su pensamiento. Pero yo tengo derecho a conocer el mal que se dice de mí. Y ¿por quién lo sabría, sino por vos? Sola en este país extraño, no tengo a nadie, aparte de vos, mi señor, que pueda defenderme.

—Sea como queréis. Los traidores pretendían que debéis justificaros mediante juramento y por la prueba del hierro candente. «La reina —decían— debería pedir este juicio. Son pruebas fáciles para quien se sabe inocente. ¿Qué le costaría hacerlo? Dios es el juez verdadero. El disiparía para siempre los antiguos agravios…». Esto es lo que pretendían. Pero dejemos estas cosas. Ya os digo que los he desterrado.

Isolda se estremeció. Miró al rey:

—Mi señor, ordenad que vuelvan a la corte. Yo me justificaré mediante juramento.

—¿Cuándo?

—Al décimo día.

—¡Eso es muy pronto, amiga mía!

—Para mí es demasiado tarde. Pero quiero que desde ahora pidáis al rey Arturo que venga con mi señor Galván, Girflet, el senescal Keu y cien caballeros suyos hasta la marca de vuestra tierra, a la Blanca Landa, a la orilla del río que separa nuestros reinos. Allí, ante ellos, quiero hacer el juramento y no sólo ante vuestros barones, pues de ser así, apenas hubiera jurado, vuestros nobles os pedirían que me impusierais otra prueba más, y nuestros tormentos no terminarían jamás. Pero si Arturo y sus caballeros son garantes del juicio, no se atreverán a más.

Mientras los heraldos de armas, mensajeros de Marcos, se apresuraban hacia Carduel, Isolda mandó secretamente a su paje Perinís el Rubio, el Fiel, al encuentro de Tristán.

Perinís recorrió los bosques, evitando los senderos más frecuentados, hasta que llegó a la choza de Orri, el guardabosque, donde Tristán lo estaba esperando desde hacía varios días. Perinís le relató lo sucedido, la nueva villanía, el plazo del juicio, la hora y el

lugar señalados.

—Señor, mi señora os pide que el día fijado, con ropajes de peregrino y sin armas, tan hábilmente disfrazado que nadie os pueda reconocer, estéis en la Blanca Landa. Para llegar al lugar del juicio, la reina debe pasar el río en barca. La esperaréis en la otra orilla, donde estarán los caballeros del rey Arturo. Entonces sin duda podréis prestarle ayuda. A mi señora le asusta el día del juicio. Sin embargo, confía en la cortesía de Dios, que ya supo arrancarla de manos de los leprosos.

—Regresa con la reina, buen amigo Perinís. Dile que cumpliré su voluntad.

Cuando Perinís volvió a Tintagel, vio en una maleza al mismo guardabosque que, tiempo atrás, había sorprendido a los amantes dormidos y los había denunciado al rey. Un día que estaba ebrio se había jactado de su traición. Aquel hombre había cavado en la tierra un profundo hoyo y lo estaba recubriendo con ramas para atrapar lobos y jabalíes. Vio que se le acercaba el paje de la reina y quiso huir. Pero Perinís lo acorraló al borde de la trampa.

—Tú, espía que vendiste a la reina, ¿por qué huyes? ¡Quédate ahí, junto a la tumba que tú mismo te has cavado!

Su bastón giró en el aire, zumbando. El bastón y el cráneo se rompieron al mismo tiempo y Perinís el Rubio, el Fiel, empujó el cuerpo hasta la fosa cubierta de ramas.

El día fijado para el juicio, el rey Marcos, Isolda y los barones de Cornualles, después de cabalgar hasta la Blanca Landa, llegaron en buen orden hasta el río y allí, agrupados a lo largo de la orilla, los caballeros del rey Arturo los saludaron con sus relucientes estandartes.

Ante ellos, sentado en el ribazo, un peregrino miserable, envuelto en su capa, de la que colgaban algunas conchas, tendía su escudilla de madera y pedía limosna con voz aguda y doliente.

Las barcas de Cornualles se acercaban, empujadas por los remos. Cuando estuvieron a punto de tomar tierra, Isolda preguntó a los caballeros que la rodeaban:

—Señores, ¿cómo podría llegar hasta la tierra firme sin ensuciar

mi largo vestido en este barrizal? Alguien debería ayudarme.

Un caballero llamó al peregrino.

—Amigo, remángate la capa, entra en el agua y lleva a la reina, si es que no temes doblarte a medio camino, tullido como te veo.

El peregrino tomó a la reina en sus brazos. Ella le dijo en voz baja:

—¡Amigo! —Y luego, aún más bajo—: Déjate caer en la arena.

Cuando el peregrino llegó a la orilla, tropezó y se cayó, sosteniendo a la reina en sus brazos. Los escuderos y marineros cogieron remos y perchas y ahuyentaron al pobre miserable.

—Dejadlo —ordenó la reina—, sin duda el largo viaje lo ha debilitado.

Y cogiendo un broche de oro que llevaba prendido, lo lanzó al peregrino.

Sobre la hierba, delante del pabellón de Arturo, se extendía un rico paño de seda de Nicea y ya estaban dispuestas las reliquias de los santos, sacadas de sus estuches y cofres. Las guardaban los caballeros Galván, Girflet y el senescal Keu.

La reina, después de suplicar a Dios, se quitó las joyas que llevaba al cuello y en las manos y las dio a los pobres mendigos. Se desabrochó el manto de púrpura y la toca fina y los regaló. También ofreció su camisola y el brial y los zapatos adornados con pedrería. Sólo conservó sobre el cuerpo una túnica sin mangas y, con los pies y las manos descubiertos, avanzó ante los dos reyes. A su alrededor, los nobles caballeros la contemplaban en silencio y lloraban. Junto a las reliquias había un brasero encendido. La reina, temblando, extendió la mano derecha hacia los huesos de los santos y dijo:

—Rey de Logres, y vos, rey de Cornualles, y vos, mi señor Galván, mi señor Keu, mi señor Girflet, y vosotros todos seréis mis garantes por estos cuerpos santos y por todos los cuerpos santos que existen en este mundo. Juro que jamás hombre nacido de mujer me tuvo entre sus brazos, excepto el rey Marcos, mi señor, y el pobre peregrino que habéis visto hace un momento. Rey Marcos, ¿os parece conveniente tal juramento?

—Sí, reina, y que Dios manifieste su juicio verdadero.

—Amén —dijo Isolda.

Se acercó al brasero, pálida y vacilante. Todos los presentes

guardaban silencio. El hierro estaba al rojo vivo. Entonces la reina metió la mano en las brasas, cogió la barra de hierro y, después de soltarla, extendió los brazos en cruz, con las palmas abiertas. Y todos pudieron ver que su carne estaba más sana que la fruta fresca.

Entonces todos lanzaron un gran grito de alabanza que subió hasta Dios.

XIII

LA VOZ DEL RUISEÑOR

Tristan defors e chante e gient
Cum russignol que prent congé
En fin d'esté od grand pité

Le Domnei des Amanz

Después de regresar a la cabaña del guardabosque Orri y desprenderse del bordón y de la capa de peregrino, Tristán supo con claridad en su corazón que había llegado el día de cumplir lo que había jurado al rey Marcos y alejarse del país de Cornualles.

¿Por qué se demoraba? La reina se había justificado, el rey la amaba, él la honraba. En caso necesario, Arturo la tomaría bajo su protección y, en adelante, ninguna villanía prevalecería contra ella. ¿Por qué seguir más tiempo merodeando por los alrededores de Tintagel? Arriesgaba en vano su vida y la del guardabosque, así como el reposo de Isolda. Sin duda tenía que partir y en la Blanca Landa, bajo sus ropajes de peregrino, habría sentido por última vez el hermoso cuerpo de Isolda temblando entre sus brazos.

Tardó aún tres días, pues no podía alejarse del país donde vivía la reina. Pero cuando llegó el cuarto día, se despidió del guardabosque que lo había alojado y le dijo a Gorvenal:

—Buen maestro, ha llegado la hora de la larga partida. Nos iremos hacia la tierra de Gales.

Se pusieron en camino tristemente, por la noche. Pero su ruta pasaba junto al jardín cercado de estacas donde Tristán, antaño,

esperaba a su amiga. La noche brillaba, límpida. A la vuelta del camino, cerca de la empalizada, vio erguirse, a la claridad del cielo, el robusto tronco del gran pino.

—Buen maestro, esperadme en el bosque cercano, pronto regresaré.

—¿Adonde vas, loco? ¿Quieres buscar la muerte sin cesar?

Pero Tristán, de un salto seguro, ya había franqueado la empalizada de estacas. Llegó bajo el gran pino, cerca de la fuente de mármol claro. ¿De qué serviría ahora lanzar a la fuente ramas bien talladas? ¡Isolda no acudiría! Con paso ágil y prudente se acercó al castillo por el sendero que antaño recorría la reina.

Mientras tanto, Isolda, en su habitación, estaba velando entre los brazos de Marcos, que dormía. De repente, por la ventana entreabierta en la que jugaban los rayos de la luna, entró la voz de un ruiseñor.

Isolda escuchaba la voz sonora que venía a hechizar la noche y que se elevaba, quejumbrosa, hasta tal punto que no habría existido corazón cruel ni pecho de asesino que no se hubiese enternecido. La reina pensó: «¿De dónde viene esta melodía?». De pronto comprendió: «¡Ah, es Tristán! Así solía él imitar a los pájaros cantores en el bosque de Morois, para complacerme. Se va y éste es su último adiós. ¡Qué triste queja! Como el ruiseñor cuando se despide del verano con gran tristeza. ¡Amigo, nunca más volveré a oír tu voz!».

La melodía vibró con más ardor.

—¡Ah! ¿Qué me pides? ¿Que vaya? ¡No! Acuérdate de Ogrín, el ermitaño, y de los juramentos que hicimos. Cállate, la muerte nos acecha… Pero ¿qué importa la muerte? ¡Tú me llamas, quieres que esté contigo, y yo voy!

Se desprendió de los brazos del rey y se echó sobre el cuerpo casi desnudo un manto forrado de piel. Tenía que cruzar el salón contiguo, donde cada noche diez caballeros velaban por turnos: mientras cinco dormían, otros cinco, armados y de pie ante las puertas y ventanas, vigilaban el exterior. Pero por fortuna aquella noche todos se habían quedado dormidos, cinco en las camas y cinco sobre las baldosas. Isolda pasó sobre sus cuerpos, levantó la barra de la puerta y el anillo sonó, pero sin despertar a ninguno de

los vigías. Cruzó el umbral. Y el pájaro cantor se calló.

Bajo los árboles, sin una palabra, él la estrechó contra su pecho. Anudaron los brazos firmemente alrededor de sus cuerpos y hasta el amanecer, como si estuvieran atados con lazos, no aflojaron el abrazo. A pesar del rey y de los vigilantes, los amantes gozaron de su felicidad y de su amor.

Aquella noche enloqueció a los amantes. Y los días siguientes, como el rey se había ido de Tintagel para impartir justicia en San Lubín, Tristán, que había regresado a la casa de Orri, se atrevió cada amanecer, al claro de luna, a deslizarse por el vergel hasta las habitaciones de las mujeres.

Un siervo lo sorprendió y fue al encuentro de Andret, Denoalén y Gondoine.

—Señores —les dijo—, la bestia que creíais lejos ha vuelto al redil.

—¿Quién?

—Tristán.

—¿Cuándo lo has visto?

—Esta mañana, y lo he reconocido bien. Y del mismo modo, mañana al amanecer podréis verlo con la espada al cinto, un arco en una mano y dos flechas en la otra.

—¿Cómo lo veremos?

—Por una ventana que yo conozco. Si os la enseño, ¿cuánto me daréis?

—Treinta marcos de plata y entonces serás un campesino rico.

—Escuchad pues —dijo el siervo—. Se puede ver la habitación de la reina por una estrecha ventana que la domina, pues está muy alta en la muralla. Pero una gran cortina extendida a través de la habitación oculta la abertura. Que mañana uno de vosotros tres penetre en el jardín. Cortará una larga rama de espino y la afilará por la punta. Entonces, que se encarame hasta la alta ventana y clave la rama, como un espetón, en la tela de la cortina. Así la podrá apartar ligeramente y vosotros, señores, podréis quemar mi cuerpo si detrás del cortinaje no veis entonces lo que os acabo de decir.

Andret, Gondoine y Denoalén debatieron cuál de ellos sería el primero en gozar de aquel espectáculo y por fin acordaron que fuera Gondoine. Se separaron: pero ¡mucho cuidado, señores, mañana, con Tristán!

Al día siguiente, mientras la noche todavía era oscura, Tristán abandonó la cabaña del guardabosque Orri y entre espesos zarzales se dirigió hasta el castillo. Cuando salía de unas matas, miró hacia el calvero y vio a Gondoine, que venía de su fortaleza. Tristán volvió de un salto a los espinos y se agazapó para emboscarlo. «¡Ah, Dios —rogó—, haz que el hombre que se acerca no me vea antes del momento favorable!».

Esperaba con la espada en la mano. Pero resultó que Gondoine tomó otro camino y se alejó. Tristán salió de las zarzas, contrariado, tensó el arco, apuntó, pero por desgracia el hombre ya estaba fuera de su alcance.

En aquel momento se acercó Denoalén, bajando lentamente por el sendero, montado en un pequeño caballo negro y seguido de dos grandes lebreles. Tristán lo acechó, oculto detrás de un manzano. Vio que azuzaba a sus perros para que levantaran un jabalí que había en la colina. Pero antes de que los lebreles lo hubieran sacado de su revolcadero, Denoalén recibió una herida tan grave, que ningún médico sabría curarla. Cuando Denoalén estuvo cerca de él, Tristán se quitó la capa, saltó y se irguió ante su enemigo. El traidor quiso huir, pero fue en vano, no le dio tiempo ni de gritar.

—¡Me has herido! —dijo, y cayó del caballo.

Tristán le cortó la cabeza, cortó las trenzas que colgaban alrededor de su rostro y se las guardó en el jubón. Quería enseñárselas a Isolda para alegrar el corazón de su amiga. «¡Ay! —pensaba—, ¿qué habrá sido de Gondoine? Se me ha escapado, ¿por qué no habré podido pagarle con la misma moneda?».

Limpió la espada, la envainó de nuevo, arrastró un árbol hasta ponerlo encima del cadáver y, abandonando el cuerpo ensangrentado, se fue cubierto con la capucha en pos de su amiga.

En el castillo de Tintagel, Gondoine se le había adelantado. Ya se había encaramado hasta la alta ventana, había clavado la vara de espino en la cortina, había separado ligeramente la tela y estaba mirando la estancia bien tapizada. Primero no vio más que a

Perinís, después a Brangel, que aún llevaba en la mano el peine con el que acababa de peinar a la reina de cabellos de oro.

Pero entró Isolda y después Tristán. Llevaba en una mano el arco de madera blanca y dos flechas; en la otra sostenía dos largas trenzas de hombre.

Dejó caer la capa y apareció su hermoso cuerpo. Isolda la Rubia se inclinó para saludarlo, y al levantar la cabeza hacia él vio, proyectado sobre un tapiz, el perfil de la cabeza de Gondoine. Tristán le decía:

—¿Ves estas hermosas trenzas? Son de Denoalén. Te he vengado. Nunca más volverá a comprar ni vender escudo ni lanza.

—Está bien, amigo. Pero tensa ese arco, te lo ruego, quiero ver si es cómodo para disparar. —Tristán lo tensó, extrañado, pues sólo comprendía a medias. Isolda tomó una de las flechas, la empulgó, miró si la cuerda era buena y dijo rápidamente y en voz baja—: Veo una cosa que me desagrada. ¡Apunta bien, Tristán!

Este se colocó bien, levantó la cabeza y vio en lo alto de la cortina la sombra de la cabeza de Gondoine. «¡Que Dios dirija esta flecha!», pensó. Se volvió hacia el muro y disparó. La larga flecha silbó en el aire —ni el cernícalo ni la golondrina vuelan tan veloces—, se clavó en el ojo del traidor, atravesó los sesos como si fueran carne de manzana y se detuvo, vibrante, en la pared del cráneo. Sin un grito, Gondoine se derrumbó y cayó sobre una estaca.

Entonces Isolda le dijo a Tristán:

—¡Ahora huye, amigo! ¡Ya lo ves, los caballeros traidores conocían tu refugio! Andret sigue vivo, se lo enseñará al rey. Para ti ya no hay seguridad en la cabaña del guardabosque. ¡Huye, amigo! Perinís el Fiel ocultará el cadáver en el bosque, y así el rey no tendrá nunca más noticias de Gondoine. ¡Pero tú debes huir de este país, por tu salvación y por lamía!

Tristán respondió:

—¿Cómo podría vivir así?

—Sí, amigo Tristán, nuestras vidas están entrelazadas y tejidas una con otra. Y yo ¿cómo podría vivir? Mi cuerpo se queda aquí, pero tú tienes mi corazón.

—Isolda, amiga, me voy no sé a qué país. Pero si alguna vez vuelves a ver el anillo de jaspe verde, ¿harás lo que te pida por él?

—Sí, bien lo sabes. Si vuelvo a ver el anillo de jaspe verde, no habrá torre, ni fuerte castillo, ni defensa real que me impidan cumplir la voluntad de mi amigo, sea locura o sensatez.

—¡Amiga, que el Dios que nació en Belén te lo pueda agradecer!

—¡Que él te guarde, amigo!

XIV

EL CASCABEL MARAVILLOSO

Ne membre vus, ma bele amie,
D'une petite druerie?

La Folie Tristan

Tristán se refugió en Gales, en la tierra del noble duque Gilán. El duque era joven, poderoso y liberal. Lo acogió como a un huésped bienvenido. No ahorró ningún esfuerzo para darle honor y alegría. Pero ni las aventuras ni las fiestas pudieron aliviar la angustia de Tristán.

Un día que estaba sentado al lado del joven duque, su corazón se encontraba tan dolorido, que Tristán suspiraba sin ni siquiera darse cuenta. El duque, para aplacar su pena, mandó que trajeran de su habitación privada su juego favorito, que, por sortilegio, en las horas tristes hechizaba sus ojos y su corazón. En una mesa cubierta de púrpura noble y rica, colocaron a su perrito *Petit-Crû*. Era un perro encantado que le habían traído al duque desde la isla de Avalón. Un hada se lo había mandado como prenda de amor. No hay palabras capaces de describir su naturaleza y su hermosura. Tenía el pelo coloreado con matices tan maravillosamente dispuestos que no se sabría decir de qué color era. El cuello parecía más blanco que la nieve, el lomo más verde que una hoja de trébol, un flanco rojo como la escarlata, el otro amarillo como el azafrán, el vientre azul como el lapislázuli, la espalda rosada. Pero cuando uno lo miraba más largamente, todos aquellos colores se ponían a

danzar ante los ojos y se cambiaban ora en blanco y verde, ora en amarillo, en azul, en púrpura, en tonos oscuros o claros. En el cuello, colgado de una cadenilla de oro, el perro llevaba un cascabel que emitía un tintineo tan alegre, tan claro, tan dulce al oído, que el corazón de Tristán se enterneció, se alivió y su pena se desvaneció. No se acordó ya más de las miserias que había soportado por la reina, pues tal era la virtud maravillosa del cascabel, que el corazón, al oírlo sonar, tan dulce, alegre y claro, olvidaba toda pena. Y mientras Tristán, emocionado por el sortilegio, acariciaba al animalillo encantado que le quitaba todos sus pesares y cuyo pelaje parecía al tacto más suave que la tela de raso, pensaba que aquél sería un hermoso regalo para Isolda. Pero ¿qué hacer? El duque Gilán amaba a *Petit-Crû* más que a cualquier otra cosa y nadie habría podido obtenerlo de él, ni por astucia ni con ruegos.

Un día, Tristán le dijo al duque:

—Señor, ¿qué daríais a aquel que librara vuestra tierra del gigante Urgán el Velludo, que os reclama tan pesados tributos?

—En verdad, daría a escoger al vencedor, de entre mis riquezas, aquella que considerara más preciosa. Pero nadie se atreverá a atacar al gigante.

—Esas palabras me alegran mucho —respondió Tristán—. Pero el bien de un país sólo llega mediante la aventura y ni por todo el oro de Pavía renunciaría a mi deseo de pelear con el gigante.

—Entonces —dijo el duque Gilán—, ¡que el Dios nacido de una virgen os acompañe y os proteja de la muerte!

Tristán fue a buscar a Urgán el Velludo a su escondrijo. Estuvieron luchando con furia durante mucho tiempo. Por fin, la proeza triunfó sobre la fuerza, la espada ágil sobre la pesada maza y Tristán, después de cortar el puño derecho del gigante, lo llevó al duque:

—Señor, en recompensa, tal como habéis prometido, dadme a *Petit-Crû*, vuestro perro encantado.

—Amigo, ¿qué me pides? Déjamelo y llévate si quieres a mi hermana y la mitad de mi tierra.

—Señor, vuestra hermana es hermosa y bella es vuestra tierra; pero yo ataqué a Urgán el Velludo para ganar a vuestro perro encantado. ¡Acordaos de vuestra promesa!

—Tómalo, pues. Pero debes saber que has arrebatado el contento de mis ojos y la alegría de mi corazón.

Tristán confió el perro a un juglar de Gales, prudente y astuto, que lo llevó de su parte a Cornualles. El juglar llegó a Tintagel y lo entregó en secreto a Brangel. La reina se alegró mucho de ello, dio en recompensa diez marcos de oro al juglar y dijo al rey que la reina de Irlanda, su madre, le había mandado aquel bello regalo. Mandó que un orfebre hiciera para el perro una casita con preciosas incrustaciones de oro y pedrerías, y allí donde iba ella, lo llevaba en recuerdo de su amigo. Y cada vez que lo miraba, la tristeza, la angustia y la añoranza se borraban de su corazón.

Primero no comprendió la maravilla; si encontraba tal consuelo al contemplarlo, pensó, era porque se lo había mandado Tristán. Sin duda era el recordar a su amigo lo que adormecía así su pena. Pero un día reconoció que era un sortilegio y que sólo el tintineo del cascabel hechizaba su corazón.

—¡Ah! —pensó—. ¿Es bueno que yo conozca el consuelo mientras Tristán es desdichado? Él podría haber conservado el perro encantado y olvidar así todo su dolor. Por cortesía ha preferido mandármelo, darme la alegría y quedarse la pena. Pero no conviene que sea así, Tristán. Yo quiero sufrir todo el tiempo que tú estés sufriendo.

Tomó el cascabel mágico, lo hizo tintinear por última vez, lo desató con suavidad, y después lo lanzó al mar por la ventana abierta.

XV

ISOLDA LA DE LAS BLANCAS MANOS

Ire de femme est a duter
Mult s'en deit bien chascuns garder.
Cum de leger vient lur amur,
De leger revient lur haïr.

THOMAS DE BRETAÑA

Los amantes no podían vivir ni morir el uno sin el otro. Si estaban separados, no era la vida ni la muerte, sino la vida y la muerte a la vez.

Por mares, islas y países, Tristán quiso huir de su pesar. Vio de nuevo su país de Leonís, donde Rohalt el Mantenedor de la Fe recibió a su hijo con lágrimas de ternura. Pero al no poder vivir en reposo en su tierra, Tristán se fue por ducados y reinos, en busca de aventuras. De Leonís a Frisia, de Frisia a Gavoya, de Alemania a España, sirvió a muchos señores y cumplió numerosas empresas. Pero, ¡ay!, durante dos años no le llegó ninguna noticia de Cornualles, ningún amigo, ningún mensaje.

Entonces creyó que Isolda había perdido su amor por él y que lo había olvidado.

Y sucedió que un día, cabalgando solo con Gorvenal, entró en la tierra de Bretaña. Cruzaron una llanura devastada: por todas partes había paredes en ruinas, ciudades sin habitantes, campos asolados por el fuego, y los caballos pisaban las cenizas y los carbones. En la

landa desierta, Tristán pensó: «Estoy cansado y rendido. ¿De qué me sirven estas aventuras? Mi dama está lejos, no volveré a verla jamás. ¿Por qué, en estos dos años, no me ha mandado buscar por todos los países? Ni un mensaje me ha llegado de ella. En Tintagel, el rey la honra y la sirve, ella vive en medio de la alegría. ¡Qué bien cumple su trabajo el perro encantado! Ella me ha olvidado y poco le importan las penas y alegrías de antaño, nada le importa este infeliz que anda errante por este país desolado. ¿No hallaré jamás a quien pueda curar mi tristeza?».

Durante dos días, Tristán y Gorvenal pasaron por campos y burgos sin ver hombre, ni ave, ni caballo. Al tercer día, al atardecer, se acercaron a una colina donde se erguía una vieja capilla y, cerca de ella, el refugio de un ermitaño. El ermitaño no llevaba vestidos tejidos, sino una piel de cabra con harapos de lana sobre la espalda. Prosternado en el suelo, con las rodillas y los codos desnudos, rogaba a María Magdalena que le inspirara plegarias por su salvación. Dio la bienvenida a los recién llegados y, mientras Gorvenal metía los caballos en el establo, desarmó a Tristán y preparó la comida. No les dio manjares delicados, sino agua de manantial y pan de cebada amasado con ceniza. Después de comer, cuando hubo caído la noche y estaban sentados en torno al fuego, Tristán preguntó al ermitaño cuál era aquella tierra arruinada.

—Buen señor —dijo el ermitaño—, ésta es la tierra de Bretaña, feudo del duque Hoel. Antes era un país hermoso, rico en praderas y tierras de labor. Había molinos, manzanos, alquerías. Pero el conde Riol de Nantes la asoló. Sus soldados lo incendiaron todo y se llevaron presos a sus moradores. Ahora sus hombres tienen riquezas para largo tiempo. Así es la guerra.

—Hermano —dijo Tristán—, ¿por qué el conde Riol avergonzó así a vuestro señor Hoel?

—Os diré, señor, la causa de la guerra. Debéis saber que Riol era vasallo del duque Hoel. Pero el duque tiene una hija, hermosa entre las hijas de los nobles, y el conde quiso tomarla por esposa. Su padre se negó a dársela a un vasallo, y el conde trató de arrebatársela por la fuerza. Muchos murieron por esta querella.

Tristán preguntó:

—¿Y el duque Hoel todavía puede mantener esta guerra?

—Con gran esfuerzo, señor. Sin embargo, su último castillo, Carhaix, todavía resiste, pues sus murallas son fuertes, como fuerte es el corazón del hijo del duque Hoel, Kaherdín, el buen caballero. Pero el enemigo los acosa y les hace pasar hambre. ¿Podrán resistir por mucho tiempo?

Tristán preguntó a qué distancia se hallaba el castillo de Carhaix.

—Tan sólo a dos millas, señor.

Se separaron y durmieron. A la mañana siguiente, después de que el ermitaño hubo rezado y se hubieran repartido el pan de cebada con ceniza, Tristán se despidió del buen hombre y cabalgó hacia Carhaix.

Cuando se detuvo junto a las murallas cerradas, vio una gran tropa de hombres de pie en el camino de ronda y preguntó por el duque. Hoel se hallaba entre aquellos hombres, con su hijo Kaherdín. Se dio a conocer, y Tristán le dijo:

—Soy Tristán, rey de Leonís, y Marcos, rey de Cornualles, es mi tío. He sabido, señor, que vuestros vasallos os causaban daño y he venido a ofreceros mi servicio.

—¡Ay, mi señor Tristán! Seguid vuestro camino y que Dios os recompense. ¿Cómo podría acogeros aquí? No nos quedan ya víveres. No tenemos trigo, sólo habas y cebada para subsistir.

—¿Qué importa? —dijo Tristán—. He vivido en un bosque durante dos años, de hierbas, raíces y caza, y sabed que aquella vida me parecía buena. Mandad que abran esa puerta.

Entonces dijo Kaherdín:

—Recibidlo, padre, pues muestra tanto coraje, a fin de que tome su parte de nuestros bienes y de nuestros males.

Lo acogieron con honor. Kaherdín mostró a su huésped las fuertes murallas y la torre maestra, bien flanqueada por almenas, donde se emboscaban los ballesteros. Desde las troneras le enseñó a lo lejos, en la llanura, las tiendas y pabellones plantados por el conde Riol. Cuando regresaron al umbral del castillo, Kaherdín dijo a Tristán:

—Ahora, buen amigo, subiremos a la sala donde están mi madre y mi hermana.

Los dos, cogidos de la mano, entraron en la estancia de las mujeres. Madre e hija, sentadas sobre una colcha, estaban bordando con oro un palio de Inglaterra y cantaban una canción de tela. Explicaba la canción cómo la bella Doeta, sentada al viento bajo el espino blanco, espera y añora a su amigo Doon, que tarda mucho en venir. Tristán las saludó y ellas a él. Después, los dos caballeros se sentaron junto a las damas. Kaherdín, mostrando el palio que bordaba su madre, dijo:

—Tristán, buen amigo, ved qué bien trabaja mi madre, cómo sabe adornar maravillosamente estolas y casullas para darlas como limosna a los monasterios pobres, y cómo las manos de mi hermana hacen correr los hilos de oro sobre la seda blanca. A fe mía, hermana, con razón os llaman Isolda la de las Blancas Manos.

Entonces Tristán, al conocer que se llamaba Isolda, sonrió y la miró con más dulzura.

Mientras tanto, el conde Riol había levantado el campamento a tres millas de Carhaix y hacía muchos días que los hombres del duque Hoel no se atrevían a cruzar las barreras para asaltarlo. Pero al día siguiente, Tristán, Kaherdín y doce jóvenes caballeros más salieron de Carhaix con las cotas y los yelmos atados, y cabalgaron por bosques de abetos hasta las proximidades de las tiendas enemigas. Después, lanzándose desde su acecho, se apoderaron por la fuerza de una carreta del conde Riol. Desde aquel día, variando muchas veces astucias y proezas, atacaban los convoyes, herían y mataban a los hombres de Riol y nunca regresaban a Carhaix sin traer alguna presa. A partir de entonces, Tristán y Kaherdín empezaron a profesarse fe y ternura, hasta que se juraron amistad y camaradería. Jamás faltaron a esta palabra, tal como os enseñará la historia.

Y mientras regresaban de aquellas correrías, hablando de caballería y de cortesía, Kaherdín solía ensalzar ante su querido amigo a su hermana Isolda la de las Blancas Manos, la sencilla, la bella.

Una mañana, cuando acababa de despuntar el alba, un vigía bajó a

toda prisa de la torre y corrió por las salas gritando:

—¡Señores, estáis durmiendo demasiado! ¡Levantaos, que Riol viene a asaltarnos!

Caballeros y burgueses se armaron y corrieron a las murallas. Vieron en la llanura el brillo de los yelmos, los pendones de seda flotando al viento y toda la hueste de Riol avanzando en hermosa formación. Cuando llegaron a un tiro de arco, espolearon los caballos con las lanzas bajadas y las flechas caían sobre ellos como lluvia de abril.

Pero Tristán ya se armaba a su vez con los que habían sido los últimos en despertar. Se ató las calzas, se puso el brial, las estrechas polainas y las espuelas de oro, vistió la cota, fijó el yelmo sobre el ventalle. Montó, espoleó el caballo hasta la llanura y con el escudo erguido contra el pecho apareció gritando:

—¡Carhaix!

Llegó justo a tiempo, pues los hombres de Hoel ya estaban retrocediendo hacia las fortificaciones. Entonces fue hermoso ver la refriega de los caballeros derribados y los vasallos heridos, los golpes que asestaban los jóvenes caballeros y la hierba que, bajo su paso, se iba tiñendo de sangre. Delante de todos ellos, Kaherdín se había parado con orgullo al ver aparecer ante él a un valeroso caballero, hermano de Riol. Chocaron ambos con las lanzas bajadas. El de Nantes rompió la suya sin derribar a Kaherdín, que, con un golpe más certero, hendió el escudo de su adversario y le clavó el hierro bruñido en el costado hasta el estandarte. El caballero, levantado de la silla por el golpe, salió despedido y cayó al suelo.

Al oír el grito que dio su hermano, el conde Riol, con el freno suelto, se lanzó contra Kaherdín. Pero Tristán le cortó el paso. Cuando chocaron, la lanza de Tristán se rompió por el puño y la de Riol, dando con el pecho del caballo enemigo, penetró en sus carnes y lo dejó muerto sobre el prado. Tristán se levantó inmediatamente con la bruñida espada en la mano:

—¡Cobarde! —le dijo—. ¡Mala muerte tenga quien deja vivo al dueño para herir al caballo! ¡No saldrás vivo de este prado!

—¡No lo creo! —respondió Riol, azuzando el caballo hacia él.

Pero Tristán esquivó el ataque y, levantando el brazo, dejó caer la espada pesadamente sobre el yelmo de Riol. El filo se deslizó

desde el hombro del caballero hasta el flanco del caballo, que se tambaleó y cayó. Riol consiguió desprenderse de la cabalgadura y se enderezó. Los dos a pie, con el escudo horadado y hendido, con la cota desmallada, se desafiaban y se atacaban. Por fin Tristán golpeó a Riol en el yelmo. El fleje cedió y el golpe fue tan fuerte que el caballero cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo.

—¡Levántate si puedes, villano! —le gritó Tristán—. En mala hora viniste a este campo. ¡Tienes que morir!

Riol volvió a levantarse, pero Tristán lo abatió con otro golpe que le hendió el yelmo, cortó la cofia y descubrió el cráneo. Riol imploró merced, pidió que le salvara la vida, y Tristán aceptó su espada. La cogió a tiempo, pues por todas partes los de Nantes habían acudido a socorrer a su señor, pero él ya se había rendido.

Riol prometió dirigirse a la prisión del duque Hoel, jurarle de nuevo homenaje y fe, restaurar las villas y burgos quemados. A su orden, la batalla se apaciguó y se alejó la hueste.

Cuando los vencedores regresaron a Carhaix, Kaherdín le dijo a su padre:

—Señor, llamad a Tristán y retenedlo. No existe caballero mejor y vuestro país necesita un barón de ese coraje.

El duque Hoel, después de tomar consejo de sus hombres, mandó llamar a Tristán y le dijo:

—Amigo, nunca podré amaros bastante, pues me habéis conservado esta tierra. Quiero recompensaros como merecéis. Mi hija, Isolda la de las Blancas Manos, desciende de duques, reyes y reinas. Tomadla, os la doy.

—Señor, la tomo —dijo Tristán.

¡Ah, señores! ¿Por qué dijo tales palabras? Pero por estas palabras habrá de morir.

Se fijó el día, se acordó el plazo. El duque acudió con sus amigos, Tristán con los suyos. El capellán cantó la misa. Delante de todos, en la puerta del monasterio, según la ley de la santa Iglesia, Tristán desposó a Isolda la de las Blancas Manos. Grandes y ricas fueron las bodas. Pero llegada la noche, mientras los hombres de Tristán lo despojaban de sus ropas, ocurrió que, al retirar la manga demasiado estrecha de su brial, le quitaron el anillo que llevaba en el dedo, el anillo de jaspe verde que le diera Isolda la Rubia, y que

cayó al suelo. La caída resonó con claridad sobre las losas.

Tristán miró el anillo. Entonces se despertó su antiguo amor y él se dio cuenta de su fechoría.

Se acordó del día en que Isolda la Rubia le diera aquel anillo. Fue en el bosque donde, por ella, había llevado áspera vida. Y acostado junto a la otra Isolda, volvió a su memoria la cabaña de Morois. ¿Por qué insensatez había acusado en su corazón de deslealtad a su amiga? No, ella sufría por él gran desgracia y tan sólo él había cometido traición.

Pero también compadeció a Isolda, su esposa, la sencilla, la bella. Ambas Isoldas lo habían amado para su desgracia. A ambas había mentido.

Sin embargo, Isolda la de las Blancas Manos se extrañaba al oírlo suspirar, tendido a su lado. Por fin le dijo, algo avergonzada:

—Amado señor, ¿os he ofendido en algo? ¿Por qué no me dais ni un solo beso? Decídmelo, que yo sepa mi error, y haré sincera enmienda, si es que puedo.

—Amiga —le dijo Tristán—, no os enojéis, pero hice un voto. Antaño, en otro país, luché contra un dragón y estaba a punto de perecer, cuando me acordé de la Madre de Dios. Le prometí que, una vez librado del monstruo por su intercesión, si algún día tomaba esposa, durante un año entero me abstendría de abrazarla y besarla.

—Pues bien —dijo Isolda la de las Blancas Manos—, lo sufriré de buen grado.

Pero cuando las sirvientas, por la mañana, le ajustaron la camisa de las mujeres casadas, ella sonrió con tristeza y pensó que poco se merecía aquella prenda.

XVI

KAHERDÍN

La dame chante dulcement,
Sa voiz accorde a l'estrument.
Les mains sont beles, li lais bons,
Dulce la voix et bas li tons.

THOMAS

A los pocos días, el duque Hoel, su senescal y todos sus monteros, Tristán, Isolda la de las Blancas Manos y Kaherdín salieron juntos del castillo para ir a cazar al bosque. En un estrecho sendero, Tristán cabalgaba a la derecha de Kaherdín, quien sostenía con la mano derecha las riendas del caballo de Isolda la de las Blancas Manos. El caballo tropezó en un charco de agua, y su pezuña salpicó con tal fuerza bajo el vestido de Isolda, que la dama quedó toda mojada y sintió el frío hasta más arriba de las rodillas. Lanzó un grito ligero y, con un golpe de espuelas, sacó a su caballo del charco, riendo con una risa tan fuerte y tan clara que Kaherdín espoleó tras ella, la alcanzó y le preguntó:

—Bella hermana, ¿de qué te ríes?

—De un pensamiento que me ha venido, buen hermano. Cuando esta agua me ha salpicado, le he dicho: «¡Agua, eres más osada de lo que jamás lo fue el osado Tristán!». Por eso me he reído. Pero ya hablé bastante, hermano, y me arrepiento de ello.

Kaherdín, extrañado, la apremió tan vivamente que ella acabó por contarle la verdad de su boda.

Entonces Tristán los alcanzó y los tres cabalgaron en silencio

hasta el pabellón de caza. Allí, Kaherdín llamó a Tristán aparte y le dijo:

—Mi señor Tristán, mi hermana me ha confesado la verdad de su boda. Te consideraba un igual y un compañero. Pero has faltado a tu fe y has avergonzado a mi familia. Pues bien, has de saber que si no me das razón de ello, te desafío.

Tristán le respondió:

—Sí, vine a vosotros para vuestra desgracia. Pero si conoces mi miseria, buen amigo, hermano y compañero, tal vez tu corazón se aliviará. Debes saber que tengo a otra Isolda, más hermosa que todas las mujeres, que ha sufrido y sufre todavía por mí grandes penas. Sin duda tu hermana me ama y me honra. Pero por mi amor, la otra Isolda trata con mayor honor a un perro que yo le regalé del que tu hermana me profesa a mí. Ven, abandonemos esta cacería, sígueme hasta donde yo te llevaré, y te contaré la miseria de mi vida.

Tristán tiró de las riendas y espoleó su caballo. Kaherdín azuzó al suyo para que lo siguiera. Sin decir una palabra, llegaron hasta lo más profundo del bosque. Allí, Tristán reveló su vida a Kaherdín. Contó cómo, en el mar, había bebido el amor y la muerte. Contó la traición de los nobles y del enano, cómo la reina fue llevada a la hoguera, entregada a los leprosos, y sus amores en el bosque salvaje. Cómo la había devuelto al rey Marcos y cómo, después de huir de ella, había querido amar a Isolda la de las Blancas Manos. Y cómo sabía ya para siempre que no podría vivir ni morir sin la reina.

Kaherdín estaba callado y sumido en el asombro. Sintió que su cólera se apagaba sin que él lo quisiera.

—Amigo —dijo por fin—, oigo palabras extraordinarias y has movido mi corazón a la piedad, pues has soportado tales penas, que Dios guarde de ellas a todos y a todas. Regresemos a Carhaix. Al tercer día, si puedo, te diré mi pensamiento.

En su habitación, en Tintagel, Isolda la Rubia suspiraba por Tristán, y lo llamaba. Amarlo siempre, éste es su único pensamiento, su única esperanza, su única voluntad. En él estaba todo su deseo y

durante dos años no había sabido nada de él. ¿Dónde se encontraría? ¿En qué país? ¿Estaría vivo, al menos?

En su habitación, Isolda la Rubia estaba sentada, componiendo una canción de amor. Cuenta la canción cómo Gurón fue sorprendido y asesinado por el amor de su dama, a la que amaba por encima de todo, y cómo, con astucia, el conde dio a comer el corazón de Gurón a su esposa, y el dolor de ésta.

La reina cantaba dulcemente, ajustando la voz al arpa. Las manos eran bellas, la canción era hermosa, el tono era bajo y dulce la voz.

Pero llegó Kariado, un rico conde que procedía de una isla lejana, para ofrecer su servicio a la reina. Varias veces, desde la partida de Tristán, la había requerido de amores. La reina rechazaba su petición y la tenía por locura. Kariado era un caballero gallardo, valiente y orgulloso, sabía hablar bien, pero valía más en las habitaciones de las damas que en la batalla. Encontró a Isolda, que componía su canción, y le dijo, sonriendo:

—Señora, qué triste canto es ése, triste como el de la lechuza. ¿No dicen acaso que la lechuza canta para anunciar la muerte? ¡Sin duda es mi muerte la que canta vuestro romance, pues me muero de amor por vos!

—Como queráis —dijo Isolda—. No me parece mal que mi canto signifique vuestra muerte, pues jamás habéis entrado aquí si no era para traerme alguna noticia dolorosa. Siempre habéis sido lechuza o autillo para decir mal de Tristán. ¿Qué mala noticia venís a traerme hoy?

Kariado le respondió:

—Reina, estáis irritada y no sé por qué. Pero muy loco sería quien se dejara conmover por vuestras palabras. Sea lo que sea de la muerte que me anuncia la lechuza, ésta es la mala noticia que os trae el autillo: Tristán, vuestro amigo, está perdido para vos, mi señora Isolda. Ha tomado esposa en otra tierra. Ahora ya podéis buscar en otra parte, pues él desdeña vuestro amor. Ha tomado esposa con gran honor, y es Isolda la de las Blancas Manos, la hija del duque de Bretaña.

Kariado se marchó, contrariado. Isolda la Rubia bajó la cabeza y rompió a llorar.

Al tercer día, Kaherdín llamó a Tristán y le dijo:

—Amigo, he tomado consejo en mi corazón. Sí, si has dicho la verdad, la vida que llevas en esta tierra es insensata, y ningún bien puede traerte ni a ti ni a mi hermana Isolda la de las Blancas Manos. Oye, pues, mis palabras: navegaremos juntos hasta Tintagel, volverás a ver a la reina y comprobarás si te sigue añorando y te guarda fidelidad. Si te ha olvidado, tal vez entonces amarás a mi hermana Isolda la sencilla, la bella. Yo te seguiré, pues soy tu igual y tu compañero.

—Hermano —dijo Tristán—, con razón se dice que el corazón de un hombre vale más que todo el oro de un país.

Pronto Tristán y Kaherdín tomaron el cayado y la capa de los peregrinos, como si quisieran visitar los santos lugares en tierra lejana, y se despidieron del duque Hoel. Tristán llevaba a Gorvenal, y Kaherdín a un solo escudero. Tripularon una nave en secreto y los cuatro se dirigieron hacia Cornualles.

El viento fue ligero y bueno, hasta que una mañana, antes del alba, tomaron tierra no lejos de Tintagel, en una cala desierta, cerca del castillo de Lidán. Allí sin duda Dinas de Lidán, el buen senescal, los alojaría y sabría ocultar su llegada.

Al amanecer, los cuatro compañeros subían hacia Lidán cuando vieron venir tras ellos a un hombre que seguía su misma ruta, al paso de su caballo. Se ocultaron entre los árboles y el hombre pasó sin verlos, pues iba adormilado en la silla. Tristán lo reconoció.

—Hermano —dijo en voz baja a Kaherdín—, éste es Dinas de Lidán. Está medio dormido, sin duda regresa de casa de su amiga y aún sueña con ella. No sería cortés despertarlo, pero tú sígueme de lejos.

Tristán alcanzó a Dinas, tomó suavemente su caballo por la rienda y anduvo sin ruido a su lado. Por fin, un tropezón de su caballo despertó al durmiente. Abrió los ojos, vio a Tristán y dudó:

—¡Eres tú, eres tú, Tristán! Dios bendiga la hora en que te vuelvo a ver. ¡Cuánto tiempo la he esperado!

—¡Dios os salve, amigo! ¿Qué noticias me daréis de la reina?

—Malas noticias, ¡ay! El rey la ama y quiere festejarla, pero desde tu exilio, ella languidece y llora por ti. ¡Ah!, ¿por qué regresas a su lado? ¿Quieres buscar su muerte y la tuya? Tristán,

ten piedad de la reina, déjala que repose.

—Amigo —respondió Tristán—, otorgadme un don: ocultadme en Lidán, llevadle mi mensaje y haced que la vea una vez, ¡una sola vez!

Dinas dijo:

—Tengo piedad de mi dama y sólo quiero llevarle tu mensaje si sé que la has seguido amando por encima de todas las mujeres.

—¡Ah, señor!, decidle que la he seguido amando por encima de todas las mujeres, y será la verdad.

—Pues entonces sígueme, Tristán. Te ayudaré en esta necesidad.

En Lidán, el senescal alojó a Tristán, a Gorvenal, a Kaherdín y a su escudero, y cuando Tristán le hubo contado punto por punto la aventura de su vida, Dinas fue a Tintagel para pedir noticias de la corte. Supo que, al cabo de tres días, la reina Isolda, el rey Marcos y toda su gente, todos sus escuderos y monteros abandonarían Tintagel para establecerse en el castillo de la Blanca Landa, donde se preparaban grandes cacerías. Entonces Tristán confió al senescal su anillo de jaspe verde y el mensaje que debía repetir a la reina.

XVII

DINAS DE LIDÁN

Bele amie, si est de nus:
Ne vus sans mei, ne jo sans vus.

MARÍA DE FRANCIA

Dinas regresó pues a Tintagel, subió la escalinata y entró en la sala. Bajo el dosel, el rey Marcos e Isolda la Rubia estaban jugando al ajedrez. Dinas se sentó en un escabel cerca de la reina como para observar el juego y, por dos veces, fingiendo señalarle las piezas, puso la mano sobre el tablero. A la segunda vez, Isolda reconoció el anillo de jaspe. Entonces ya no quiso fingir más. Empujó ligeramente el brazo de Dinas de forma que varias piezas cayeron en desorden.

—Ved, senescal —dijo la reina—, habéis revuelto mi juego y ahora ya no sabría cómo seguir.

Marcos abandonó la sala. Isolda se retiró a su habitación y mandó venir al senescal.

—Amigo, ¿sois mensajero de Tristán?

—Sí, reina. Está en Lidán, escondido en mi castillo.

—¿Es cierto que tomó esposa en Bretaña?

—Reina, os dijeron la verdad. Pero él asegura que no os ha traicionado, que ni un solo día os ha dejado de amar por encima de todas las mujeres, y que morirá si no os vuelve a ver al menos una vez. Os suplica que consintáis en ello, por la promesa que le hicisteis el último día que habló con vos.

La reina permaneció un tiempo callada, pensando en la otra

Isolda. Por fin respondió:

—Sí, el último día que habló conmigo yo le dije, lo recuerdo bien: «Si vuelvo a ver el anillo de jaspe verde, no habrá torre, ni fuerte castillo, ni defensa real que me impidan cumplir la voluntad de mi amigo».

A los dos días, mientras toda la corte de Marcos preparaba la marcha de Tintagel, Tristán y Gorvenal, Kaherdín y su escudero vistieron la cota, tomaron las espadas y los escudos y, por caminos secretos, emprendieron la ruta hacia el lugar designado. Dos caminos llevaban a la Blanca Landa a través del bosque: uno era hermoso y bien empedrado, por el que debía pasar el cortejo, el otro pedregoso y abandonado. Tristán y Kaherdín apostaron en éste a sus dos escuderos. Allí los esperarían, guardando los caballos y los escudos. Ellos se deslizaron por el bosque y se ocultaron en un matorral. Delante de este matorral, en el camino, Tristán dejó una rama de avellano con una brizna de madreselva enlazada.

Pronto apareció el cortejo por el camino. Primero venía la tropa del rey Marcos. Avanzaban en bella formación los furrieles y los mariscales, los cocineros y los coperos, venían los capellanes, venían los maestros de jauría, llevando lebreles y sabuesos, después los halconeros, llevando a sus aves en el puño izquierdo, después los monteros, después los caballeros y barones. Iban despacio, bien ordenados de dos en dos, y era hermoso verlos ricamente montados sobre caballos enjaezados con terciopelo tachonado de metales preciosos. Luego pasó el rey Marcos y Kaherdín se maravilló al ver a sus privados cabalgando a su lado, dos aquí y dos allá, todos vestidos con telas de oro y escarlata.

Entonces avanzó el cortejo de la reina. Las lavanderas y camareras venían en cabeza, luego las mujeres e hijas de los barones y los condes. Pasaban de una en una, y un joven caballero escoltaba a cada una. Por fin se acercó un caballo montado por la mujer más bella que Kaherdín viera jamás: era bien proporcionada de cuerpo y de rostro, tenía las caderas un poco bajas, las cejas bien dibujadas, los ojos sonrientes, los dientes menudos, e iba cubierta con un vestido de seda roja. Un pequeño rosario de oro y pedrerías

adornaba su frente bruñida.

—Es la reina —dijo Kaherdín en voz baja.

—¿La reina? —respondió Tristán—. No, es Camila, su sirvienta.

Entonces vino, en un caballo blanco, otra damisela, más blanca que la nieve en febrero, más encarnada que la rosa. Sus claros ojos se estremecían como la estrella en la fuente.

—¡Ahora sí la veo, ésa sí es la reina!

—No —dijo Tristán—, es Brangel la Fiel.

Pero el camino se iluminó de repente como si el sol traspasara de pronto el follaje de los altos árboles, y apareció Isolda la Rubia. El duque Andret, ¡que Dios confunda!, cabalgaba a su derecha.

En aquel instante partieron del matorral de espinos cantos de currucas y de alondras, y Tristán ponía en aquellas melodías toda su ternura. La reina comprendió el mensaje de su amigo. Vio en el suelo la rama del avellano en la que la madreselva estaba enlazada con fuerza, y pensó en su corazón: «Así es de nosotros, amigo: ni tú sin mí, ni yo sin ti». Detuvo su caballo, bajó, fue hacia una jaca que llevaba una cajita enriquecida con pedrerías. Allí, sobre una alfombra de púrpura, estaba el perro *Petit-Crû*. La reina lo cogió, acarició con la mano su manto de armiño, le hizo muchas fiestas. Después lo devolvió a su jaula, regresó hacia el matorral de espinos y dijo en voz alta:

—Pájaros de este bosque que me habéis alegrado con vuestros cánticos, yo os requiero. Mientras mi señor Marcos cabalgará hasta la Blanca Landa, yo quiero alojarme en mi castillo de San Lubín. Pájaros, escoltadme hasta allí, y esta noche os recompensaré ricamente, como a buenos ministriles.

Tristán retuvo estas palabras y se alegró. Pero Andret, el felón, ya se inquietaba. Ayudó a la reina a montar y el cortejo se alejó.

Pero escuchad ahora una mala aventura. Mientras pasaba el cortejo real, allá lejos, en el otro camino donde Gorvenal y el escudero de Kaherdín estaban guardando los caballos de sus señores, apareció un caballero armado, de nombre Bleherín. Reconoció de lejos a Gorvenal y el escudo de Tristán. «¿Qué he visto? —pensó—. Este es Gorvenal y el otro es Tristán en persona».

Espoleó el caballo hacia ellos y gritó:

—¡Tristán!

Pero los dos escuderos ya habían dado la vuelta y huían. Bleherín se lanzó en su persecución, repitiendo:

—¡Tristán, deteneos, te lo ordeno por el nombre de Isolda la Rubia!

Por tres veces ordenó a los fugitivos que se detuvieran por el nombre de Isolda la Rubia. Pero fue en vano: desaparecieron y Bleherín sólo pudo alcanzar su caballo, que se llevó como captura. Llegó al castillo de San Lubín en el momento en que la reina acababa de tomar aposento. La halló sola y le dijo:

—Reina, Tristán está en este país. Lo he visto en el camino abandonado que viene de Tintagel. Ha emprendido la huida. Por tres veces le he mandado que se detuviera, conjurándolo en nombre de Isolda la Rubia, pero él se ha asustado y no ha osado esperarme.

—Señor, lo que decís es mentira y locura, ¿cómo puede estar Tristán en este país? ¿Cómo puede haber huido ante vos? ¿Cómo podría no haberse detenido al oír mi nombre?

—Y sin embargo, señora, yo lo he visto, y es tan cierto lo que digo que hasta he capturado un caballo suyo. Vedlo aquí, enjaezado, en la era.

Pero Bleherín vio que Isolda se encolerizaba.

—¡Desdichada de mí! Demasiado he vivido, pues he visto el día en que Tristán me avergüenza y escarnece. En otro tiempo, ¿a qué enemigo no habría combatido, sólo con oír mi nombre? Él es valeroso de cuerpo: si ha huido ante Bleherín, si no se ha dignado detenerse al oír el nombre de su amiga, ¡ah!, es que otra Isolda lo posee. ¿Por qué ha regresado? ¡Ya me había traicionado, y ahora además ha querido cubrirme de vergüenza! ¡Que vuelva, pues, avergonzado también él, con Isolda la de las Blancas Manos!

Llamó a Perinís el Fiel y le repitió las noticias que le había traído Bleherín, y añadió:

—Amigo, ve a buscar a Tristán en el camino abandonado que va de Tintagel a San Lubín. Le dirás que no lo saludo y que no tenga la osadía de acercarse a mí, pues mandaría a mis sargentos y criados que lo echaran.

Perinís se puso en camino hasta que encontró a Tristán y a

Kaherdín, y les transmitió el mensaje de la reina.

—Hermano —dijo Tristán—, ¿qué has dicho? ¿Cómo iba yo a huir ante Bleherín si, como ves, ni siquiera tenemos caballos? Gorvenal y un escudero los guardaban, no los hemos hallado en el lugar señalado y todavía los buscamos.

En aquel momento regresaron Gorvenal y el escudero de Kaherdín, y confesaron su aventura.

—Perinís, buen amigo —dijo Tristán—, regresa veloz hacia tu señora. Dile que yo le mando mi saludo y mi amor, y que no he faltado a la lealtad que le debo, que la amo por encima de todas las mujeres. Dile que te mande de regreso a mí para traerme su perdón, y esperaré aquí hasta que vuelvas.

Perinís volvió, pues, hasta la reina y le repitió lo que había visto y oído, pero ella no lo creyó.

—¡Ah, Perinís, tú eras mi privado y mi leal, y mi padre te había destinado a mi servicio desde que eras niño! Pero Tristán el encantador te ha ganado con sus mentiras y regalos. Tú también me has traicionado. ¡Vete!

Perinís se arrodilló ante ella:

—Señora, oigo palabras muy duras. Jamás en mi vida experimenté tal dolor. Pero no importa mi pena: lo que me duele, señora, es que estáis ultrajando a mi señor Tristán, y tal vez os arrepentiréis de ello cuando ya sea tarde.

—¡Vete, no te creo! ¡También tú me has traicionado, Perinís, Perinís el Fiel!

Tristán aguardó largo tiempo a que Perinís le trajera el perdón de la reina. Perinís no llegó.

Por la mañana, Tristán se vistió con una gran capa de harapos. Se pintó la cara con algunos trazos de bermellón y de cascara de nuez, de manera que parecía un enfermo roído por la lepra. Tomó entre las manos un cuenco de madera venosa para recoger las limosnas y una carraca de leproso.

Entró en las calles de San Lubín y, cambiando la voz, iba mendigando entre los vecinos. ¿Podría al menos ver a la reina?

Por fin Isolda salió del castillo. La acompañaban Brangel y sus

mujeres, sus criados y sargentos. Tomó el camino que lleva a la iglesia. Mientras tanto, el leproso seguía a los criados, hacía sonar la carraca y suplicaba con voz doliente:

—Reina, hacedme algún bien, ¡no sabéis lo necesitado que estoy!

Isolda lo reconoció por su hermoso cuerpo y por la estatura. Se estremeció, pero no se dignó bajar la mirada hasta él. El leproso imploraba, daba lástima oírlo. Se arrastró hasta ella y le dijo:

—Reina, no os enojéis si me atrevo a acercarme a vos. ¡Tened piedad de mí, bien lo merezco!

Pero la reina llamó a sus criados y soldados:

—¡Echad a ese leproso! —les dijo.

Los criados empujaron y golpearon al leproso. Él se resistía y gritaba:

—¡Tened piedad, mi reina!

Entonces Isolda se echó a reír. Su risa aún sonaba cuando entró en la iglesia. Cuando el leproso la oyó reírse, se alejó. La reina dio algunos pasos por la iglesia, pero sus miembros flaquearon. Cayó de rodillas, después su cabeza se fue hacia atrás y chocó con las losas.

Aquel mismo día, Tristán se despidió de Dinas con tal desconsuelo que parecía haber perdido la razón, y aparejó su nave hacia Bretaña.

La reina, ¡ay!, pronto se arrepintió. Cuando supo por Dinas de Lidán que Tristán se había ido con tal dolor, empezó a creer que Periníns le había dicho la verdad, que Tristán no había huido al oír su nombre, que ella lo había apartado sin ninguna razón. «¿Qué he hecho? —pensaba—. ¡Te he alejado a ti, Tristán, mi amigo! Ahora me odias y no volveré a verte más. ¡No conocerás jamás mi arrepentimiento, ni el castigo que pienso imponerme y ofrecerte como prenda de mi contrición!».

Desde aquel día, para castigarse por su error y su locura, Isolda la Rubia llevó un cilicio apretado contra su carne.

XVIII

LA LOCURA DE TRISTÁN

El beivre fu la nostre mort.

THOMAS

Tristán regresó a Bretaña, a Carhaix. Volvió a ver al duque Hoel y a su esposa, Isolda la de las Blancas Manos. Todos lo recibieron bien, pero Isolda la Rubia lo había alejado de su lado, y ahora nada le importaba. Largo tiempo languideció lejos de ella. Después, un día, pensó que quería verla aunque ella mandara a sus criados y sargentos para que lo golpearan vilmente. Sabía que, lejos de ella, su muerte era segura y próxima. ¡Antes morir de un golpe, que lentamente, cada día! Quien vive en el dolor es como un muerto, y Tristán deseaba la muerte, quería la muerte, pero por lo menos que la reina supiera que moría por el amor de ella, que lo supiera, así moriría más dulcemente.

Partió de Carhaix sin avisar a nadie, ni a sus parientes, ni a sus amigos, ni siquiera a Kaherdín, su amigo querido. Partió a pie, vestido miserablemente, pues nadie se fija en los pobres vagabundos que van por los grandes caminos. Tanto anduvo que llegó a la orilla del mar.

En el puerto, una gran nave mercante se estaba aparejando: los marineros ya izaban la vela y levaban el ancla para salir hacia alta mar.

—¡Dios os guarde, señores, y os dé buena travesía! —les dijo—. ¿Hacia qué tierra os dirigís?

—Hacia Tintagel.

—¡Hacia Tintagel! ¡Ah, señores, llevadme con vosotros!

Se embarcó. Un viento propicio hinchó la vela, la nave corría sobre las olas. Durante cinco días y cinco noches, navegaron hacia Cornualles y al sexto día la nave echó el ancla en el puerto de Tintagel.

Más allá del puerto, el castillo se erguía sobre el mar, bien cerrado por todas partes, sólo se podía entrar por una puerta de hierro y dos hombres la guardaban día y noche. ¿Cómo penetrar en él?

Tristán bajó del barco y se sentó en la orilla. Por un hombre que pasaba, supo que Marcos estaba en el castillo y acababa de reunir a toda su corte.

—Pero ¿dónde está la reina? ¿Y Brangel, su bella sirvienta?

—También están en Tintagel, y las vi no hace mucho. La reina Isolda parecía triste, como de costumbre.

Al oír el nombre de Isolda, Tristán suspiró y pensó que ni por astucia ni por proeza podría ver de nuevo a su amiga, pues el rey Marcos lo mataría…

«Pero ¿qué importa que me mate? —pensó—, ¿Isolda, acaso no debo morir por ti? Y ¿qué hago cada día sino morir? Pero y tú, Isolda, si supieras que estoy aquí, ¿te dignarías al menos hablar con tu amigo? ¿No mandarías a tus sargentos que me echaran? Sí, quiero intentar una treta… Me disfrazaré de loco y esta locura será gran sensatez. Quien me tenga por orate será menos cuerdo que yo, quien me crea loco tendrá a otro más loco en su casa».

Venía un pescador vestido con una gonela de lana afelpada, con gran capucha. Tristán lo vio, le hizo una señal y le habló aparte.

—Amigo, ¿quieres trocar mi ropa por la tuya? Dame esa cota, que mucho me gusta.

El pescador miró los ropajes de Tristán, los encontró mejores que los suyos, los tomó y se marchó de prisa, contento con el cambio.

Entonces Tristán se cortó la hermosa cabellera rubia a ras de la cabeza, dibujando una cruz. Se untó la cara con una poción hecha con una hierba mágica que se había traído de su país, y pronto su color y el aspecto de su rostro cambiaron tan extrañamente que nadie en el mundo habría podido reconocerlo. Arrancó una rama de

un castaño, se hizo una maza y se la colgó al cuello, y con los pies descalzos se encaminó directamente al castillo.

El portero pensó que sin duda se trataba de un loco y le dijo:

—Acercaos, ¿de dónde venís?

Tristán cambió de voz y respondió:

—De las bodas del abad del Monte, que es amigo mío. Se casó con una abadesa, una mujer gorda que lleva velo. Desde Besanzón hasta el Monte, todos los curas, abades, monjes y clérigos ordenados fueron invitados al casamiento. Y todos en la landa, con bastones y muletas, saltaban, jugaban y bailaban a la sombra de grandes árboles. Pero yo los dejé para venir aquí, pues hoy debo servir a la mesa del rey.

El portero le dijo:

—Entrad, pues, señor, hijo de Urgán el Velludo. Sois alto y velludo como él y os parecéis bastante a vuestro padre.

Cuando entró en la fortaleza, jugando con la maza, criados y escuderos se agrupaban a su paso, persiguiéndolo como a un lobo.

—¡Ved al loco! ¡Uh, uh!

Le tiraban piedras, lo amenazaban con bastones. Pero él les plantaba cara dando brincos y les dejaba hacer. Si lo atacaban por la izquierda, daba la vuelta y golpeaba a la derecha.

En medio de risas y chanzas, llevando tras él a la multitud enardecida, llegó al umbral de la puerta, donde el rey estaba sentado bajo el dosel, al lado de la reina. Se acercó a la puerta, se colgó la maza al cuello y entró. El rey lo vio y dijo:

—He aquí un buen compañero. Dejad que se acerque.

Lo trajeron, con la maza al cuello.

—Amigo, sed bienvenido —dijo el rey.

Tristán respondió con la voz extrañamente cambiada:

—Mi señor, bueno y noble entre todos los reyes, ya sabía yo que al veros mi corazón se fundiría de ternura. ¡Que Dios os proteja, buen rey!

—Amigo, ¿qué habéis venido a buscar?

—A Isolda, a quien tanto amé. Tengo una hermana, Brunehalda, a la que os traigo. La reina os aburre, probad a ésta. Hagamos el cambio, yo os doy a mi hermana y vos me otorgáis a Isolda. Yo la tomaré y os serviré por amor.

El rey se rió y le dijo al loco:

—Si te doy a la reina, ¿qué querrás hacer con ella? ¿Adonde la llevarás?

—Allá arriba, entre el cielo y las nubes, a una hermosa casa de cristal. El sol la atraviesa con sus rayos, los vientos no pueden romperla. Allí llevaré a la reina, a una habitación de cristal, florida de rosas, luminosa por la mañana, cuando resplandece el sol.

El rey y los barones se dijeron entre sí: «Es éste un buen loco, hábil con las palabras».

Tristán se había sentado en una alfombra y miraba tiernamente a Isolda.

—Amigo —le dijo Marcos—, ¿cómo se te ha ocurrido la idea de que mi señora quiera fijarse en un loco repugnante como tú?

—Señor, tengo derecho a hacerlo. Por ella he cumplido grandes trabajos y por ella me volví loco.

—¿Quién eres, pues?

—Soy Tristán, aquel que tanto amó a la reina y que la amará hasta la muerte.

Al oír este nombre, Isolda suspiró, mudó de color y le dijo, enfadada:

—¡Vete! ¿Quién te dejó entrar aquí? ¡Vete, loco malvado!

El loco notó su cólera y dijo:

—Reina Isolda, ¿no os acordáis del día en que, herido por la espada envenenada del Morholt, llevando mi arpa por el mar, fui arrastrado hasta vuestras orillas? Vos me curasteis. ¿Ya no os acordáis de ello, mi reina?

Isolda respondió:

—Vete de aquí, loco. No me gustas tú ni tus bromas.

Entonces el loco se volvió hacia los barones y los hizo retroceder hasta la puerta, gritando:

—¡Fuera de aquí, gente loca! Dejadme solo para tener consejo con Isolda, pues he venido aquí para amarla.

El rey se rió de la chanza, Isolda se ruborizó.

—¡Señor —dijo—, echad de aquí a ese loco!

Pero el loco prosiguió, con su extraña voz:

—Reina Isolda, ¿no os acordáis del gran dragón que maté en vuestra tierra? Escondí su lengua en mí jubón y, quemado por el

veneno, caí cerca de la marisma. ¡Entonces yo era un caballero formidable! Y esperaba la muerte cuando vos me socorristeis.

Isolda respondió:

—Cállate, estás insultando a los caballeros, pues no eres más que un loco de nacimiento. Malditos sean los marineros que te trajeron hasta aquí, en vez de arrojarte al mar.

El loco se echó a reír y prosiguió:

—Reina Isolda, ¿no os acordáis del baño donde quisisteis matarme con mi espada? ¿Y del cuento del cabello de oro, que os tranquilizó? ¿Y de cómo os defendí del cobarde senescal?

—¡Cállate, embaucador! ¿Por qué has venido aquí a decir esas sandeces? Sin duda anoche te emborrachaste y el vino te dio tales sueños.

—Es cierto, estoy ebrio, y de una bebida tal que mi embriaguez no se disipará jamás. Reina Isolda, ¿no os acordáis de aquel día tan hermoso, tan cálido, en alta mar? Vos teníais sed, ¿no lo recordáis, hija de reyes? Los dos bebimos de la misma copa. Desde entonces he estado ebrio y de una embriaguez infausta…

Cuando Isolda oyó aquellas palabras que sólo ella podía comprender, escondió la cabeza en el manto, se levantó y quiso marcharse. Pero el rey la retuvo por la capa de armiño y la hizo sentar a su lado.

—Espera un poco, Isolda, amiga mía; oigamos estas locuras hasta el fin. Dime, loco, ¿qué oficio sabes hacer?

—He servido a reyes y a condes.

—¿De verdad sabes cazar con perros? ¿Con aves?

—Ciertamente, cuando me place cazar en el bosque, sé capturar con los perros las grullas que vuelan por las nubes. Con mis sabuesos, los cisnes, las ocas grises o blancas, la palomas salvajes. Con el arco, los somorgujos y los alcaravanes.

Todos se rieron de buena gana y el rey preguntó:

—¿Y qué usas, hermano, cuando vas a cazar al río?

—Tomo todo lo que encuentro: con los azores, cazo los lobos del bosque y los grandes osos; con los gerifaltes, los jabalíes; con los halcones, los corzos y los gamos; los zorros con los gavilanes; las liebres con los esmerejones. Y cuando vuelvo a casa de quien me aloja, sé manejar bien la maza, repartir los tizones entre los

escuderos, afinar el arpa y cantar con música, y amar a las reinas, y lanzar a los arroyos ramas bien talladas. ¿No soy en verdad un buen ministril? Hoy habéis visto cómo sé pelear con el bastón. —Y golpeó a su alrededor con la maza—. ¡Fuera de aquí, señores de Cornualles! ¿Por qué os quedáis? ¿Acaso no habéis comido ya? ¿No estáis ahítos?

El rey, que ya se había divertido con el loco, pidió su caballo y sus halcones y se llevó de caza a caballeros y escuderos.

—Señor —le dijo Isolda—, me siento cansada y afligida. Permitid que vaya a descansar a mi habitación, no puedo escuchar por más tiempo estas locuras.

Se retiró, pensativa, a su habitación, se sentó en la cama y sintió gran pena.

—¡Pobre de mí! ¿Por qué tuve que nacer? Tengo el corazón pesado y triste. Brangel, hermana amada, mi vida es tan áspera y dura que más me valdría morir. Hay ahí fuera un loco, rapado en forma de cruz, que en mala hora vino. Este loco, este juglar, es un hechicero o adivino, pues conoce punto por punto todo mi ser y toda mi vida. Sabe cosas que nadie sabe, fuera de ti, de mí y de Tristán. El desvergonzado las sabe por encanto o por sortilegio.

Brangel respondió:

—¿No será Tristán en persona?

—No, pues Tristán es gallardo y el mejor de los caballeros, y ese hombre es horrible y contrahecho. ¡Maldito sea de Dios! ¡Maldita la hora en que nació y maldita la nave que lo trajo, en vez de ahogarlo a lo lejos, en las profundas olas!

—Tranquilizaos, señora —dijo Brangel—. Muy bien sabéis hoy maldecir y excomulgar. ¿Dónde habéis aprendido ese oficio? ¿Y si ese hombre fuera mensajero de Tristán?

—No lo creo, no lo he reconocido. Pero ve a encontrarlo, buena amiga, háblale y averigua quién es.

Brangel fue a la sala donde el loco se había quedado solo, sentado en un banco. Tristán la reconoció, dejó caer la maza y le dijo:

—¡Brangel, buena Brangel, te lo suplico por Dios, ten piedad de mí!

—Loco malvado, ¿quién te ha dicho mi nombre?

—Hace tiempo que lo sé, bella muchacha. Por mi cabeza, que fue rubia hasta hace poco, que si la razón ha huido de ella, fue por tu causa, dulce Brangel. ¿Acaso no eras tú la encargada de guardar el brebaje que bebí en alta mar? Lo bebí durante los grandes calores, en una copa de plata, y la ofrecí a Isolda. Tan sólo tú lo supiste, hermosa joven. ¿Ya lo has olvidado?

—¡No! —respondió Brangel y, muy turbada, se precipitó hacia la habitación de Isolda. El loco corrió tras ella gritando:

—¡Piedad!

Tristán entró, vio a Isolda, se lanzó hacia ella con los brazos extendidos, quería estrecharla contra su pecho. Pero ella, avergonzada, mojada de sudor, se echó hacia atrás y lo esquivó. Tristán, al ver que ella lo evitaba, se puso a temblar de vergüenza y de cólera, retrocedió hacia la pared, cerca de la puerta, y con su voz fingida dijo:

—¡Sin duda ya he vivido bastante, pues he visto el día en que Isolda me rechaza, no se digna amarme, me tiene por vil! ¡Ah, Isolda, quien bien ama tarde olvida! Isolda, es bella cosa una fuente abundante que se expande y corre en ondas claras y amplias. El día que se deseca, ya no vale para nada, lo mismo que un amor que se apaga.

Isolda respondió:

—Hermano, te miro, dudo, tiemblo, no sé, no reconozco a Tristán.

—Reina Isolda, yo soy Tristán, el que tanto te amó. ¿No te acuerdas del enano que sembró harina entre nuestros lechos? ¿Ni del salto que di y la sangre que manó de mi herida? ¿Ni del regalo que te mandé, el perrito *Petit-Crû*, con su cascabel mágico? ¿No te acuerdas tampoco de los trozos de madera bien tallada que lanzaba al riachuelo?

Isolda lo miró, suspiró, no sabía qué decir ni qué creer. Bien veía que el loco conocía todas aquellas cosas, pero sería locura reconocer en él a Tristán.

Tristán le dijo:

—Reina y señora mía, bien sé que te has apartado de mí y te acuso de traición. Sin embargo, conocí otros días en que sí me amabas. Era en el bosque profundo, bajo la choza de follaje. ¿Te

acuerdas del día en que te regalé el perro *Husdén*? ¡Ah, él sí que me amó para siempre, y por mí abandonaría a Isolda la Rubia! ¿Dónde está? ¿Qué has hecho con él? Al menos él me reconocería.

Brangel trajo al perro.

—Ven aquí, *Husdén* —dijo Tristán—. Tú eras mío, ¿te acuerdas?

Cuando *Husdén* oyó la voz de Tristán, hizo saltar la correa de las manos de Brangel, corrió hacia su amo, se revolcó a sus pies, le lamió las manos, aullaba de alegría.

—¡*Husdén*! —exclamó el loco—. ¡Bendito sea el trabajo que me tomé al criarte! Me has recibido mucho mejor que aquella a la que tanto amé. Ella no quiere reconocerme. ¿Reconocerá al menos este anillo que un día me entregó entre llantos y besos, el día de la separación? Este pequeño anillo de jaspe no me ha abandonado. Muchas veces le he pedido consejo en medio de mis tormentos, muchas veces he mojado este jaspe verde con mis lágrimas ardientes.

Isolda vio el anillo. Abrió los brazos de par en par.

—¡Aquí me tienes! ¡Tómame, Tristán!

—Amiga, ¿cómo has podido tardar tanto tiempo en reconocerme, más tiempo que este perro? ¿Qué importa el anillo? ¿No entiendes que me habría resultado más dulce que me reconocieras cuando te hablaba de nuestros amores pasados? ¿Qué importa el sonido de mi voz? El sonido de mi corazón es lo que deberías haber oído.

—Amigo —respondió Isolda—, tal vez te reconocí antes de lo que piensas, pero estamos rodeados de trampas. ¿Debía seguir mi deseo, como este perro, con el peligro de que te cogieran y te mataran ante mis ojos? Me guardaba a mí y te guardaba a ti. Ni el recuerdo de tu vida pasada, ni el sonido de tu voz, ni siquiera ese anillo me demuestran nada, pues podrían ser juegos malvados de algún encantador. Sin embargo, me rindo a la vista de este anillo. ¿Acaso no juré que en cuanto lo viera, aunque debiera perderme, haría siempre lo que tú me pidieras, fuera locura o sensatez? Locura o sensatez, aquí me tienes. ¡Tómame, Tristán!

Cayó desmayada sobre el pecho de su amigo. Cuando volvió en sí, Tristán la abrazaba y la besaba en los ojos y en la cara. Entró con ella bajo la cortina. Entre sus brazos tuvo a la reina.

Para burlarse del loco, los criados lo alojaron bajo la escalinata, como a un perro en su perrera. Él soportaba dulcemente sus chanzas y sus golpes, pues a veces, recuperando su forma y su belleza, pasaba de su guarida a la habitación de la reina.

Pero cuando hubieron transcurrido algunos días, dos camareras sospecharon el engaño. Avisaron a Andret, que apostó ante la habitación de las mujeres a tres espías bien armados. Cuando Tristán quiso cruzar la puerta, le gritaron:

—¡Atrás, loco! ¡Vuélvete a dormir sobre la paja!

—Pues bien, caballeros —dijo el loco—, ¿acaso no debo esta noche ir a besar a la reina? ¿No sabéis que ella me ama y que me está esperando?

Tristán blandió la maza. Los criados se asustaron y lo dejaron entrar. Tomó a Isolda entre sus brazos:

—Amiga, tengo que irme ya, pronto me van a descubrir. Debo huir y sin duda no regresaré jamás. Mi muerte está cercana, pues lejos de ti moriré de deseo.

—¡Amigo, cierra los brazos y estréchame con tanta fuerza que, en este abrazo, nuestros corazones se rompan y nuestras almas se escapen! Llévame al país afortunado del que me hablaste un día, al país del que nadie regresa, donde insignes músicos entonan cantos sin fin. ¡Llévame!

—Sí, te llevaré al afortunado País de los Vivos. Se acerca la hora, ¿no hemos bebido ya toda miseria y todo gozo? Se acerca la hora. Cuando se haya cumplido del todo, si te llamo, ¿vendrás, Isolda?

—Amigo, llámame, y tú sabes bien que acudiré.

Cuando Tristán cruzó el umbral, los espías se abalanzaron sobre él. Pero el loco se echó a reír, hizo girar la maza y dijo:

—Me queréis echar, señores, pero ¿para qué? Ya no tengo nada que hacer aquí, puesto que mi dama me manda lejos para preparar la clara mansión que yo le prometí, la casa de cristal, florida de rosas, luminosa por la mañana, cuando resplandece el sol.

—¡Vete ya, loco, vete en mala hora!

Los criados se apartaron y el loco se alejó silbando, sin prisas.

XIX

LA MUERTE

Amor condusse noi ad una morte.

DANTE, «Inferno», V

A poco de regresar a Carhaix, en la Pequeña Bretaña, para socorrer a su querido compañero Kaherdín, Tristán guerreó contra un barón llamado Bedalís. Cayó en una emboscada que le tendieron Bedalís y sus hermanos. Tristán mató a los siete hermanos. Pero él resultó herido de una lanzada y la lanza estaba emponzoñada.

Regresó con esfuerzo al castillo de Carhaix e hizo que le curaran las heridas. Numerosos médicos acudieron, pero ninguno supo curarlo del veneno, pues ni siquiera pudieron averiguar cuál era. No supieron hacer ningún emplasto para sacar la ponzoña hacia fuera, en vano batían y machacaban raíces, cogían hierbas, componían brebajes. Tristán iba empeorando, el veneno se extendía por su cuerpo, palidecía y sus huesos empezaban a asomar.

Sintió que su vida se perdía, comprendió que debía morir. Entonces quiso volver a ver a Isolda la Rubia. Pero ¿cómo ir hacia ella? Estaba tan débil que el mar lo mataría, y aunque lograra llegar a Cornualles, ¿cómo escapar de sus enemigos? Se lamentaba, el veneno lo angustiaba, esperaba la muerte.

En secreto, mandó venir a Kaherdín para descubrirle su dolor, pues ambos se amaban con lealtad. Quiso que no quedara nadie en la habitación, tan sólo Kaherdín, y que ni siquiera en las habitaciones vecinas hubiera nadie. Isolda, su esposa, se extrañó de

aquella voluntad inusual. Se asustó y quiso oír la conversación. Se apostó fuera de la habitación, junto a la pared que daba a la cama de Tristán. Se puso a escuchar mientras uno de sus fieles se quedaba acechando fuera para que nadie la sorprendiera.

Tristán reunió fuerzas, se incorporó y se apoyó contra la pared. Kaherdín se sentó junto a él y ambos lloraron juntos, tiernamente. Lloraban por la camaradería de armas, tan pronto rota, por su gran amistad, por sus amores. Uno se lamentaba ante el otro.

—Buen amigo —decía Tristán—, estoy en tierra extraña, donde no tengo parientes ni amigos, excepto a ti. Sólo tú en este país me has dado alegría y consuelo. Estoy perdiendo la vida, quisiera volver a ver a Isolda la Rubia, pero ¿cómo, con qué ardid podría darle a conocer mi ansia? ¡Ah, si conociera a un mensajero que quisiera ir hasta ella, Isolda vendría, pues me ama mucho…! Kaherdín, buen compañero, por nuestra amistad, por la nobleza de tu corazón, por nuestra camaradería, te lo suplico: intenta por mí esta aventura, y si llevas mi mensaje, seré tu vasallo y te amaré por encima de todos los hombres.

Kaherdín vio que Tristán estaba llorando, desconsolado, y se quejaba. Su corazón se impregnó de ternura y respondió dulcemente, con amor:

—Buen compañero, no llores más, yo cumpliré tu deseo. Por tu amistad yo emprendería aventuras peligrosas. Ninguna desgracia, ninguna angustia me impedirá hacer lo que está en mi poder. Dime lo que debo repetirle a la reina, y yo me prepararé para el viaje.

Tristán respondió:

—Amigo, te estoy muy agradecido. Ahora escucha mi ruego: toma este anillo. Es una señal entre ella y yo. Cuando llegues a su tierra, hazte pasar por un mercader en la corte. Preséntale telas de seda, haz que vea este anillo. En seguida ella buscará un ardid para que podáis hablar en secreto. Entonces dile que mi corazón la saluda, que sólo ella puede traerme consuelo, dile que si no viene, yo muero, dile que recuerde los placeres pasados y las grandes penas y las grandes tristezas, y las alegrías y los dolores de nuestro amor leal y tierno, que se acuerde del brebaje que bebimos juntos en el mar. ¡Ah, nuestra muerte es lo que bebimos! Que recuerde el juramento que le hice de amarla sólo a ella, y que sepa que he

mantenido esta promesa.

Detrás de la pared, Isolda la de las Blancas Manos oyó estas palabras, y poco le faltó para desmayarse.

—Date prisa, compañero, y regresa pronto aquí. Si tardas mucho, no volverás a verme. Tómate un plazo de cuarenta días y trae a Isolda la Rubia. Oculta este viaje a tu hermana, y dile que vas a buscar a un médico. Te llevarás mi hermosa nave: toma dos velas, una blanca y una negra. Si traes a Isolda, iza al regreso la vela blanca, si no la traes, usa la negra. Amigo, no tengo nada más que decirte. ¡Que Dios te guíe y te traiga de vuelta sano y salvo!

Suspiró, lloró y se lamentó, y Kaherdín lloraba igualmente. Besó a Tristán y se despidió de él.

Se hizo a la mar con el primer viento. Los marineros levaron las anclas, izaron las velas, navegaron con viento ligero y la proa hendió las olas altas y profundas. Llevaban con ellos ricas mercancías: telas de seda teñidas de colores extraordinarios, hermosas vajillas de Tours, vinos de Poitou, halcones de España, y con este ardid Kaherdín pensaba llegar hasta Isolda. Durante ocho días y ocho noches hendieron las olas y bogaron a toda vela hacia Cornualles.

¡Temible cosa es cólera de mujer y conviene guardarse de ella! Cuanto más haya amado una mujer, más cruelmente se vengará. El amor de las mujeres llega de prisa y de prisa llega su odio, y una vez que se declara su enemistad, dura más que la amistad. Ellas saben templar el amor, pero no el odio.

De pie contra la pared, Isolda la de las Blancas Manos había oído cada palabra de Tristán. ¡Lo había amado tanto! Y ahora por fin conocía su amor por otra. Recordó todo lo que había oído. De presentársele la ocasión algún día, ¡cómo se vengará de aquel a quien amó por encima de todo! Sin embargo, no dio a entender nada y, en cuanto abrieron las puertas, entró en la habitación de Tristán y, ocultando su enojo, siguió sirviéndolo y cuidándolo tal como corresponde a una amante esposa. Le hablaba dulcemente, lo besaba en los labios y le preguntaba si Kaherdín regresaría pronto con el médico que debía curarlo. Pero seguía buscando su venganza.

Kaherdín no cesó de navegar hasta que echó el ancla en el puerto de Tintagel. Tomó sobre el puño un gran azor, llevó consigo una tela de bello color y una copa bien cincelada, lo regaló todo al rey y pidió cortésmente su protección y su paz para poder mercadear en su tierra sin temer daño alguno de chambelán ni vizconde. El rey se lo concedió delante de todos los hombres de su palacio.

Entonces Kaherdín ofreció a la reina un broche de oro fino bien trabajado.

—Reina —le dijo—, este oro es muy bueno. —Y, sacándose del dedo el anillo de Tristán, lo puso al lado de la joya—. Ved, reina, el oro de este broche es muy fino, y sin embargo este anillo también tiene gran precio.

Cuando Isolda reconoció el anillo de jaspe verde, su corazón se estremeció y ella mudó de color, y, temiendo lo que iba a oír, se llevó a Kaherdín aparte cerca de una ventana, como si quisiera ver mejor el broche. Kaherdín le dijo sencillamente:

—Señora, Tristán fue herido por una lanza envenenada y va a morir. Os manda decir que sólo vos podéis procurarle consuelo. Os recuerda las grandes penas y los dolores que sufristeis juntos. Conservad este anillo, os lo regala.

Entonces, Isolda, desfalleciendo, respondió:

—Amigo, os seguiré. Tened el barco listo para zarpar mañana por la mañana.

A la mañana siguiente, la reina dijo que quería cazar con halcón y mandó preparar sus perros y sus aves. Pero el duque Andret, que siempre estaba vigilando, la acompañó. Cuando llegaron a los campos, cerca de la orilla del mar, se levantó un faisán. Andret soltó un halcón para darle alcance, pero el tiempo era bello y claro, y el halcón tomó impulso y desapareció.

—Ved, mi señor Andret —dijo la reina—, el halcón se ha parado allá, en el puerto, sobre el mástil de una nave que no conozco. ¿De quién es?

—Señora —dijo Andret—, es la nave de ese mercader de Bretaña que ayer os ofreció un broche de oro. Iremos a recuperar el halcón.

Kaherdín había puesto una tabla como pasarela entre la nave y el muelle. Vino al encuentro de la reina.

—Mi señora, si quisierais, podríais entrar en mi nave y os

mostraría mis ricas mercancías.

—Lo haré con sumo gusto —dijo la reina.

Bajó del caballo, fue hasta la tabla, la pasó y entró en la nave. Andret quiso seguirla y se internó en la pasarela, pero Kaherdín, de pie en la borda, lo golpeó con un remo. Andret vaciló y cayó al mar. Quiso salir, pero Kaherdín le asestó varios golpes con el remo y lo mandó bajo el agua, gritando:

—¡Muere, traidor! ¡Ésta es la paga por todo el mal que hiciste sufrir a Tristán y a la reina Isolda!

Así, Dios vengó a los amantes de los caballeros traidores que tanto los habían odiado. Murieron los cuatro: Ganelón, Gondoine, Denoalén y Andret.

Levaron el ancla, alzaron el mástil, izaron la vela. El viento de la mañana hacía crujir los obenques e hinchaba los trapos. La nave se alejó fuera del puerto, hacia la blanca alta mar, luminosa bajo los rayos del sol.

En Carhaix, Tristán languidecía. Ansiaba la llegada de Isolda. Nada le daba consuelo y si todavía seguía viviendo era por la espera. Cada día mandaba a alguien a la orilla a otear si regresaba la nave, y el color de su vela. No quedaba otro deseo en su corazón. Pronto se hizo llevar hasta el acantilado de Penmarch y, durante todo el tiempo que el sol brillaba en el horizonte, él miraba a lo lejos hacia el mar.

Oíd ahora, señores, una aventura dolorosa, lamentable para todos aquellos que aman. Isolda se acercaba, ya veía a lo lejos el acantilado de Penmarch y la nave avanzaba más alegre. De repente se levantó un viento de tormenta, dio contra la vela, e hizo girar la nave sobre sí misma. Los marineros iban a barlovento y a su pesar viraban atrás. El viento se enfureció, las olas profundas se conmovían, el aire se hizo espeso como las tinieblas, el mar se volvió negro, la lluvia caía a ráfagas. Se rompieron obenques y bolinas, los marineros arriaron la vela y bordeaban según la olas y el viento. Para su desgracia, se habían olvidado de izar a bordo la barca amarrada a la popa, que seguía el surco de la nave. Una ola la rompió y se la llevó.

Isolda exclamó:

—¡Ay de mí, infeliz! Dios no quiere que viva lo suficiente para ver a Tristán, mi amigo, una vez más, una sola vez. Quiere que me ahogue en este mar. Tristán, si te hubiese hablado una vez más, poco me importaría morir después. Amigo, si no voy hasta ti es porque Dios no lo quiere, y es éste mi peor dolor. Mi muerte no es nada, pues Dios la quiere y yo la acepto. Pero, amigo, cuando tú la conozcas, también morirás, bien lo sé. Nuestro amor es tal que no puedes morir sin mí, ni yo sin ti. Veo tu muerte ante mí al mismo tiempo que la mía. ¡Ay, amigo mío, no se cumplió mi deseo, que era morir en tus brazos, ser enterrada en tu sepulcro! Pero no se ha cumplido. Voy a morir sola y a desaparecer sin ti en el mar. Tal vez no conocerás mi muerte, vivirás todavía, esperando siempre mi regreso. Si Dios lo quiere, hasta te curarás… ¡Ah, quizá después de mí amarás a otra mujer, amarás a Isolda la de las Blancas Manos! Yo no sé lo que será de ti, pero yo, amigo, si te supiera muerto, no viviría mucho tiempo. ¡Que Dios nos conceda, amigo, que yo te cure, o que ambos muramos de una misma angustia!

Así gimió la reina mientras duró la tormenta. Pero al cabo de cinco días, la tormenta amainó. En lo más alto del mástil, Kaherdín izó alegremente la vela blanca, a fin de que Tristán reconociera desde lejos su color. Kaherdín ya veía Bretaña… Pero, ¡ay!, la calma siguió de poco a la tormenta, el mar se volvió suave y liso, el viento dejó de hinchar la vela, y los marineros bordearon en vano arriba y abajo. Divisaban la costa a lo lejos, pero la tempestad se había llevado la barca, de modo que no podían alcanzarla. A la tercera noche, Isolda soñó que tenía en su regazo la cabeza de un gran jabalí que manchaba de sangre su vestido, y supo por ello que no volvería a ver vivo a su amigo.

Ahora Tristán estaba demasiado débil para vigilar desde el acantilado de Penmarch y llevaba muchos días encerrado lejos de la orilla, llorando por Isolda, que no llegaba. Doliente y cansado, se quejaba, suspiraba, se agitaba, poco le faltaba para morir de deseo.

Por fin el viento se enfrió y apareció la vela blanca. Entonces Isolda la de las Blancas Manos se vengó.

Se acercó al lecho de Tristán y le dijo:

—Amigo, llega Kaherdín. He visto su nave en el mar. Avanza

con grandes trabajos, sin embargo la he reconocido. ¡Ojalá te traiga lo que pueda curarte!

Tristán se estremeció.

—Bella amiga, ¿estás segura de que es su nave? Dime, pues, cómo es la vela.

—La he visto bien, la han abierto y la han izado muy alta, pues tiene poco viento. Sabed que es toda negra.

Tristán se volvió hacia la pared y dijo:

—No puedo retener la vida por más tiempo. —Por tres veces dijo—: ¡Isolda, amiga!

A la cuarta, entregó el alma.

Entonces por la casa lloraron los caballeros, compañeros de Tristán. Lo sacaron del lecho, lo extendieron sobre un rico tapiz y cubrieron su cuerpo con un lienzo.

En el mar, el viento se había levantado y daba en pleno centro de la vela. Empujó la vela hasta que la nave tomó tierra. Isolda la Rubia desembarcó. Oyó grandes lamentos por las calles y las campanas que sonaban en las iglesias y capillas. Preguntó a las gentes del país por quién tocaban a muertos, por qué aquellos llantos.

Un anciano le dijo:

—Señora, tenemos una gran pena. Tristán el noble, el valeroso, ha muerto. Era generoso con los necesitados y compasivo con los sufrientes. Éste es el peor desastre que ha sufrido jamás nuestro país.

Isolda lo oyó y no pudo decir ni una palabra. Subió hacia el palacio, por la calle, con la camisa en desorden. Los bretones se maravillaban al verla. Jamás habían visto una mujer de belleza semejante. ¿Quién era? ¿De dónde venía?

Cerca de Tristán, Isolda la de las Blancas Manos, enloquecida por la desgracia que había causado, lanzaba grandes gritos sobre el cadáver. La otra Isolda entró y le dijo:

—Señora, levantaos y dejad que me acerque. Tengo más derecho que vos a llorar, podéis creerme. Yo lo amé más.

Se volvió hacia oriente y rogó a Dios. Después descubrió un poco el cuerpo, se tendió a su lado, junto a su amigo, le besó la boca y el

rostro, y lo abrazó estrechamente: cuerpo con cuerpo, boca con boca, así entregó el alma. Murió a su lado, por la pena de su amigo.

Cuando el rey Marcos conoció la muerte de los amantes, cruzó el mar y, una vez en Bretaña, mandó hacer dos ataúdes, uno de calcedonia, para Isolda, el otro de berilo, para Tristán. En su nave, se llevó hacia Tintagel los cuerpos amados. Los enterró en dos sepulcros, cerca de la capilla, a derecha e izquierda del ábside. Pero, durante la noche, de la tumba de Tristán surgió una zarza verde y frondosa, de fuertes ramas y flores olorosas, que, elevándose por encima del altar, se hundió en la tumba de Isolda. Las gentes del país cortaron la zarza. Al día siguiente volvió a nacer, tan verde, tan florida, tan vivaz como antes, y volvió a hundirse en la tumba de Isolda la Rubia. Por tres veces quisieron destruirla, pero fue en vano. Por fin, fueron a contar la maravilla al rey Marcos, y el rey prohibió que se volviera a cortar la zarza.

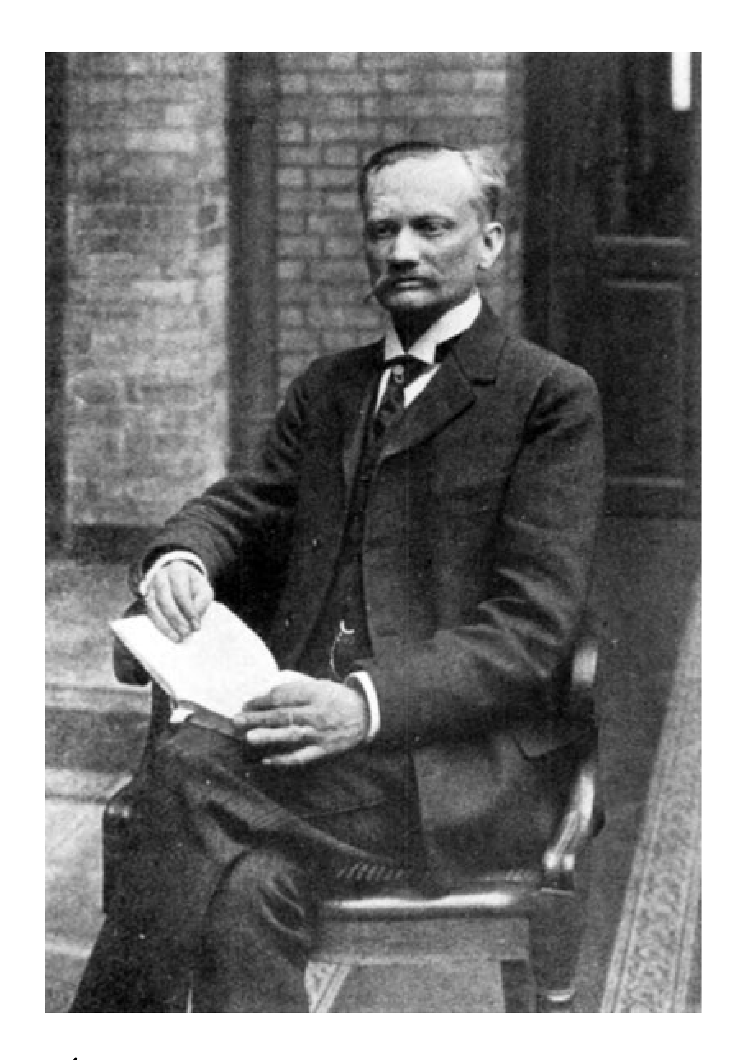
Señores, los buenos troveros de antaño, Béroul y Thomas, y mi señor Eilhart y maese Gottfried, contaron este cuento para aquellos que aman, no para los demás. A través de mí os mandan su saludo. Saludan a aquellos que están pensativos y a los que son felices, a los descontentos y a los deseosos, a los que están alegres y a los turbados, a todos los amantes. ¡Ojalá hallen aquí consuelo contra la inconstancia, contra el despecho, contra la pena, contra todos los males del amor!

NOTA SOBRE EL TEXTO

Tal como Gaston Paris ha expuesto con extrema benevolencia, he tratado de evitar cualquier mezcolanza entre lo antiguo y lo moderno. Apartar las incoherencias, los anacronismos, el brillo fácil, verificar por mí mismo lo de *Vetusta scribenti nescio quo pacto antiquus fit animus* [«Escribiendo estas viejas historias, por alguna razón desconocida, mi ánimo se vuelve antiguo»], no mezclar jamás nuestras concepciones modernas con las formas antiguas de pensar y sentir, éste ha sido mi objetivo, mi esfuerzo, y sin duda también, ¡ay!, mi quimera. Pero mi texto es muy heterogéneo, y si quisiera indicar mis fuentes con detalle, necesitaría poner al pie de las páginas de este librito tantas notas como puso Becq de Fouquières a su edición de la poesía de André Chénier. Pero por lo menos debo al lector las indicaciones generales que paso a darle. Los fragmentos conservados de los antiguos poemas franceses fueron publicados en su mayor parte por Francisque Michel: *Tristan, recueil de ce qui reste des poèmes relatifs a ses aventures* (París, Techener, 1835-1839). El capítulo I de nuestro libro («Las mocedades») está hecho de préstamos de los diversos poemas, pero sobre todo del poema de Thomas. Los capítulos II y III están sacados de Eilhart de Oberg (edición Lichtenstein, Estrasburgo, 1878). Para escribir el capítulo IV me inspiré en el conjunto de la tradición, pero sobre todo en el relato de Eilhart. Algunos aspectos están tomados de Gottfried de Estrasburgo (edición W. Golther, Berlín y Stuttgart, 1888). Capítulo V («Brangel entregada a los siervos»), a partir de Eilhart. Capítulo VI («El gran pino»); en la mitad de este capítulo, la llegada de Isolda a la cita, empieza el fragmento de Béroul, que seguimos fielmente en los capítulos VII, VIII, IX, X y XI, modificándolo en algunos puntos para

lo cual remitimos al poema de Eilhart. Capítulo XII («El juicio del hierro candente»): resumen libérrimo del fragmento anónimo que sigue al fragmento de Béroul. Capítulo XIII («La voz del ruiseñor»): insertado en el relato a partir de un poema didáctico del siglo XIII titulado *Le Domnei des Amanz*. Capítulo XIV («El cascabel maravilloso»): procede de Gottfried de Estrasburgo. Capítulos XV-XVII: los episodios de Kariado y Tristán leproso están sacados de Thomas; el resto procede en general de Eilhart. Capítulo XVIII («La locura de Tristán»): adaptación de un poema francés episódico e independiente. Capítulo XIX («La muerte»): traducido de Thomas; algunos episodios están tomados de Eilhart y del relato en prosa francés contenido en el ms. 103 del fondo francés de la Biblioteca Nacional de Francia.

J. B.



JOSEPH BÉDIER. París (Francia), 1864 - Le Grand-Serre (Francia), 1938. Escritor y filólogo francés, uno de los romanistas más influyentes de comienzos del siglo XX.

Su infancia transcurrió en la isla de Bourbon, la tierra paterna que abandonó en 1883 para ingresar a la École Normale Supérieure de París. Esa formación académica se vio complementada con las enseñanzas impartidas en las conferencias organizadas por la École des Hautes Études y el Collège de France, donde conoció al filólogo, lingüista y romanista Gaston Paris, quien se transformaría en su

maestro.

Tiempo después de haber finalizado sus estudios fue contratado como profesor por la flamante Universidad Católica de Friburgo, aunque luego quedó claro que su perfil agnóstico no era compatible con ese ambiente religioso. En 1891 Bédier volvería a su país natal para ocupar una vacante en la Facultad de Letras de Caen. En esa época publicó varios de sus trabajos en las revistas *Romania* y *Revue des Deux Mondes*.

En 1914, al estallar la guerra, puso a disposición del Estado Mayor sus conocimientos del idioma alemán, razón por la cual hasta 1920 (año en el que ingresó a la Academia Francesa como reemplazo del dramaturgo Edmond Rostand), Bédier mantuvo obligaciones con el Ministerio de la Guerra. Nueve años más tarde fue nombrado director del Collège de France.

Bédier dedicó su vida al estudio de las obras más relevantes de la literatura francesa medieval, siendo una de sus preocupaciones más constantes el problema de los orígenes. Movido por este afán clarificador, Bédier somete todo el corpus de cuentos estudiados a un atento examen, los clasifica, los compara. Finalmente, llega a una conclusión sorprendente frente a las teorías comúnmente aceptadas: que la tradición es menos rica y variada de lo que se había creído hasta entonces y que los textos más antiguos poseen un fondo común de elementos, dispuestos en un orden constante, que podrían remontarse a un mismo origen.

La fama y el reconocimiento definitivos le llegan con la publicación del *Romance de Tristán e Isolda* (1900), una historia que, hasta aquel momento, era desconocida para el gran público francés. Entre sus obras también destaca la edición crítica del *Cantar de Roldán* (1920), así como los diversos estudios dedicados a la épica medieval y a las cuestiones relacionadas con los orígenes de las obras cumbre de la literatura francesa antigua.